

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897)

Teresa Martin nació en Alenzón, en Francia, el 2 de enero de 1873, hija de Louis Martin y Zélie Guérin, canonizados en 2015. Después de la muerte de su madre, acaecida el 28 de agosto de 1877, Teresa se mudó con su familia a la ciudad de Lisieux. La maduración humana y espiritual de Teresa se vio acompañada de algunas gracias extraordinarias que le permitieron crecer en la conciencia de la infinita misericordia divina que espera ser reconocida y escuchada por cada hombre. En el día de Pentecostés de 1883 tuvo la gracia particular de curarse de una enfermedad grave, por intercesión de Nuestra Señora de las Victorias; en 1884 recibió su primera comunión y experimentó la gracia de la unión íntima con Cristo.

El gran deseo de seguir a sus hermanas Paulina y María dentro del Carmelo de Lisieux, en la opción de la vida contemplativa, la llevó a implorar con valentía al papa León XIII –aprovechando una peregrinación a Italia y la audiencia que el Papa concedió a los fieles de la diócesis de Lisieux– el permiso de ingresar en el Carmelo con tan solo 15 años. Tras haberlo obtenido, entró en el monasterio en 1888 y profesó sus votos el 8 de septiembre de 1890.

Su camino de santidad se fortaleció confiando plenamente en Dios en los momentos de mayor prueba, tal como nos ha confirmado a través de sus *Manuscritos*, sus *Cartas* y sus *Oraciones*. Su doctrina también se evidencia a partir de los poemas y de las pequeñas representaciones teatrales que escribió para las recreaciones con las Hermanas. Como colaboradora en la formación de las novicias, se comprometió a transmitir sus experiencias espirituales condensadas en *El Caminito de Infancia Espiritual*. También recibió la tarea de acompañar con el sacrificio y la oración a dos «herma-

nos misioneros», una oportunidad para consolidar la vocación apostólica y misionera que la empujaba a arrastrar a todos con ella, al encuentro del Señor sediento de almas.

El 3 de abril de 1896, durante la noche entre el jueves y el viernes santo, tuvo una primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte. En este período comprendió definitivamente cuál era su vocación dentro de la Iglesia como un corazón palpitante que es amado, ama y hace amar. Trasladada a la enfermería por el agravamiento de su salud, murió el 30 de septiembre de 1897, con tan solo 24 años de edad. Como ella misma declara en la oscura noche de la fe: «No muero, entro en la vida», pronunciando las palabras: «Dios mío, te amo».

Canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío XI, dos años después fue proclamada Patrona universal de las misiones junto con san Francisco Javier. San Juan Pablo II, el 19 de octubre de 1997, la proclamó Doctora de la Iglesia. Su fiesta litúrgica se celebra el 1 de octubre.

En el *Manuscrito C de Historia de un alma*, escrito autobiográfico de santa Teresita, aparece descrita la fuerza con la que Dios la atrae hasta la cumbre de su unión con Él: «Comprendo, Señor; que cuando un alma se ha dejado cautivar por *el olor embriagante de tus perfumes*, ya no podría correr sola; todas las almas que ama son atraídas en pos de ella. Esto se hace sin violencia, sin esfuerzo, es una consecuencia natural de su atracción hacia ti. Lo mismo que un torrente que se arroja impetuosamente en el océano, arrastra tras de sí todo lo que encontró a su paso, así también, ¡oh Jesús mío!, el alma que se arroja en el océano sin límites de tu amor, arrastra consigo todos los tesoros que posee... Tú sabes, Señor, que no poseo otros tesoros que las almas que has querido unir a la mía»¹.

El ardor de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz se exalta y alimenta de la vida de unión con el Señor mediante la oración constante, la meditación de su Palabra y la vida sacramental y la fraternidad vividas en el monasterio. La contemplación es una forma de desarrollar una com-

¹ TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid, 2007, 341-342.

pasión más profunda por todas las realidades. Los que se convierten en propiedad absoluta de Dios se hacen también un don de Dios para todos, y su existencia, totalmente entregada al servicio de la alabanza divina en la gratuidad, anuncia y difunde por sí misma la primacía de Dios y la trascendencia de la persona humana, creada a su imagen y semejanza. El ardor de esta pequeña gran santa se expresa en su total confianza en Dios y en el deseo de extender a todos los hermanos su experiencia de encontrarse con él, en un abrazo universal de comunión. Ella ve en la confianza en Dios un poderoso medio de conversión; viviendo para responder al deseo de Jesús de ser amado, ella quiere amarlo y hacerlo amar, hacerlo amar por amor. El mayor deseo de Teresa, la santidad, es inseparable del deseo de salvación para todos sus hermanos, con una particular atención hacia los más pobres. El apostolado especial que una contemplativa vive dentro de las cuatro paredes que delimitan un espacio reservado exclusivamente al Señor está ligado al corazón del cuerpo místico de Cristo, un corazón que ama y transmite amor, permitiendo a cada uno vivir el carisma específico, su misión, su identidad, todo al servicio del Reino.

Una vida ofrecida a Dios, en unión con el sacrificio del Calvario, obtiene la gracia de poder servirlo con fidelidad, creatividad y energía, gastadas en favor de los hermanos: esta es la parte fundamental en la que radican el cuidado pastoral de las almas y la obra misionera. Una fusión de vida activa y contemplativa que tiene lugar en el corazón de quienes responden a la llamada del Señor y se desarrolla en el cuerpo místico de Cristo, en el cual los diversos miembros armonizan su misión específica, sosteniéndose y enriqueciéndose mutuamente. Así es como incluso un lugar reservado exclusivamente para la alabanza del Señor, el monasterio de clausura, se convierte en un lugar adecuado para el trabajo misionero, como un lugar de intercesión y participación orante y fraternal en los esfuerzos misioneros.

«Querría anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo y hasta las islas más remotas. Querría ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos. Pero, por sobre todo, querría, mi Amado

Salvador, derramar mi sangre por ti hasta la última gota... El *Martirio*: he ahí el sueño de mi juventud [...] porque no podría limitarme a desear un género de martirio. Para quedar satisfecha me harían falta *todos* [...] Jesús, Jesús, si quisiera escribir todos mis deseos, tendría que pedirte prestado *tu libro de vida*; allí están consignadas las acciones de todos los santos y yo querría haber realizado para ti todas ellas»².

Teresa ofreció con alegría sus sufrimientos para apoyar las vocaciones y las obras de los misioneros, y daba explicaciones a las Hermanas que observaban sus esfuerzos sin comprender las fuertes motivaciones que la llevaban a dichos sufrimientos. Teresa no se reservó absolutamente nada para sí misma durante su vida, pues su gran celo la llevó a expresar el deseo de no descansar ni siquiera después de la muerte, para poder continuar viviendo su misión por los hermanos, para llevarlos al Amor, con aún más determinación en su condición de alma plenamente unida a su Señor.

En su relación epistolar con los hermanos misioneros espirituales subraya cómo las armas apostólicas que les había dado el Señor Jesús pueden usarse con mayor facilidad en virtud de las de la oración y del amor puestas a su disposición por Teresa. Ella insiste en la belleza de *El Caminito de la Infancia Espiritual* que ha recorrido para llegar al corazón del Señor y para acercar a él a todos los misioneros y almas a ellos confiadas. En una oración particularmente densa de referencias escriturísticas, Teresa de Lisieux se dirige a Dios de este modo:

«Jesús mío, te doy gracias por haber colmado uno de mis mayores deseos: el de tener un hermano sacerdote y apóstol [...] Tú sabes, Señor, que mi única ambición es hacerte conocer y amar, y ahora mi deseo se va a convertir en realidad. Yo no puedo hacer más que orar y sufrir, pero el alma a la que te has dignado unirte con los lazos de la caridad irá a combatir a la llanura para conquistarte corazones, mientras yo, en la montaña del Carmelo, te pediré que le des la victoria.

Divino Jesús, escucha la oración que te dirijo por el que quiere ser tu

² *Ib.*, 270-271.

misionero, guárdale en medio de los peligros del mundo, y hazle sentir cada día más la vanidad y la nada de las cosas pasajeras y la dicha de saber despreciarlas por tu amor. Que su sublime apostolado se ejerza ya desde ahora sobre los que lo rodean, y que sea un apóstol digno de tu Sagrado Corazón» (*Oración de 1895*).



SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552)

Francisco Javier es conocido como el mayor santo misionero de la época moderna, tanto que Benedicto XV, en la carta apostólica *Maximum illud* (1919), lo comparó con los apóstoles. Francisco Javier nació el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, en Navarra (España), y murió el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Shangchuan, frente a la costa de China. Fue uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola; junto con él, con Teresa de Ávila y con Felipe Neri, fue canonizado por Gregorio XV en 1622, el mismo año en el que el pontífice erigía la Sagrada Congregación de Propagación de la Fe. Después, en 1748, fue «declarado patrono de Oriente por el papa Benedicto XIV, y sucesivamente, en 1904, fue elegido por Pío X como patrono de la propagación de la fe. Por último, en 1927, junto con santa Teresa del Niño Jesús, fue proclamado por Pío XI patrono de todas las misiones»³. Él es, por tanto, uno de los más significativos representantes de esa Iglesia tridentina definida como «una Iglesia para las almas».

La vida y la obra de Francisco Javier se enmarcan, de hecho, en ese período caracterizado por la reforma de la Iglesia, la lucha contra el protestantismo y también la misión *ad gentes*, que se inauguró a raíz de los grandes viajes oceánicos de los siglos XV y XVI y de la consecuente nueva comprensión de la geografía mundial, primavera misionera al comienzo de la edad moderna. En este horizonte, Francisco Javier llevó a cabo una obra de evangelización tal que le hizo digno merecedor del título de «apóstol de la India y del Japón», un título que solo puede ser entendido adecuadamente a la luz de las condiciones de vida de la época, así como las relativas a los

³ A. CARBONI (ed.), *San Francesco Saverio. Le lettere e altri documenti*, Città Nuova, Roma 1991, 35.

viajes, a las distancias y a los tiempos de los desplazamientos. Por ejemplo, desde 1541 hasta 1552, Francisco Javier recorrió por mar 63.000 km.

La vida de Francisco Javier se desarrolló en dos etapas. En primer lugar, la etapa europea (1506-1541), marcada por el encuentro en París con Ignacio de Loyola, quien, recordando constantemente la frase de Jesús: «¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Mt 16,26), «conquistó» a Francisco Javier entre los primeros compañeros de esa aventura que tomaría el nombre de Compañía de Jesús. En segundo lugar, la etapa como misionero asiático (1541-1552), caracterizada por el apostolado *ad gentes*, cuyos principales destinos fueron la India (1541-1545), las islas Molucas (1545-1549) y Japón (1549-1552), hasta su muerte en Shangchuan. A través de él, el «espectáculo de la santidad» llegó a tierras y pueblos hasta entonces desconocidos por la Iglesia, los cuales podían escuchar el anuncio del Evangelio y recibir la salvación universal en la fe en Jesucristo resucitado.

La relación con Ignacio de Loyola y la experiencia de amistad en Cristo entre los primeros miembros de la Compañía de Jesús son dos elementos iniciales y permanentes de la fisonomía espiritual de Francisco Javier. La centralidad permanente de la persona de Jesucristo se puede comprender desde el origen de la Compañía de Jesús, llamada precisamente así porque nadie dirigía a sus miembros más que Jesucristo, al único al que querían servir. De esto siguió, sin interrupción, la pertenencia al cuerpo de Cristo en la historia que, si en general era la Iglesia dirigida por el Papa como sucesor de Pedro, de una manera particular se trataba de pertenecer a la Compañía de Jesús como lugar de familiaridad con el Jesús resucitado, vivo y presente entre aquellos que se habían hecho amigos y compañeros.

Por lo tanto, la espiritualidad y la actividad misionera de Francisco Javier se basaba en la conciencia expresada por san Pablo: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conoceremos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así» (2Cor 5,14-16).

Naturalmente, todo esto se revertía en el contexto concreto en el que Francisco vivió y llevó a cabo su apostolado. De las cartas se pueden extraer indicaciones significativas, como en el caso de la carta a Ignacio de Loyola del 28 de octubre de 1542 y de la dirigida a los compañeros de Roma el 15 de enero de 1544, de las que transcribimos algunos pasajes: «Cuando llegué a estos lugares, bauticé a todos los niños aún no bautizados, así que administré el sacramento a muchísimos niños que no sabían cuál es la diferencia entre la derecha y la izquierda. Tan pronto como llegué a las aldeas, los niños no me dejaban recitar la liturgia de las horas, ni comer ni dormir si antes no les enseñaba algunas oraciones. Entonces comencé a entender por qué de ellos es el reino de los cielos [...]. He conocido grandes talentos entre ellos y si hubiese quien los enseñara en la santa fe, estoy segurísimo de que serían buenos cristianos»⁴.

«En estos lugares, muchos se olvidan de convertirse al cristianismo al no tener personas que se ocupen de menesteres tan piadosos y santos. Muchas veces me conmueve la idea de ir a las universidades de vuestra parte, gritando como un hombre que ha perdido la cabeza, y especialmente a la Universidad de París, diciéndoles a todos en la Sorbona que tienen más ciencia que deseo de hacerla fructificar: “¡Cuántas almas no pueden ir al cielo y van al infierno por vuestra negligencia!”».

De los textos se deduce que la espiritualidad de san Francisco Javier está en constante relación con el apostolado por la salvación de las almas: apostolado realizado de un modo itinerante, con la predicación kerigmática, la instrucción catequística básica, el conocer y compartir los distintos ambientes incluso en condiciones de extrema pobreza. En cuanto al apostolado, se caracterizó por su «trato afable, lleno de comprensión y de respeto por todas las personas que se acercaban a él; esta fue sin duda una de sus dotes humanas más hermosas y atractivas, que escondía, bajo un velo de reserva y de las mejores maneras, su intensa vida espiritual y la íntima unión con Dios que ardía en su corazón»⁵.

⁴ *Ib.*, 102-103.

⁵ *Ib.*, 38.

A estos elementos hay que añadir la experiencia del sacrificio y de las pruebas, tal como Francisco Javier escribió a Ignacio de Loyola, el 9 de abril de 1552, contándole lo que había vivido en Japón: «Por la experiencia que tengo de Japón, los Padres que irán allí a dar sus frutos en las almas, especialmente los que irán a las Universidades, necesitan dos cosas. La primera es que previamente hayan tenido muchas pruebas y hayan sido perseguidos en el mundo, y tengan una gran experiencia y un gran conocimiento interior de sí mismos, porque en Japón serán perseguidos mucho más de cuanto jamás hayan sido perseguidos en Europa. Es una tierra fría y con poca ropa. No duermen en las camas sencillamente porque no las hay. La comida escasea. Desprecian a los extranjeros, especialmente los que van a predicar la ley de Dios, y esto hasta que no llegan a gozar de Dios. A los Padres siempre los perseguirán en Japón, y los que vayan a las Universidades no creo que puedan llevar las cosas necesarias para decir la misa, debido a los muchos ladrones que encontrarán en todos los lugares adonde vayan. Entre las muchas pruebas y tribulaciones, también está la falta del consuelo de la misa y de los poderes espirituales concedidos a las personas que siguen al Señor: Examine vuestra santa caridad las virtudes requeridas a los Padres que deberán ir a las universidades de Japón»⁶.

Pero Francisco Javier vivió los dolores, los sacrificios y las pruebas en la confianza, en la paz y en el gozo procedentes de las gracias que, como testimonia en sus escritos, recibió de Dios. Además de esto, fue ayudado por el testimonio de autenticidad y amistad fiel que experimentó cada vez que recibía las tan esperadas cartas de Ignacio de Loyola y de sus amigos. El amor de Cristo, que se le había manifestado en París en el encuentro con Ignacio de Loyola, fue la experiencia que acompañó a Francisco Javier y que se expresaba a través de su persona y de su vida, dedicada a la proclamación del Evangelio y a la salvación de los hombres y de las mujeres que conoció en el Extremo Oriente de la primera mitad del siglo XVI.

⁶ *Ib.*, 422.

SAN FRANCISCO DE ASÍS (1182-1226)

En 1206 Francisco Bernardone, hijo de un rico comerciante de Asís, comenzó el camino de una profunda conversión y cambió radicalmente el ritmo de su vida. Pasó de ser un muchacho despreocupado y vanidoso a convertirse en un sincero y apasionado buscador de Dios. Aproximadamente dos años más tarde, estando en su iglesia predilecta de Santa María de los Ángeles, al escuchar el pasaje del Evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar, quedó muy impresionado. Al oír que los discípulos de Cristo no deberían poseer ni oro, ni plata, ni dinero, sino tan solo predicar el reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica»⁷. El Evangelio le mostró el camino y lo empujó a la misión.

La conversión maduró cuando, en la iglesia de San Damián, sintió que el crucifijo le revelaba la voluntad divina de reparar la casa del Señor que yacía en ruinas. La imagen del crucifijo se convirtió para él en el espejo en el que se reflejaban los rostros de todos los hombres crucificados. Francisco puso literalmente en práctica las palabras del Evangelio despojándose de todos sus bienes, incluso de sus buenos vestidos. Con un gesto simbólico, en la plaza de Asís, fue cubierto por el manto episcopal: desde ese momento quedó bajo la protección del obispo Guido.

En cuanto se formó el primer grupo de ocho compañeros, Francisco los envió a los cuatro rincones del mundo a anunciar la Palabra de Dios. Sabía que Dios había confiado una misión universal a su comunidad, y

⁷ *Vida primera*, de Tomás de Celano, 22, en J. A. GUERRA (ed.), *San Francisco de Asís, Escritos, biografías, documentos de la época*, BAC, Madrid 2017, 178.

por ello buscó el reconocimiento del Sumo Pontífice. Esta sensibilidad evangelizadora global se puede observar también en la conversación entre Francisco y el cardenal Hugolino. Contrario a la expansión rápida y caótica de la Orden, Francisco afirmó: «Señor, ¿pensáis y creéis que el Señor Dios ha enviado a los hermanos solo para estas provincias? Os digo de verdad: Dios ha elegido y enviado a los hermanos para provecho y salvación de todos los hombres del mundo entero; serán recibidos no solo en los países de fieles, sino también de infieles»⁸.

La proclamación del Evangelio fue una consecuencia natural de la adhesión total de Francisco a Jesucristo. El criterio cristológico fue decisivo para el *Poverello* en momentos de duda y perplejidad. La *sequela Christi* implicaba no solo la pobreza, la itinerancia y la fraternidad, sino también el compromiso misionero. Francisco deseaba ardientemente dedicarse al trabajo apostólico hasta el sacrificio de sí mismo, como Jesús. El anhelo de lograr la conformidad con el Señor hizo nacer en él la idea de llevar la buena noticia del Evangelio a los infieles.

Después de dos intentos infructuosos de llegar a Tierra Santa y Marruecos (1212-1215) y después de enviar a fray Egidio a Túnez y a fray Elías a Palestina, en 1219 Francisco se unió a la expedición cruzada y llegó a Egipto. En el campamento cristiano de la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo, trabajó como asistente espiritual y se ocupó de los soldados heridos. Durante un armisticio, Francisco y fray Iluminado de Rieti fueron al campamento musulmán y solicitaron una audiencia con el sultán al-Malik al-Kamil. «Cuando le arrestaron los sarracenos en el camino, les dijo: “Soy cristiano, llevadme a vuestro señor”. Y una vez puesto en presencia del sultán, al verlo aquella bestia cruel, se volvió todo mansedumbre ante el varón de Dios, y durante varios días él y los suyos le escucharon con mucha atención la predicación de la fe de Cristo»⁹.

Al-Malik al-Kamil, que era, según el juicio concordante de las fuentes, un hombre sabio y generoso, dio la bienvenida a los frailes con cortesía

⁸ *Leyenda de Perusa*, 108, ib., 684.

⁹ *Jacobo de Vitry, Historia orientalis*, ib., 960.

y benevolencia. Francisco no se limitó al protocolario intercambio amistoso, sino que con sencillez, franqueza y valentía hizo profesión de la fe cristiana y anunció el kerigma de la salvación en Cristo. En contraste con los discursos de muchos cristianos de la época e incluso de las alocuciones papales, el *Poverello* no usó un lenguaje ofensivo contra la fe islámica, así no hirió la sensibilidad religiosa de su interlocutor. Pero el objetivo de su misión quedó bien definido, es decir, convertir al sultán y –según la línea de los misioneros medievales– posteriormente también a todos sus súbditos. Algunas fuentes dicen que cuando la ferviente predicación no condujo los resultados deseados Francisco recurrió a otro argumento y propuso la ordalía –la prueba de fuego– como la última verificación y confirmación de sus palabras. El sultán vio el pánico y la ira de sus consejeros y no aceptó el desafío, pero quedó profundamente impresionado por la fe y el coraje del fraile. Su presencia y sus discursos espirituales revelaron otra cara del cristianismo y mostraron una viva y sincera experiencia de Dios.

El viaje de Francisco por Oriente resultó aparentemente infructuoso: el fraile no convirtió al sultán y no obtuvo la palma del martirio. Sin embargo, el *Poverello* se ganó un amigo y confió a su Orden la tarea de continuar la misión y el diálogo pacífico con el mundo islámico. Esta experiencia vivida le permitió, después de regresar a su patria, elaborar un proyecto misionero para su Orden con especial atención hacia los hermanos musulmanes.

La ausencia de Francisco en Italia provocó una crisis en el gobierno de la comunidad de frailes: la naciente orden de carácter internacional necesitaba urgentemente una regulación jurídica precisa y efectiva. Francisco fue el primer fundador de una orden religiosa que introdujo en su legislación una sección completa dedicada a las misiones. El Capítulo XVI de la *Regla no bulada*, compuesta en 1221, es un verdadero «tratado de metodología misionera» y junto con el capítulo XII de la *Regla bulada*, aprobada en 1223 por el Papa Honorio III, traza un programa válido para todos los frailes. Por primera vez, la proclamación del Evangelio no es solo una tarea de personalidades carismáticas individuales, sino que se anima a toda la

Orden Franciscana a seguir algunas líneas operativas concretas para llevar a cabo la misión.

La novedad del diseño misionero concebido por Francisco se manifiesta en el título del capítulo XVI de la *Regla no bulada*: «Los que van entre sarracenos y otros infieles». De hecho, cuando en ese momento los cruzados estaban «en contra» (*contra*) de los musulmanes, el *Poverello* envía a sus frailes no solo «a» (*ad*) ellos, sino que especialmente los envía «entre» (*inter*) en medio, de ellos. La creación de una colonia occidental es completamente ajena al espíritu franciscano. Los requisitos previos para una actividad misionera eficaz son la solidaridad y la amistad con la población local y el conocimiento del entorno islámico.

Más tarde, Francisco presentó dos modos o formas de comportamiento de los misioneros en el territorio musulmán: «Uno es, que no se promuevan disputas ni controversias, sino que estén sometidos *a toda humana criatura por Dios* (cf 1Pe 2,13) y confiesen que son cristianos. El otro es que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la Palabra de Dios para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos»¹⁰. En este pasaje vemos una nueva y original estrategia misionera de Francisco. En primer lugar, se sitúa el testimonio de la vida animada por el amor de Dios. La mera presencia debe ser significativa y elocuente. El ejemplo de la fraternidad es el método de evangelización más efectivo y creíble. Por lo tanto, los frailes deben renunciar a toda pretensión de superioridad y de dominación, respetar las diferentes costumbres e introducirse como cristianos en el contexto local. Mediante la práctica de las virtudes cristianas, los testigos silenciosos del Evangelio están llamados a confesar su fe con valentía y humildad.

La segunda actitud es la proclamación explícita de la Palabra de Dios, que solo puede tener lugar después de una evaluación cuidadosa de las circunstancias y después de una paciente espera del momento oportuno.

¹⁰ *Regla no bulada de los Hermanos Menores*, cap. XVI, 6-7, ib., 120.

El misionero no puede apropiarse de la Palabra, no puede ser el usurpador impetuoso de la buena noticia del Evangelio, sino que debe sumergirse en la escucha de Dios y percibir su voluntad. Francisco no pierde de vista el objetivo principal de la misión, es decir, la conversión de los infieles. La adhesión a la fe debe ser una elección personal y no precipitada, más aún, debe verse como la eficacia del testimonio y del anuncio de los frailes.

El viaje misionero del *Poverello* en Oriente dejó huellas en su espiritualidad y lo impulsó a asimilar algunas formas de piedad y oración que había encontrado en el entorno islámico, como leemos en algunas de sus cartas. En la *Carta a las autoridades de los pueblos*, Francisco sugiere crear en los países cristianos el cargo de animador público que –a la manera de un muecín– pueda reunir a la gente para orar: «En el pueblo a vosotros encomendado, deis tanto honor al Señor, que todas las tardes, por medio de pregonero u otra señal, se anuncie a todo el pueblo que ha de alabar y dar gracias al Señor Dios omnipotente»¹¹. Un remoto eco de la propuesta de Francisco fue la iniciativa de fray Benedicto de Arezzo, quién fue ministro provincial en Tierra Santa, al cual debemos el uso de la campana durante el rezo del Ángelus, una práctica que luego fue acogida y propagada por la Orden franciscana en toda la cristiandad.

La idea de la misión está presente en la vida de Francisco desde el comienzo de su conversión. Deriva del deseo de vivir el Evangelio y de seguir los pasos del Divino Maestro. La invención del nacimiento para la Navidad de 1223 en Greccio, y el don de los estigmas, manifiestan su profunda identificación espiritual y corporal con Jesucristo, fuente y razón de su fe y su misión. Enfermo y debilitado por una vida llena de privaciones, murió en Asís la tarde del 3 de octubre de 1226.

¹¹ *Carta a las autoridades de los pueblos*, 7, ib., 74.

BEATO PABLO MANNA (1872-1952)

«**E**n el padre Pablo Manna, entrevemos un reflejo especial de la gloria de Dios. Él entregó toda su existencia a la causa misionera. En todas las páginas de sus escritos emerge viva la persona de Jesús, centro de la vida y razón de ser de la misión».

Estas palabras de san Juan Pablo II, pronunciadas en la homilía de la beatificación del padre Manna, el 4 de noviembre de 2001, sintetizan la fisonomía espiritual de este gran apóstol de la evangelización *ad gentes*, considerado uno de los estudiosos precursores del Concilio Vaticano II.

Pablo Antonio Manna nació en Avellino el 16 de enero de 1872, el quinto de seis hijos. Después de sus estudios de primaria y los técnicos en Avellino y Nápoles, continuó sus estudios en Roma. Mientras asistía al curso de Filosofía en la Universidad Gregoriana, sintió la llamada del Señor a la vida misionera y entró en el seminario del Instituto de Misiones Extranjeras, en Milán, para estudiar teología. Fue ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1894 en la catedral de Milán.

Destinado por los superiores a Birmania (ahora República de la Unión de Myanmar), partió el 27 de septiembre de 1895 para la misión de Taungoo. A pesar de estar condicionado por una precaria salud, se prodigó con una dedicación incansable en la evangelización¹² y en la promoción humana de los carianos (en particular de la tribu Ghekhú, sobre la que más tarde escribió una valiosa monografía). La fatiga de los viajes, las fiebres de la

¹² El padre Manna también evangelizó a los padres del primer beato nativo de Birmania (ahora Myanmar), Isidoro Ngei Ko Lat, un catequista, que fue martirizado junto con el padre Mario Vergara, PIME. Ambos, el misionero y el catequista, fueron beatificados el 24 de mayo de 2014 en la catedral de Aversa, perteneciente a la diócesis del mismo nombre, en la provincia de Caserta, Italia.

malaria y la aparición de la tuberculosis lo obligaron a regresar definitivamente el 7 de julio de 1907.

En Italia, el padre Pablo se dedicó plenamente a una intensa y variada actividad de animación misionera, poniendo al servicio de los demás sus habilidades como agudo observador de la realidad eclesial en todo el mundo, como conferenciante, comunicador y escritor muy culto. «Toda la Iglesia para todo el mundo» fue su lema. Como «Alma de fuego»¹³, a través de sus escritos transmitió su ardiente visión de la fe comentando los múltiples y complejos problemas de la misión *ad gentes*. Al respecto desarrolló un análisis atrevido y penetrante, que los expertos han juzgado a menudo como «proféticas».

En 1909 fue nombrado director de la revista *Le Missioni Cattoliche* (Las Misiones Católicas), que recibió un nuevo impulso bajo su guía experta y dinámica. Publicó opúsculos, algunos libros y escribió muchos artículos sobre los temas misioneros que consideraba más importantes. Lanzó varias iniciativas de cooperación misionera: adopciones, becas, folletos de oraciones para las misiones... Fundó nuevas publicaciones periódicas, como *Propaganda misionera para las familias*, *Italia misionera* para los jóvenes y, más tarde, *Venga tu Reino*, también para las familias, especialmente del sur.

En 1915, el padre Manna dio los primeros pasos hacia la fundación de la Unión Misionera del Clero (hoy PUM): «la joya de su vida», como la definiría Pío XII. Recibió un apoyo decisivo para realizar este proyecto de parte de Mons. Guido María Conforti, obispo de Parma, fundador de los Misioneros Javerianos (canonizado en 2011). Los estatutos de la Unión, presentados al Papa por el propio Conforti, fueron aprobados el 31 de octubre de 1916. En la encíclica *Maximum illud* (1919), Benedicto XV exaltó a la Unión Misionera del Clero, expresando el deseo de que fuese «establecida en todas las diócesis del orbe católico».

La idea básica, totalmente compartida por Mons. Conforti, era que se necesitaba empezar por el clero para poner a todo el pueblo de Dios en estado

¹³ Así lo definió el padre Gian Battista Tragella (1885-1968), insigne misiólogo, historiador del PIME, gran amigo y colaborador del padre Manna, además de ser su primer biógrafo.

de misión. El padre Pablo estaba convencido de que «cada sacerdote por naturaleza, por definición, es un misionero», pero constantemente necesita revivir la llama del celo apostólico en su corazón. «El misionero es por excelencia un hombre de fe: nace de la fe, vive de la fe, trabaja voluntariamente por la fe, por ella sufre y muere. [...] Sin la fe, el misionero no tiene sentido, no existe; y, si existe, no es el verdadero misionero de Jesucristo»¹⁴.

En 1924 se le confió una nueva responsabilidad, particularmente exigente, la de dirigir como Superior General el Instituto de Misiones Extranjeras de Milán, que en 1926 se convirtió en el Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras (PIME) a instancias de Pío XI, quien lo unificó con el análogo Seminario misionero de los santos apóstoles Pedro y Pablo de Roma. En los diez años de gobierno, la pasión misionera del padre Manna se puso de manifiesto sobre todo en «conversaciones familiares»: cartas y meditaciones dirigidas a los hermanos de comunidad y publicadas en el boletín titulado *Il Vincolo*, un instrumento de animación, información y conexión entre los miembros del PIME de todo el mundo. Posteriormente todas estas cartas circulares fueron recogidas en un libro titulado *Virtudes apostólicas*, textos que actualmente constituyen un clásico de la espiritualidad misionera.

Estaba firmemente convencido del papel central de la oración en la vida del misionero. «Sed hombres de vida interior, hombres de oración. [...] Vale la pena saber cómo predicar, pero vale mucho más saber cómo orar [...]. El misionero que conoce bien el idioma y sabe cómo predicar, pero que reza poco, expondrá de manera excelente la verdad de nuestra santa religión, pero dejará frías a las almas. El misionero que tiene mucha intimidad con Dios en la oración, aunque no sea muy feliz en la exposición, siempre tendrá el don de transmitir el espíritu de Jesucristo en las almas, que es lo fundamental que la predicación debe alcanzar. El primero enseñará a Jesucristo, el otro lo mostrará. ¡Entended la diferencia! “Si el que enseña no es un hombre de vida interior, su lengua pronunciará cosas vacías” (san Gregorio)»¹⁵.

¹⁴ PABLO MANNA, *Virtudes apostólicas. Cartas a los misioneros*, EMI, Bolonia 1997, 89 (vers. esp. en: http://adgentes.sanelias.net/?page_id=151).

¹⁵ *Ib.*, 100.

El pensamiento del padre Manna se enriqueció y concretó después de un largo viaje misionero a Oriente que duró unos dos años (1927-1929). Desde la observación de las muchísimas realidades ambientales, culturales y eclesiales, y de las reuniones con numerosas personalidades y misioneros en los lugares de misión, nació su pro-memoria titulada *Observaciones sobre el método moderno de evangelización*, un texto de aproximadamente noventa páginas con notas, comentarios y propuestas audaces e innovadoras. El texto, enviado a *Propaganda Fide*, permanecerá sin publicar hasta 1977.

En 1934, concluido su mandato como Superior General del Instituto, comenzó y siguió con muchísimo esmero otra gran obra, que más tarde completará, por mandato de la Asamblea General del PIME, su sucesor al frente del Instituto, Mons. Lorenzo María Balconi: la fundación de las Misioneras de la Inmaculada (Milán, 8 de diciembre de 1936). Esta nueva Congregación femenina reconoce al Padre Manna como el «inspirador» de su propio carisma misionero.

De 1937 a 1941, el padre Manna fue secretario internacional de la Unión Misionera del Clero. Tejió una red de relaciones con nuncios, obispos y sacerdotes de todo el mundo. Continuó escribiendo cartas, libros y artículos. Siendo además especialmente sensible a los problemas planteados por la división entre los cristianos, se convirtió en un «profeta del ecumenismo». En 1941 publicó *Los hermanos separados y nosotros*, traducido a varias lenguas¹⁶. La obra recibió una buena acogida entre los cristianos no católicos, tanto en Oriente como en Occidente, incluso cuando los posicionamientos permanecían distantes. En 1950 escribió *Nuestras Iglesias y la propagación del Evangelio*. Precisamente las ideas contenidas en esta obra serán retomadas después por Pío XII en la encíclica *Fidei donum*.

El padre Pablo Manna murió en Nápoles el 15 de septiembre de 1952 y sus restos descansan en Ducenta. Fue beatificado por san Juan Pablo II el 4 de noviembre de 2001.

¹⁶ ID, *Los hermanos separados y nosotros*, Obras Misionales Pontificias, Madrid 1961.

VENERABLE PAULINE MARIE JARICOT (1799-1862)

Pauline Marie Jaricot nació en una familia de fieles católicos, inmediatamente después de la Revolución Francesa, el 22 de julio de 1799. Fue la séptima y última hija de Antoine y Jeanne Jaricot, comerciantes de seda de Lyon, una ciudad cuyas raíces cristianas datan del siglo II, y que se gloria de haber contado con el padre de la Iglesia San Ireneo, como su segundo obispo.

Pauline fue bautizada el día de su nacimiento. Sus padres le pidieron a un sacerdote fiel al Papa que bautizara a su última hija en la casa familiar, porque su párroco de San Niceto había prestado el juramento requerido por el gobierno revolucionario, un juramento que socavaba la autoridad de la Iglesia en Francia. Su vida transcurrió en medio de este clima de inestabilidad civil y durante un período de profundos cambios sociales, en el que llevó a término una obra que fue crucial para la actividad de evangelización.

Gracias a todas las referencias con las que contamos, comprobamos que era una joven alegre y vivaz, muy decidida e incluso terca. En su autobiografía –que debe leerse con cautela, ya que Pauline era muy estricta consigo misma– escribe así: «Nací con una imaginación ferviente, una actitud superficial y un carácter violento y perezoso. Habría estado totalmente atada por otras cosas... [pero] Dios me dio un corazón leal, que fácilmente se entregaba a la devoción». Ella estaba muy unida a su hermano Phileas, dos años mayor que ella, que estaba decidido a convertirse en misionero en China. Cuando Phileas anunció su propósito, inmediatamente Pauline le comunicó su intención de ir con él para cuidar de los pobres y los enfermos y arreglar las flores en la Iglesia.

Durante su adolescencia y en los primeros años de su edad adulta, era inconstante en sus devociones: en ocasiones vivía momentos de intensa

oración, durante las cuales nació su deseo de pasar largas temporadas en la Iglesia ante el Santísimo Sacramento, orando por la intercesión de la Virgen María; pero en otras ocasiones, deseaba participar en eventos mundanos, donde se ponía elegantes vestidos y era admirada y cortejada por jóvenes, fantaseando sobre posibles matrimonios idílicos con ellos. El 16 de abril de 1812, a la edad de trece años, después de una cuidadosa y reverente preparación, recibió su Primera Comunión con grandísima devoción.

Sin embargo, su vida cambió drásticamente a la edad de quince años, después de un incidente doméstico. Estaba haciendo limpieza cuando se cayó de un taburete y se golpeó violentamente en el suelo. La caída dañó seriamente su sistema nervioso, impidiéndola mover correctamente sus extremidades y hablar con normalidad. Aunque los médicos probaron varias terapias, acabaron admitiendo que era imposible encontrar un remedio. Su madre estaba tan preocupada por su salud que también ella enfermó, y su enfermedad empeoró aún más con la noticia de la inesperada muerte de su primogénito Narciso, a la edad de veintiún años. Antoine Jaricot decidió trasladar a su hija a un pequeño pueblo a las afueras de Lyon, con la esperanza de que la separación entre madre e hija pudiera ayudar a ambas a curarse más deprisa. Desafortunadamente, el 29 de noviembre de 1814, murió Jeanne Jaricot. La familia, temiendo que empeorase aún más la salud de Pauline ante la noticia, tomaron la decisión de no informarla de la muerte de su madre.

El párroco local invitó a Pauline a reanudar sus prácticas religiosas y ella, libremente, solicitó recibir el sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. La experiencia del perdón y el alimento espiritual produjeron un profundo efecto en ella. A partir de ese momento comenzó a recuperar el uso de las extremidades, y cuando decidieron comunicarle la muerte de su madre, admitió que ya lo había sospechado. Tan pronto como logró caminar, pidió ser acompañada a la Basílica Notre-Dame de Fourvière en Lyon, para poder rezar ante la magnífica representación de la Virgen presentando al Niño Jesús al mundo.

Desde ese momento Pauline decidió dedicar su vida exclusivamente a servir a los pobres y enfermos, visitando todos los días los hospitales y las personas incurables, vendando sus heridas y ofreciéndoles palabras de consuelo. Esta ayuda a los necesitados estuvo acompañada por una vida de oración intensa, recibiendo todos los días la Eucaristía, e intercediendo por la conversión de los pecadores y por la evangelización del mundo. Aumentó muchísimo su devoción al Sagrado Corazón, y pasó a formar parte de la Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Esto la llevó a crear una nueva Asociación llamada *Reparation (Reparación)*, a la que invitaba a asociarse a muchas mujeres de Lyon que trabajaban casi como esclavas en las fábricas de seda de la ciudad. Sus meditaciones ante el tabernáculo la inspiraron a escribir y publicar el libro *El amor infinito a la Divina Eucaristía*, fuente de consuelo y alimento espiritual para muchos.

En ese momento, su hermano Phileas estaba en el seminario de París. Él informó a Pauline de que la Sociedad para las Misiones de París quería enviar sacerdotes a Asia, y le pidió que buscara una manera de recaudar fondos suficientes para garantizar el éxito de la empresa. Fue en ese momento cuando Pauline tuvo una idea que cambiaría la historia: decidió invitar a cada miembro de la Asociación *Reparación* a encontrar a diez nuevos miembros para que orasen y ofreciesen una moneda a la semana para la evangelización del mundo, o, como se decía en los tiempos de Pauline, para la propagación de la fe. Por cada diez miembros puso al frente un *dizenaire* (capitán de diez), por cada cien miembros un *centenaire* (capitán de cien) y por cada mil miembros un *millenaire* (capitán de mil).

La idea era sencilla: orar y recolectar fondos personalmente, creando una red de relaciones personales. El capitán de diez se reuniría con sus miembros y recogería las monedas cada semana, el capitán de cien las recogería de los capitanes de los diez, y por último, el capitán de los mil de los capitanes de cien. Los considerables fondos recaudados se dividieron y fueron enviados a todo el mundo. La idea se extendió y así se fundó la Sociedad para la Propagación de la Fe, que pronto se difundió ampliamente fuera de Francia, convirtiéndose en un fenómeno mundial. El 22 de mayo de

1922, por decisión del papa Pío XI, se transformó en la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. De esta manera, el Santo Padre quiso expresar su solicitud paternal por las Iglesias locales surgidas gracias a la atracción misionera.

Su reputación como una mujer devota y firme en la fe hizo que Pauline obtuviese un gran respeto por parte del Santo Padre, de los cardenales, obispos y santos contemporáneos, algunos de los cuales le pidieron ayuda y consejo. El fundador de la Sociedad de la Santa Infancia (hoy conocida como Obra Pontificia de la Infancia Misionera o Santa Infancia) se consultó con ella para encontrar la mejor manera de recaudar fondos para los niños en las misiones de los diversos países. Más tarde, cuando su salud comenzó a empeorar, Pauline decidió hacer una peregrinación a Roma, pero allí cayó enferma. Mientras estaba impedida en la cama en un convento cerca de la «Iglesia de la Santísima Trinidad dei Monti», en lo alto de la famosa escalinata de la Plaza de España, el Santo Padre la visitó para alentarla y bendecirla.

A pesar de todos estos enormes éxitos espirituales y misioneros, la vida de Pauline estuvo llena de sufrimientos físicos, emocionales y espirituales. Pauline nunca se planteó la vocación religiosa, pues estaba convencida de que había sido llamada por Dios como mujer laica para dedicar toda su humilde existencia al apoyo de los pobres y de las misiones. Al caer en un estado de miseria, se vio obligada a inscribirse a la lista de los pobres de Lyon para recibir algo de comer. Su amor por Dios, por la Virgen y por las misiones nunca flaqueó. Murió en paz el 9 de enero de 1862 y fue proclamada venerable por el papa Juan XXIII. Su causa de beatificación está siendo examinada por la Congregación para las Causas de los Santos y rezamos para que pronto sea reconocida como beata.

Vale la pena recordar otra preciosa iniciativa de oración misionera. En 1826, animada por el éxito de su enfoque personal en la organización de la Obra Misionera mediante la creación de pequeños grupos, Pauline utilizó el mismo criterio para comenzar y proponer el *Rosario viviente*. Organizó a sus amigos y colaboradores en grupos de 15 personas, según el número

de los Misterios del Rosario. Pidió a cada miembro que se comprometiera a rezar una decena del Rosario todos los días y meditar sobre un Misterio al día, durante un mes entero. De esta manera, todo el rosario se recitaba diariamente y los 15 misterios eran meditados por cada grupo. A principios de cada mes, la persona a cargo del grupo redistribuía personalmente los Misterios entre los miembros, asegurándose de que cada uno recibiera un Misterio diferente para meditar durante la oración del Rosario en las siguientes cuatro semanas. De este modo todos los meses, toda la vida de Cristo era meditada por el grupo. A través de la intercesión de la Virgen María, se oraba a Dios, haciendo de la oración del Rosario una realidad viva en apoyo de la misión de la Iglesia, especialmente por la proclamación del Evangelio a los que todavía no lo habían recibido.

El sueño de Pauline sobre el *Rosario viviente* pronto se convirtió en un fenómeno generalizado en todo el mundo. En 1831 escribía: «Los grupos de 15 continúan multiplicándose a una velocidad increíble en Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra y en varias partes de América. El Rosario se ha extendido hasta las Indias y especialmente en Canadá». La esperanza de Pauline era que el *Rosario viviente* uniera a las personas, dispersas por todo el mundo, en ferviente oración por la misión de la Iglesia.

La iniciativa del *Rosario viviente* tuvo tanto éxito que después de la muerte de Pauline, en 1862, ya había más de 150.000 grupos, con 2.250.000 miembros solamente en Francia. Actualmente el *Rosario viviente* todavía se practica en muchas partes del mundo y los grupos de los 15 han aumentado sus miembros a grupos de 20 por la inclusión de los nuevos misterios luminosos, establecidos por san Juan Pablo II.

CHARLES DE FORBIN-JANSON (1785-1844)

Charles de Forbin-Janson nació en París en 1785, en una familia noble de militares. Solo cuatro años después, la revolución francesa obligó a sus padres al exilio en Alemania, lo que le llevó a experimentar, desde niño y en su propia piel, la vida del refugiado, la persecución, la inseguridad, el miedo y la pobreza. Este es uno de los muchos «detalles» significativos que, desde el principio, describen su biografía en torno a dos polos: la impotencia de la infancia y la misión como paradigma de apostolado.

Después de regresar a París y recibir la primera comunión, el adolescente Forbin-Janson mostró gran sensibilidad caritativa al inscribirse en una asociación que ayudaba a los más desfavorecidos en las cárceles y hospitales. En la capilla del seminario de las Misiones Extranjeras de París, donde tenían lugar las reuniones, pudo escuchar noticias sobre la misión en China. De este modo, y de forma discreta, la dimensión misionera hizo su aparición de manera explícita. Charles tenía por delante una carrera prometedoras ya que Napoleón lo había nombrado supervisor del Consejo de Estado. Sin embargo, al percibir la llamada de Dios, no se dejó seducir por estas perspectivas y en 1808 ingresó en el seminario de San Sulpicio, en París. Ordenado sacerdote en 1811, y después de otros destinos iniciales, terminó regresando a París, donde se ocupó con alegría de la formación cristiana de los niños de su parroquia.

El apasionado apostolado que llevó a cabo se manifestó de manera especial en su dedicación a las «misiones populares», para revivir la fe en la Francia descristianizada posrevolucionaria. En este período se destacaron sus talentos de elocuencia, así como su amor y su generosidad, que lo llevaron a renunciar a sus propias ropas para dárselas a los más necesitados. Esta fase finalizó con su partida a Tierra Santa en 1817.

En 1824 Charles de Forbin-Janson fue consagrado obispo de Nancy y Toul, en el noreste de Francia. En aquel tiempo, mantenía un contacto muy cercano con los misioneros que le escribían y le pedían su ayuda. Pero no solo eso: también estaba al corriente de la situación de las misiones en China: él mismo había acariciado la idea de ser misionero. De hecho, cuando la nueva revolución de 1830 lo obligó a abandonar su diócesis, se dirigió al Papa para pedirle que lo enviara al Extremo Oriente. Pero, aunque Pío VIII asintió a su petición, su deseo no pudo llevarse a término.

Mons. Charles de Forbin-Janson continuó realizando una gran actividad caritativa y asistencial, hasta que un nuevo evento providencial le permitió seguir libremente su inclinación a la evangelización *ad gentes*: invitado por los obispos misioneros, se fue a América del Norte y se quedó allí de 1839 a 1841. En Canadá, en medio de una naturaleza espectacular, desarrolló su predicación entre las tribus nómadas, y más tarde también visitó los Estados Unidos. Mientras tanto, aumentaron sus deseos de crear una fundación en favor de las misiones.

A su regreso a Francia, seguían impresionándole las noticias sobre muchos niños —y especialmente niñas— de China que, abandonados o asesinados fríamente, morían sin siquiera poder recibir el bautismo. Eran las agonizantes solicitudes de ayuda lanzadas por los sacerdotes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, de la que él mismo había pensado formar parte. La idea de salvar la inocencia de los niños en tierras de misión a través de la inocencia de los niños cristianos comenzaba a forjarse. Los dos polos de su vida definitivamente entraron en contacto: la infancia y la misión.

Con estas preocupaciones, en el verano de 1842, Mons. Charles de Forbin-Janson fue a Lyon para hablar con Pauline Jaricot, la joven laica que, veinte años antes, había sentado las bases de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe. A partir de este diálogo decisivo, comenzó a vislumbrar la manera de organizar la ayuda a los niños en China, que terminó concretándose en un «doble gesto» de los niños de su diócesis: la recitación diaria del Ave María, más una breve oración para los niños de la misión, y la ofrenda de una moneda al mes.

El obispo se consagró a este proyecto para movilizar a niños cristianos en beneficio de sus hermanos en tierras de misión; una obra que, con el nombre de «Santa Infancia» –refiriéndose a la infancia de Jesús– fue fundada el 19 de mayo de 1843. Esta era la respuesta a una inquietud que había durado casi 40 años. Para extender esta iniciativa, viajó a su tierra natal y llegó a Bélgica, donde recibió el apoyo de los Reyes y del Nuncio Mons. Gioacchino Pecci, futuro papa León XIII. La Santa Infancia fue recibida muy bien en Francia y recogió adhesiones en todo el mundo, pero también tuvo que superar algunas dificultades. Contrariamente a cuanto temían los más desconfiados, la nueva Obra no se debilitó, sino que por el contrario reforzó las actividades de la Propagación de la Fe y anticipó las de San Pedro Apóstol –fundada en 1889– cubriendo aspectos vocacionales que posteriormente fueron tomados como propios por esta última.

En la contemplación de la infancia del Señor, Mons. Charles de Forbin-Janson descubrió una manera excepcional de acceder al misterio de la Encarnación, hacerse uno con Cristo y compartir su amor salvador. En los pasajes del Evangelio en los que Jesús se refiere a los niños, encontró «un nuevo lenguaje de enseñanzas y ejemplos» desde el cual brilla «su voluntad formal de devolver a la infancia sus derechos despreciados y aumentar sus privilegios».

Para explicar la importancia de la Obra y organizar su funcionamiento, cuatro meses antes de su muerte, anunció la creación –que tendrá lugar en 1846– de los Anales de la Santa Infancia, una especie de correspondencia bidireccional entre los niños de las Iglesias más consolidadas y los de las misiones.

Mons. Charles de Forbin-Janson murió cerca de Marsella en julio de 1844, cuando la Santa Infancia no tenía siquiera un año y medio de vida. No pudo cumplir su sueño de viajar a China, una vez puesta en marcha la Obra, ni tampoco llegó a ver las expediciones de las religiosas que, a partir de 1847, y en línea con otra intuición suya, cuidarían maternalmente las necesidades de los niños más desfavorecidos en las misiones. Su iniciativa fue apoyada inmediatamente por los pontífices. Este apoyo sigue vigente

desde hace 175 años y todavía puede resumirse en las palabras de aliento que Gregorio XVI dirigió al obispo en sus comienzos: «Continúe con la fundación de la Obra. En verdad, es la Obra de Dios. Tiene nuestra bendición». En 1922, por concesión de Pío XI, recibió el título de «Pontificia».



JUANA BIGARD (1859-1934)

Juana Bigard nació el 2 de diciembre de 1859 en Coutances, una pequeña ciudad de la Baja Normandía, en Francia. Su madre, Estefanía Cottin, fue una mujer de carácter y de amor posesivo. Entre madre e hija se desarrolló tal simbiosis de sentimientos e ideales que se necesitaban casi siempre la una a la otra.

La edad escolar transcurrió para Juana, frágil de salud, dentro de las paredes de la casa de Caen, la ciudad adonde su padre, magistrado, se había trasladado por motivos laborales. La instrucción que recibió en casa fue sin duda mucho mejor que la recibida por sus coetáneas, sobre todo considerando el alto nivel cultural de la familia Bigard, pero no lo suficiente como para darle el respiro de libertad, la alegría de los juegos infantiles, el calor de la amistad.

La juventud de Juana coincidió con el pleno desarrollo de la red de cooperación misionera de los tiempos modernos, que ahondaba sus raíces en la Francia pre-napoleónica. El Instituto de Misiones Extranjeras de París se convirtió en el centro del despertar misionero y la fuerza impulsora de algunas asociaciones misioneras que, con la ayuda de la oración y con algunas colaboraciones espontáneas, se dispusieron a apoyar a los misioneros enviados al Extremo Oriente y a América del Norte.

Por iniciativa de varias personas, especialmente Pauline Jaricot (1799-1862), se estableció la *Obra de la Propagación de la Fe* en Lyon, en 1822. Durante las tres primeras décadas esta obra se propagó por varios países europeos, entre ellos Italia, estimulando el interés popular en favor de las misiones, a través de publicaciones de carácter prevalentemente edificante, como los *Anales de la Propagación de la Fe*, lo que permitió divulgar algu-

nas de las experiencias loables y muy positivas de los misioneros, así como también los diferentes problemas del mundo indígena.

A partir de esas lecturas, Estefanía y Juana Bigard, que ya tenían una estrecha relación con las Misiones Extranjeras de París, conocieron a algunos sacerdotes misioneros que trabajaban en el Extremo Oriente, de los que luego se convertirían en confidentes y protectoras. Precisamente en el momento en que las fuerzas misioneras se multiplicaban, en Europa se advertía la necesidad urgente de establecer una jerarquía local en los territorios de misión, libre de cualquier presión política y autónoma en su ejercicio pastoral. Estefanía y Juana Bigard, gracias a los contactos habituales con los misioneros, percibieron el problema y comenzaron a buscar una respuesta adecuada en sus mentes. La Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, que frecuentaban habitualmente, había incorporado desde hacía tiempo en su programa el establecimiento inmediato de la Iglesia indígena con una jerarquía compuesta de elementos locales. La implementación de este programa no fue fácil.

La Congregación Romana de *Propaganda Fide* volvió a abordar el problema del clero indígena con insistencia, haciendo referencia a la famosa Instrucción de 1659¹⁷, en la que se imploraba a los misioneros que pusieran el máximo esmero e interés en la formación del clero local. Con la Instrucción de 1845¹⁸ se invitó a los Vicarios Apostólicos, directamente vinculados a *Propaganda Fide*, a pasar a manos de los sacerdotes indígenas la responsabilidad de las misiones y a no tener miedo tampoco de poner a los misioneros europeos bajo su subordinación. Las persecuciones, con la posibilidad de una expulsión masiva de misioneros extranjeros, aconsejaron, como solución urgente, la creación de un clero indígena. A fin de garantizar el crecimiento de las Iglesias locales en los territorios de misión, el problema central siguió siendo, durante muchos años, la formación del clero indígena. Las dos Bigard, madre e hija, se concentraron en esto.

El punto de partida fue una carta que recibieron, el 1 de junio de 1889,

¹⁷ Congregación de *Propaganda Fide*, Istruzione 1659, Collectanea 1 (1622-1866), n. 135, 42-43.

¹⁸ *Ib.*, n. 1002, 541-545.

del obispo de Nagasaki, Mons. Giulio Alfonso Cousin, de las Misiones Extranjeras de París. El obispo, se mostraba preocupado porque debía hacer regresar a sus familias –tan solo por falta de fondos– «a algunos muchachos que podrían haber sido excelentes seminaristas y, más tarde, buenos sacerdotes»¹⁹, y pedía a las Bigard que ayudasen a su seminario y que se convirtiesen en sus promotoras. Así sugirió la idea de «la adopción de un seminarista que todos los días, años más tarde, pondrá ante el altar santo el recuerdo de sus padres adoptivos, tanto durante su vida como después de la muerte»²⁰. Para Juana y Estefanía, la carta sonó como una llamada. El clero indígena sería la vocación a la que podrían ofrecer, sin reservas, toda su vida. Desde entonces se mantuvieron firmes en ello, recogiendo fondos para los seminaristas de Nagasaki y al mismo tiempo recopilando también la información de los obispos y vicarios apostólicos de las Misiones Extranjeras de París sobre el estado del clero indígena en sus países.

El camino tomado habría resuelto el problema central de las misiones asegurando la presencia del clero local. La fundación de la Obra de San Pedro Apóstol pasó por varias etapas: al principio, para satisfacer las peticiones de Mons. Cousin y otros misioneros, se dispusieron becas para seminaristas y se confeccionaron objetos litúrgicos para las misiones. Juana entendió que su Obra debería apuntar a las misiones del universo²¹, porque todo el mundo misionero necesitaba sacerdotes.

En prospectiva, la Obra quería estar abierta a todas las personas que, en todo el mundo, contribuían o contribuirían, de acuerdo con sus posibilidades y disponibilidad, a apoyar: 1) la creación de becas perpetuas; 2) la adopción de un seminarista; 3) la oración, los donativos, el trabajo.

Pero para garantizar un comienzo seguro eran imprescindibles dos condiciones: la gracia de Dios y la bendición del Papa. El propio León XIII

¹⁹ P. LESOURD-A. OLIHON, *Jeanne Bigard. Fondatrice della Pontificia Opera di S. Pietro Apostolo per il Clero Indigeno* (trad. e rielaborazione a c. di P. F. Casadei), Ed. P.P.OO.MM., Roma 1979 (abbrev. JB) 32

²⁰ JB 32.

²¹ JB 38.

ofrecería la ocasión con su Carta encíclica *Ad Extremas Orientis*²², con la que apoyaba la urgente necesidad de la formación de los sacerdotes nativos.

Los misioneros que ignoraban el idioma y las costumbres del lugar eran considerados extranjeros, mientras que los sacerdotes nativos se verían facilitados en su ministerio. También había que tener en cuenta que el número de misioneros extranjeros, en breve tiempo, no habría podido mantenerse al paso con el aumento de las conversiones.

La Obra de San Pedro Apóstol contaba con un millar de asociados y una larga lista de becas, por valor de cien mil francos, a favor de los seminaristas asiáticos y africanos. Todo ello hacía esperar un signo de aprobación de Roma. La bendición del Papa llegó en 1895, cuando el episcopado francés también otorgó el permiso a la Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena de las Misiones, que así pasó a formar parte a pleno título de la Iglesia universal. *Propaganda Fide* garantizó su pleno apoyo a la Obra a través de sus prefectos, los cardenales Ledochowski y Jacobini. Este último anticipó, en una carta, su inclusión en las Obras Misionales Pontificias, acontecimiento que tuvo lugar el 3 de mayo de 1922, a instancias de Pío XI.

La soledad y el abandono experimentado por muchos fundadores y fundadoras también afectó a Juana. Al lado de su agonizante madre Estefanía (5 de enero de 1903), solo está ella, Juana Bigard, quien le ofreció a Dios sus sufrimientos y el amor de quienes la ayudaron y la siguieron. Temía la oscuridad espiritual y rogó a Jesús que fuera su compañero de viaje «hasta el día en que me perderé en tu amor»²³. Estaba preocupada por la continuidad de la Obra, que al final la confió a la Congregación religiosa de las Franciscanas Misioneras de María²⁴.

La larga enfermedad que la conduciría a su muerte, acaecida el 28 de abril de 1934, revela la misteriosa lógica de las obras de Dios, que a menudo

²² LEÓN XIII, Carta enc. *Ad Extremas Orientis* (24/6/1893), *Acta Leonis XIII*, 13 (1894), 190-197.

²³ JB 88.

²⁴ El Instituto de las *Franciscanas Misioneras de María* fue fundado por Elena de Chappotin de Neuville (1839-1904), que como religiosa tomó el nombre de María de la Pasión. El Instituto fue aprobado el 17 de julio de 1890. Por su carácter esencialmente misionero, obtuvo la aprobación de sus *Constituciones* por parte de la Congregación de *Propaganda Fide* el 8 de julio de 1922.

ofrece la abundancia de sus dones en respuesta a las personas que saben cómo entregar totalmente sus vidas hasta la cruz.

La Obra de San Pedro Apóstol entonces ya formaba parte oficial de la vida de la Iglesia. Por primera vez, aparecía en un documento del magisterio solemne, en la Carta encíclica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, como la Obra de referencia en el campo de los seminarios y de la jerarquía local. El 3 de mayo de 1922, Pío XI la declaró «Obra Pontificia». Este mismo Papa consagró a los primeros obispos de China, Japón y Vietnam, a los que seguirían los primeros vicarios apostólicos de África, consagrados en 1939 por Pío XII.



ANA MARÍA DENGEL (1892-1980)

Ana María Dengel nació en Steeg, una localidad del distrito de Reutte, en el estado de Tirol (Austria), el 16 de marzo de 1892. Después de la muerte prematura de su madre, acontecida cuando solo tenía 9 años, Ana y sus hermanos fueron criados por su padre, quien, después de haberse casado de nuevo, tuvo otros cuatro hijos. Ana se sintió profundamente afectada por la pérdida de su madre y este evento influyó en su trabajo y, sobre todo, en el compromiso que puso en el cuidado de las mujeres y de las madres. La suya era una familia adinerada, y su padre se dedicó con esmero a la educación de sus hijos.

Después de completar sus estudios en Hall e Innsbruck, a los 17 años Ana comenzó a trabajar como profesora de alemán en Lyon. Por entonces se enteró de una escuela que formaba a las mujeres como enfermeras, y donde trabajaba una de las primeras doctoras, Agnes McLaren. El objetivo principal de la doctora era proporcionar asistencia médica a las mujeres indias y especialmente a las mujeres musulmanas que no podían recibir asistencia debido a las leyes islámicas. A la edad de 72 años y con la bendición del papa Pío X, la doctora McLaren se fue a la India donde, en 1910, fundó el Hospital de Santa Catalina para tratar a mujeres y niños.

Inicialmente, la doctora trató de persuadir a las órdenes religiosas para que proporcionaran asistencia médica en los territorios de la misión, pero su intento fracasó debido a un decreto eclesiástico del siglo XII que prohibía a las religiosas estudiar y practicar la medicina. Por ello, la doctora McLaren buscó chicas jóvenes, europeas y americanas, que quisieran aprender el oficio y estuvieran dispuestas a trasladarse a la India para llevar adelante la misión. La entonces veinteañera Ana María Dengel se enteró y de

inmediato pensó que eso era perfecto para ella. Entonces escribió una carta a la doctora: «Esta es la respuesta a mi mayor sueño y profundo deseo: ser misionera con un objetivo específico, llevar a cabo una tarea tan urgente que solo una mujer puede realizar. Este es mi sueño desde la infancia».

La correspondencia entre Ana María y la doctora McLaren resultó complicada desde el principio, ya que la doctora no hablaba alemán y Ana María Dengel no sabía inglés. La doctora alentó a la joven austríaca a estudiar medicina en Cork (Irlanda), porque era necesario obtener un título en inglés para poder trabajar en la India, que en ese momento todavía era una colonia inglesa. Desafortunadamente, las dos mujeres nunca se conocieron personalmente, porque la doctora McLaren murió en 1913.

Ana María pudo completar sus estudios en Cork en 1919. En diciembre de ese año llegó a Rawalpindi, en el actual Pakistán, y comenzó a trabajar en el Hospital de Santa Catalina. Su rutina, incluido el trabajo en el hospital, el estudio del idioma, las visitas a los hogares y los problemas de la vida cotidiana, absorbieron todas sus energías. Todos los días al menos 150 pacientes iban al hospital para recibir asistencia y tratamiento. Después de unos tres años, Ana se sintió aborrida por una fuerte inquietud interna. Un sacerdote entendió que Ana había recibido la llamada y le aconsejó que entrara a formar parte de la orden misionera. Pero entonces tuvo que enfrentarse con el mismo problema que había atormentado a la doctora McLaren: si recibía los votos, tendría que abandonar su carrera como doctora.

En 1924 Anna confió la gestión de la clínica a un médico indio y regresó a Innsbruck para un retiro. Allí creció su deseo de fundar una orden religiosa de médicos, un proyecto a su vez respaldado por el sacerdote que dirigió el retiro. A continuación, viajó a Estados Unidos y durante seis meses se dedicó a buscar fondos y mujeres que compartieran su ideal para el proyecto. Pronto se unieron a ella una doctora y dos enfermeras. Así, el 30 de septiembre de 1925, nacieron en Washington las «Medical Mission Sisters» (MMS). Como las religiosas seguían teniendo prohibido practicar la medicina, la comunidad se fundó como una pía sociedad sin votos.

Ana María Dengel trabajó durante muchos años para lograr un cambio

en la ley canónica, con la finalidad de eliminar la prohibición, para las religiosas, de practicar la medicina. En 1936 el papa Pío XI publicó el decreto *Constans ac sedula* revocando esta prohibición. Así, en 1941, las religiosas de la «Medical Mission Sisters» por fin pasaban a ser una congregación religiosa con votos. Más tarde, en 1959, recibieron el decreto de la Santa Sede que las convertía en una congregación de derecho pontificio.

La congregación comenzó con cuatro hermanas y actualmente cuenta con más de 500 miembros que trabajan en África, Asia, Europa y América. La gestión de muchos de los primeros hospitales que se fundaron fue posteriormente asumida por la población local, tal como habrían querido las hermanas fundadoras. Hoy, la atención ya no se centra únicamente en los servicios médicos o quirúrgicos, sino que se trata de un trabajo integral, que procura el bienestar completo de la persona y su salvación en Cristo.

La alumna más famosa de la doctora Ana María Dengel, entre todas las religiosas de la congregación «Medical Mission Sisters» fue, sin lugar a dudas, santa Teresa de Calcuta. Las dos mujeres no se conocieron en persona hasta el final de los días de Ana María Dengel y, aunque no siempre tenían la misma línea de pensamiento, ambas compartieron el compromiso y el amor por la caridad hacia los más pobres. Las dos fundaron congregaciones religiosas, y su celo apostólico fue capaz de cambiar la Iglesia y el mundo para siempre.

En 1973, la doctora Ana María Dengel pasó la dirección de las «Medical Mission Sisters» a la siguiente generación con estas palabras: «El futuro os pertenece. Procurad entender las dificultades de vuestro tiempo, así como yo entendí las dificultades del mío». En la primavera de 1976 tuvo un ictus que la dejó parcialmente paralizada. Todavía estaba en el hospital de Roma cuando la Madre Teresa de Calcuta fue a visitarla. La doctora Ana María Dengel reconoció a su vieja amiga y le pidió que tomara sus manos, como es costumbre en la India, como un símbolo de herencia y bendición espiritual. Murió en Roma el 17 de abril de 1980 y fue enterrada en el Camposanto Teutónico.

BEATO BENEDICTO DASWA (1946-1990)

El papa Francisco, en su decreto de beatificación, lo describió como un «catequista diligente, maestro reflexivo, testigo del Evangelio hasta el derramamiento de su sangre». Tshimangadzo Samuel Daswa nació el 16 de junio de 1946 en la aldea de Mbahe en la provincia de Limpopo (Sudáfrica), en la diócesis de Tzaneen; murió mártir de la fe el 2 de febrero de 1990 y fue beatificado el 13 de septiembre de 2015.

Cuando Benedicto se hizo católico, entendió que había aspectos de la cultura africana, como la práctica generalizada de la brujería, la magia y el asesinato ritual, que ya no podía aceptar. Su posición frente a estos profundos y oscuros problemas de su cultura lo llevó a pagar el precio máximo del martirio. Su muerte brutal por lapidación y palizas lo ha convertido en un héroe para todos los cristianos en África, y en cualquier otro lugar donde se lucha por liberarse de la esclavitud de la hechicería. Benedicto Daswa vivió su vocación cristiana con alegría y entusiasmo, pero al mismo tiempo con modestia y humildad, como lo demuestra su testimonio cristiano en las diversas facetas de su vida. Después de su bautismo, y especialmente después de su matrimonio por la Iglesia, en 1974, con Shadi Eveline Monyai, Benedicto se convirtió en una guía para los jóvenes y pasó muchas horas y fines de semana con ellos, catequizándoles y enseñándoles.

Cuando se formó el primer Consejo Pastoral Parroquial, fue elegido presidente. Ayudó a enseñar el catecismo a los niños y a los adultos, dirigiendo las celebraciones dominicales en ausencia de un sacerdote, visitando a los enfermos y los que no practicaban, y ayudando a los pobres y necesitados. En la iglesia él ayudó a comenzar una guardería.

De vez en cuando, la pequeña comunidad cristiana se reunía en su casa y durante estas reuniones, se rezaba el Rosario y se compartía la Palabra de Dios.

En su familia, Benedicto era un verdadero modelo de referencia como marido y padre, totalmente dedicado al ideal de la familia como «Iglesia doméstica». En clase, no solo se preocupaba por proporcionar a los estudiantes un buen nivel de educación, sino que, sobre todo, les inculcaba los valores morales fundamentales para la formación de su personalidad. Siendo un deportista hábil y motivado, Benedicto inculcó a los jóvenes los valores del esfuerzo en el trabajo, de la disciplina, de la corrección y del espíritu de equipo. Como presidente de la escuela, fue muy respetado y escrupuloso. Él motivó y capacitó a todo su personal para proporcionar la mejor educación posible a los estudiantes, involucrando a los padres como colaboradores de todo el proceso educativo.

En la esfera pública, Benedicto no ocultó su posición contra la brujería, la magia y el asesinato ritual, que aún hoy tienen el poder de impedir el desarrollo y el progreso de la sociedad. Las acusaciones de brujería a menudo son impulsadas por los celos, el miedo y la sospecha hacia las personas más comprometidas y que triunfan en sus negocios. Benedicto se dio cuenta de la necesidad de liberar a las personas de estos efectos paralizantes, para permitirles asumir la responsabilidad personal de sus propias vidas y convertirse en adultos maduros.

Esta es la razón por la cual su papel en ayudar a las personas a alcanzar la verdadera libertad interior fue importante no solo para la Iglesia, sino para toda la sociedad. En la comunidad local, como consejero y asesor del alcalde del pueblo, y en la comunidad eclesial, como catequista y animador de la oración, Benedicto demostró un espíritu de genuino amor cristiano, de respeto, generosidad, honestidad y libertad. Pero, sobre todo, Benedicto siempre fue un hombre de una profunda oración, cuya vida espiritual se nutría constantemente de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Palabra de Dios. Este gran misterio de fe y amor significaba todo para él: era el centro de su vida.

Nunca se avergonzó de manifestar su gran fe en Dios: era Dios quien le daba las fuerzas. Las personas que lo conocieron de cerca han dado testimonio de que el progresivo crecimiento de su relación con Dios era claramente visible, así como la fidelidad con la que vivió los valores que había abrazado el día de su bautismo. Él quería que todas las personas estuviesen orgullosas de su fe católica y que asumieran una responsabilidad real hacia la Iglesia que tanto amaba. Esto significaba trabajar en los ambientes locales por las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, ser activo en la Iglesia y apoyarla financieramente.

Su posición contra la brujería no era muy popular, porque se oponía a algo arraigado en la cultura local. También había otras personas que, como Benedicto, consideraban el mundo de la brujería como el fruto del mal, del miedo, de la desconfianza, de la enemistad, de la injusticia y de la violencia, y pensaban que la gente debería haber abandonado dicha práctica, y liberarse así. Sin embargo, esta gente, incluidos los ministros religiosos, guardaban silencio por temor a las represalias. Benedicto era diferente. Él hablaba abierta y enérgicamente en público, oponiéndose a quienes recurrían a la brujería. Benedicto Daswa nunca aceptó compromisos. Siempre fue fiel a su fe cristiana.

Defendió a las personas que se negaban a pagar para consultar al *sangoma* (el chamán), no quería que la gente pagara por algo que no existía. Pero Benedicto, sobre todo, no podía aceptar que un inocente fuese asesinado o desterrado de la aldea por ser acusado de supuesto hechicero. Lo que, por el contrario, normalmente ocurría es que, a través de los rumores, las maledicciones y los chismes, se señalaba con el dedo a alguien, a menudo a una mujer anciana o a cualquier otra persona vulnerable. La gente no buscaba pruebas de culpabilidad, sino que directamente recurría a un *sangoma* que generalmente confirmaba sus sospechas. El acusado no tenía ninguna posibilidad de defenderse.

Entre noviembre de 1989 y enero de 1990 se desataron grandes tormentas en la aldea donde Benedicto vivía con su familia. El 25 de enero de 1990, durante una de dichas tormentas, los techos de algunas cabañas

fueron alcanzados por un rayo y se incendiaron. La mayoría de las personas creía que cuando caía un rayo en una casa, era culpa de una persona a la que la gente consideraba un hechicero. Y según la cultura tradicional, los hechiceros tenían que ser capturados y asesinados, así como cualquier otra persona que los protegiese, porque representaban una amenaza para la sociedad. Esta era la cultura tradicional. Benedicto era consciente de la creciente presión en su contra.

Por lo tanto, el domingo siguiente el alcalde del pueblo convocó una reunión de los concejales para abordar el problema. Benedicto todavía no había llegado cuando se decidió que algunos miembros de la comunidad deberían recurrir a un *sangoma* para encontrar al hechicero que había enviado el rayo. Pero primero tendrían que recaudar el dinero necesario para pagarlo. Cuando llegó Benedicto, inmediatamente trató de hacerles cambiar de opinión, señalando que su decisión conduciría a la muerte de algún inocente. La reunión terminó con la firme decisión del consejo y la negativa de Benedicto a colaborar. Sus enemigos reunieron pues a un grupo de jóvenes y adultos para que lo matasen. El viernes 2 de febrero de 1990, fiesta de la presentación del Señor en el templo, se convirtió en un día de fiesta por la entrada de Benedicto Daswa en el paraíso.

El aspecto más significativo del testimonio de Benedicto tiene que ver con su capacidad para abrazar críticamente todo lo que era bueno en su cultura, desafiando al mismo tiempo con valentía los elementos culturales que obstaculizaban la realización de la vida en su plenitud. Benedicto creía firmemente que el matrimonio era una relación entre iguales y para toda la vida, una colaboración fiel de vida y amor. En una comunidad africana rural, patriarcal y tradicional, en el apartheid de Sudáfrica, Benedicto dio un testimonio profético de una actitud respetuosa hacia la igualdad de las mujeres. Él creía en un matrimonio fiel y monógamo que encuentra su pleno significado en el sacramento cristiano. Como lo testificaron sus hijos, él nunca se avergonzó de ayudar a Eveline, su esposa, en las tareas domésticas, generalmente reservadas para las mujeres. Rezaba todos los días con su familia y animaba a todos los padres a orar con sus hijos. Organizaba

reuniones familiares regulares y actuaba como mediador y consultor de las parejas en dificultad. Por último, Benedicto fue un ferviente maestro y educador, convirtiéndose en el director de la Escuela Primaria de Nweli, donde enseñó durante muchos años. Pero, por encima de todo, como señalaron los que lo conocieron bien, Benedicto fue un hombre profundamente humilde, que siempre usaba el poder de la confrontación y del diálogo que le llegaba desde su fe y amistad con Jesús.

Él nunca renunció a su cultura africana, sino que abrazó los mejores aspectos, purificados y madurados por la fe. Su historia refleja el compromiso sincero con los valores de la ética «Ubuntu», es decir, en su profundo y sincero compromiso con el bien común y el servicio de la vida. El ejemplo que ofrecía con su actitud cotidiana –como laico, padre de familia, diligente catequista y solícito profesor– es lo que hoy muchos sudafricanos pueden considerar el legado más importante de su vida: no en contra de su cultura, sino por el bien propio y de la propia cultura y nación.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

CATERINA ZECCHINI (1877-1948)

La madre Caterina Zecchini nació en Venecia el 24 de mayo de 1877 y vivió y murió también en la misma ciudad el 17 de octubre de 1948. No sabemos mucho de su juventud: bautizada el 3 de junio de 1878 en la Iglesia de Santiago del Orio y confirmada en la Iglesia de los santos Jeremías y Lucía el 25 de mayo de 1885, fue una muchacha dotada de un carácter exuberante, vivaz e ingeniosa, pero muy sensible. Después de cumplir los diez años, ya terminada la escuela primaria, Caterina comenzó a trabajar en casa, ayudando a su padre, comerciante de vinos, en la contabilidad. En ella nació una atención cada vez más fuerte hacia los pobres, especialmente hacia los niños que encontraba en las calles de su parroquia y que a menudo llevaba a su casa para alimentarlos y vestirlos.

Esta caridad que germinó en su corazón estaba destinada, con la gracia de Dios, a crecer en el tiempo hasta que ya no pudiese limitarse a esos pobres ocasionales, manifestándose en ella la necesidad de trabajar con todas sus fuerzas para la expansión del reino de Dios en toda la tierra, al servicio de aquellos a quienes Caterina llama los verdaderos pobres: los que aún no conocen a Dios. En 1905 Caterina realizó un encuentro fundamental para su vida espiritual: el del dominico P. Giocondo Pio Lorgna. Quién durante más de 25 años (es decir, hasta su muerte), fue su director espiritual, y la ayudó a crecer en el amor a la cruz y a la Eucaristía.

El encuentro eucarístico fue para ella el encuentro con una persona real, con el Dios a quien ella creía «aniquilado, escondido», pero que sabía muy bien que era el único poderoso y capaz de transformar la vida del hombre. Después de recibir la Eucaristía, cada vez sintió mayores deseos de perfección y de unión con Dios; si la contemplación eucarística la llevó

a un conocimiento auténtico de sí misma y de su propia nulidad, también le dio la fuerza para desplegar las alas y mirar más alto, allí donde muchos hermanos esperaban su ayuda.

La comunión con Cristo generó la misión, que se manifestó en sentimientos de emoción y de amor, en lo que ella asimiló con la sed de las almas de Cristo: «Sentí una gran sed de almas [...] dadme tantas, Jesús, de estas almas, quiero que vuelvan a tus pies, hermosas y purificadas» (16 de septiembre de 1912). Contemplando a Cristo en su pasión, bajo el rostro del Crucifijo y en la presencia eucarística, compartiendo la angustia del amor, Caterina no podía sino desear como principal remedio para satisfacer esta sed que aquello escogido por Cristo mismo: el sufrimiento. Así nació el deseo de ofrecerse con Cristo y en Cristo como víctima en favor de los hermanos. El acto de ofrecimiento al amor misericordioso, del 8 de diciembre de 1920, fue una síntesis de este camino, de estas intuiciones que se fundían en un gran y único ideal: «Tengo grandes deseos dentro de mí. Mi gran Dios, me gustaría ser la apóstol de tu amor. Morir mártir de la caridad, dedicar cada momento de mi vida para que tu amor sea conocido, por la gloria de Dios y el bien de las almas».

Desde la luz eucarística podemos entender las diversas actividades misioneras emprendidas por Caterina. En primer lugar, la difusión de la «Estampilla Apostólica», que ella misma compuso en 1915, consistente en un día mensual de oración y de ofrecimiento del trabajo en favor de las misiones, para obtener vocaciones misioneras, así como todas las ayudas espirituales y materiales que necesitaban y la conversión de aquellos que todavía no conocen a Cristo. En segundo lugar, la hora de adoración, en la que delante del Santísimo Sacramento, invitaba a orar por las misiones de todo el mundo. En tercer lugar, la unión misionera santa Catalina de Siena, que reunía a un grupo de mujeres, comprometidas por votos privados, y que en sus encuentros mensuales ofrecían algunas horas de trabajo por las misiones y la hora de adoración con el mismo propósito, siempre acompañadas por un sacerdote en un camino de formación misionera.

El doble movimiento de trabajo y de adoración también marcó otra

iniciativa de Caterina: el laboratorio misionero, que en un segundo momento dará vida al laboratorio misionero diocesano: «Solo la oración y el trabajo habrían tenido la eficacia de hacer realidad el objetivo que Caterina Zecchini había propuesto entre los fieles por los infieles». Por último, cabe destacar la institución de los Pequeños Apóstoles de la Santa Infancia y de una Compañía Filodramática, cuya recaudación de los recitales también era en beneficio de las misiones.

La llamada particular de Caterina a ser «víctima», su sed de oración cada vez mayor, la aniquilación progresiva de sí misma ante Dios, no son más que un signo de una vocación que ya no se limita a la persona, sino que se extiende a la comunidad: dichas inclinaciones la llevarían en el futuro a la fundación de un instituto religioso. La intuición de fundar una congregación la recibió, una vez más, ante Jesús Eucaristía. Era 1912, en Castel di Godego, cuando vio claramente la idea de fundar una comunidad religiosa, que se volcase totalmente en favor de la misión universal de la Iglesia. Pero se necesitaron muchos años de interiorización, de un camino de fe, de una cuidadosa búsqueda de la voluntad de Dios y de discernimiento, con la ayuda de algunos sacerdotes, para que la idea se hiciese realidad.

Obligada a refugiarse en Novara debido a la guerra, a principios de octubre de 1918, Caterina se encontró con el P. Luigi Fizzotti, pasionista, en la Iglesia de Santa María delle Grazie. Durante la confesión, sin que ella le hubiese manifestado nada, él la animó a comenzar la fundación de la congregación y sin demora, porque era el Señor quien la quería. El P. Luigi siempre se mantuvo cerca de Caterina, apoyándola en su papel de fundadora, ayudándola a abrirse camino a través de cartas y recomendaciones y, cuando se trató de darle un rostro institucional a la congregación, se convirtió en su principal garante.

Así, Caterina, a quien alguna compañera ya se había unido espiritualmente, pidió al cardenal, el patriarca de Venecia, Pietro La Fontaine, que bendijera la Obra que había comenzado. El 10 de noviembre de 1922 el cardenal firmó el decreto de erección de la Pía Unión, pero sería el 30 de mayo de 1923 cuando Caterina Zecchini, con las dos primeras compañeras,

comenzase el primer cenáculo de vida comunitaria, emitiendo al día siguiente, fiesta del Corpus Christi, el acto de consagración delante del P. Lorgna. La primera etapa duró de 1923 a 1933: diez años de trabajo intenso y prolongado, de oración y de sacrificio, en espera de la erección del Instituto como una institución eclesial de derecho diocesano.

Después de algunas dificultades, de contrastes y obstáculos de todo tipo, el 10 de abril de 1933, llegó la constitución oficial de las Siervas Misioneras del Santísimo Sacramento. «Se decidió por el sí», dice el Diario del patriarca, que quiso fechar el decreto el día del Viernes Santo. Esta fecha es muy apropiada porque –según se lee en el decreto– «estamos en el decimonoveno centenario de la redención; es el día en el que el Señor derramó su sangre por los hombres. Y la nueva congregación, más allá del fin común a todos los Institutos religiosos, demanda un empeño particular a sus hijas: trabajar entre los fieles para los infieles, ayudando a las misiones católicas con obras espirituales y materiales, que combina muy bien con los propósitos de la redención misma». Para Caterina y sus compañeras fue la anticipación de la Pascua.

Ella misma lo había expresado en la primera Regla de 1923: «Una obra plenamente iluminada por el espíritu apostólico y el espíritu eucarístico, que tiene la misión de ganarse las almas de los infieles pobres para el corazón de Cristo y así aumentar el número de sus fieles». Como piedra angular para el Instituto, Caterina estableció el amor por la Iglesia, descubierta en su naturaleza maternal y misionera. La obra, por lo tanto, debe tener como primera cualidad la de un carácter apostólico general (Regla 1923): «Todas las misiones sin excepción tendrán el sufragio de nuestras oraciones, sacrificios, ofrendas».

La contemplación misionera universal vivida de esta manera produjo como consecuencia una elección definitiva en Caterina. «Queremos ejercer nuestra misión aquí entre los fieles, pero en beneficio de los infieles. Por lo tanto, con la ayuda del Señor trataremos de aprovechar al máximo el bien espiritual y material de las misiones católicas y difundir la idea misionera en toda clase de personas» (al patriarca Pietro La Fontaine, 25 de julio de

1922). La vida y la espiritualidad de Caterina encontraron la fuerza y el significado en la fuente de la vida de toda la Iglesia, en la Eucaristía, la fuente de la misión.

Caterina sabía que el ideal que la animaba era realizable solo a través del sufrimiento: nunca rechazó la Cruz, incluso cuando en los últimos años de su vida vino a visitarla en forma de una enfermedad dolorosa y de una serie de incomprensiones. Entonces seguía encontrando fuerza y valor en el tabernáculo orando durante mucho tiempo, incluso de noche, para pedir gracias para el Instituto y para la extensión del reino de Dios sobre toda la tierra. Después de una vida completamente dedicada al ideal eucarístico-misionero, su muerte, acaecida el 17 de octubre de 1948, realizó para ella lo que había escrito muchos años antes en las Reglas del Instituto: «Al final de nuestra vida mortal, la última nota de amor que emanará de nuestro pobre corazón será la del Cristo muriente: *“Consummatum est. Todo se ha cumplido”*».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

BEATO CIPRIANO MIGUEL IWENE TANSI (1903-1964)

El beato Cipriano Miguel Iwene Tansi, primer beato de Nigeria, nació en un poblado de Aguleri, en la diócesis de Onitsha (Nigeria), en 1903. Unos años antes de su nacimiento, en 1890, los misioneros católicos alsacianos llevaron allí el primer anuncio de la fe, aunque poco después serían reemplazados por los irlandeses de la Congregación del Espíritu Santo.

Sus padres, campesinos, eran practicantes paganos de la «religión tradicional» de los igbo. En 1909, con apenas seis años, el pequeño Cipriano fue enviado por sus padres a la capital de Aguleri: allí, en el poblado cristiano denominado Nduka, vivió en la casa de una tía materna cuyo hijo, Robert Orekie, cristiano, ejercía como maestro en la escuela de la misión. A la edad de nueve años, fue bautizado y recibió el nombre de Miguel. Sus contemporáneos lo describen como un estudiante trabajador y muy exigente consigo mismo, que tenía una fuerte influencia sobre sus compañeros, quienes estaban fascinados por su fuerte y decidida personalidad, tanto humana como religiosa, y de su profunda piedad.

En 1913 se mudó a Onitsha, donde se matriculó en la escuela primaria de la santísima Trinidad y en 1919 obtuvo el diploma que le facultaba para la enseñanza. En 1924 asumió el cargo de director de la escuela de san José. Entonces sintió la llamada de Dios a la vida sacerdotal, y en 1925, con 22 años, venciendo resueltamente la oposición de los miembros de su familia, ingresó al recién inaugurado seminario de san Pablo, en Igbariam, siendo la primera vocación indígena de la zona. Siempre inspiró muchísima confianza en sus superiores. Por eso en 1932 le encomendaron la gestión del economato del *Training College*. El 19 de diciembre de 1937 fue ordenado sacerdote por el obispo misionero Mons. Charles Heerey, C.S.Sp., en la catedral de Onitsha.

En los primeros 12 años de sacerdocio demostró unas dotes excepcionales, confirmadas por muchísimas personas que fueron testigos de su celo y su completo abandono en las manos de Dios. El primer encargo de Cipriano Miguel fue en la parroquia de Nnewi. Elizabeth Isichei, en su precioso libro *Totalmente per Dio. La vita di Michael Iwene Tansi*, resume sus principales líneas pastorales: «Ascetismo personal, gran capacidad de compromiso y resistencia física, bondad hacia los enfermos y los pobres, preocupación por la santidad del matrimonio y la formación espiritual de las mujeres, carisma personal».

En 1940 logró valientemente disipar un mito supersticioso sobre la tierra entregada a los misioneros, definida como «bosque maldito». Se decía que cualquiera que entrara moriría o contraería alguna terrible enfermedad. Lo primero que hizo el padre Cipriano Miguel fue recorrerla rociándola con agua bendita; cuando salió indemne, la gente se animó y taló el bosque. El siguiente paso fue construir una iglesia y una escuela, una rectoría y algunas casas de acogida; eran edificios muy pobres, pero él mismo trabajó allí, haciendo una demostración concreta de ser un trabajador infatigable. Al ver a un sacerdote trabajando tan duro, muchos se decidieron a ayudarlo y su ejemplo animó a la creación de empresas similares de construcción en toda la región.

En cuanto a las mujeres, se preocupó por su dignidad y la defensa de la virginidad. A este propósito en sus parroquias había organizado casas donde recibía a las jóvenes para prepararlas al matrimonio y para evitar que vivieran con su futuro esposo antes de la boda. «La Legión de María», establecida por él, lo ayudaba en cada pueblo de la parroquia, informándole de los enfermos que querían ser bautizados, promoviendo la moralidad entre los habitantes y preparando a los catecúmenos. Se dedicó a la construcción de escuelas y verificó personalmente que hubiese maestros cualificados. Asimismo, construyó casas para acoger a los estudiantes más pobres, una para niños y otra para niñas. También acompañó a muchos huérfanos, preocupándose de que todos recibiesen una educación digna.

Por otra parte, parecía tener un don especial para alentar las vocaciones sacerdotales, hasta el punto de que al menos 70 sacerdotes provenían de las

parroquias donde trabajó el padre Miguel. Era un buen predicador. La gente se conmovía con lo que decía y recordaban sus enseñanzas. Él se mostraba duro sobre todo frente a algunas costumbres y supersticiones paganas y, aunque cuando no pudo erradicarlas por completo, sin embargo, logró debilitar los efectos sobre sus feligreses.

En la cúspide de las actividades pastorales, había percibido la belleza de la vida contemplativa. Con motivo de un día de retiro con el clero, el arzobispo Heerey expresó el deseo de que algunos de sus sacerdotes abrazasen la experiencia monástica, para después enriquecer a la diócesis con la semilla de la vida contemplativa. El padre Tansi sin vacilar se declaró dispuesto a poner en práctica personalmente la propuesta de su obispo, con el apoyo de su vicario parroquial, el padre Clement Ulogu. En julio de 1949 se contactó con la Abadía cisterciense del Monte San Bernardo, Leicester (Inglaterra), que aceptó acoger a los dos sacerdotes. El padre Miguel llegó al monasterio del Monte San Bernardo el 3 de julio de 1950 acompañado por el arzobispo Charles Heerey.

Bajo la acción del Espíritu Santo, el que había sido un auténtico pionero y «manager» en la joven iglesia misionera de la diócesis de Onitsha se adaptó, como un monje humilde y dócil, a esta nueva forma de vida. Abrazó la vida cotidiana austera y silenciosa de los trapenses, donde nadie, excepto el maestro de novicios, el padre Gregory Wareing, tenía idea del magnífico trabajo que había realizado como sacerdote. Uno de los recuerdos compartidos por quienes lo conocieron en el monasterio del Monte San Bernardo es la imagen de él rezando en la capilla de la Virgen, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando a su Señor que le hablaba.

La idea original con la que los dos nigerianos habían ingresado en la comunidad era recibir formación en la vida monástica, con el objetivo de implantarla en Nigeria, pero pronto se hizo evidente la dificultad de crear una fundación con solo dos personas. Finalmente solicitaron ser admitidos libremente a la profesión en el monasterio del Monte San Bernardo y esperar hasta que la comunidad pudiera formar un grupo. En 1963 se decidió establecer una fundación en África, pero en Camerún y no en

Nigeria: fue un poco desagradable para el padre Miguel, pero él lo aceptó como la voluntad de Dios.

Cuando se nombró al grupo para la fundación en Camerún, el padre Miguel fue elegido como maestro de novicios: parecía la persona adecuada para formar las vocaciones africanas que nacerían. Los primeros cuatro fundadores salieron del monasterio del Monte San Bernardo el 28 de octubre de 1963 para preparar los edificios antes de la llegada de los nuevos integrantes del grupo, programada para la primavera del año siguiente. Pero el proyecto de Dios sobre el padre Miguel era otro, y no tardó en manifestarse.

En enero de 1964 sufrió un dolor agudo en una pierna, que se le hinchó enormemente. El médico diagnosticó una trombosis y sugirió su hospitalización. Ingresado urgentemente en la *Royal Infirmary* de Leicester, le diagnosticaron un aneurisma aórtico. Durante la noche empeoró, y en la mañana del 20 de enero de 1964, en la pobreza y en el abandono más radical, el padre Cipriano Miguel Iwene Tansi atravesó en silencio la última meta de su largo viaje de fe y de amor.

Cuando el proceso de canonización del padre Cipriano Miguel Iwene Tansi se abrió en la catedral de Onitsha el 22 de enero de 1986, veintidós años después de su muerte, con gran solemnidad y la participación de fieles de toda Nigeria, la Iglesia nigeriana ya había visto florecer algunas comunidades monásticas de vida contemplativa. Los restos del padre Miguel fueron exhumados en 1988 y regresaron a Onitsha. Durante las exequias, tuvo lugar la curación prodigiosa de la joven Philomina Emeka, de diecisiete años, que sufría de un tumor inoperable, a quien el obispo le había permitido acercarse y tocar el ataúd del padre Miguel Tansi. El milagro condujo a la beatificación, que tuvo lugar el 22 de marzo de 1998, celebrada por san Juan Pablo II.

VENERABLE DELIA TÊTREULT (1865-1941)

«**P**orque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito» (Jn 3,16). En el siglo pasado, estas palabras rompieron el corazón de Delia Têtreault. Ella escribió en 1916: «Dios nos ha dado todo, incluso a su Hijo, ¿qué mejor medio para pagarle –tanto como una débil criatura puede hacer en este mundo– sino dándole hijos, los elegidos que, también ellos, cantarán su compasión por los siglos de los siglos?».

Maravillada por la gratuidad del amor de Dios por todos nosotros, Delia Têtreault respondió con gratitud a ese amor. Mujer con un corazón universal, la madre María del Espíritu Santo –ese era su nombre como religiosa– fue la fundadora del primer instituto misionero femenino en Canadá y jugó un papel decisivo e innegable para la Iglesia misionera. A principios del siglo XX, en Canadá, y particularmente en Quebec, la Iglesia ocupó un lugar destacado en una sociedad marcada por el jansenismo, en la que la mujer era poco reconocida. Los medios de comunicación eran muy elementales y los textos escritos jugaban un papel importante en la transmisión de las noticias. En este contexto socio-ecclesial, Delia Têtreault, inspirada por el Espíritu Santo, traerá un viento fresco. Contribuirá, gracias a su visión audaz y a su acción creativa, a la apertura de su país y de su Iglesia al mundo.

Delia nació el 4 de febrero de 1865 en Sainte-Marie de Monnoir, hoy Marieville, Quebec (Canadá). Frágil de salud y huérfana de madre, a los dos años fue adoptada por su tía Julie y su padrino Jean Alix, y vivió una infancia feliz. Desde temprana edad, a Delia le encantaba refugiarse en el establo para leer los *Anales de la Santa Infancia* y de la Propagación de la Fe, que había encontrado en un baúl antiguo. Las narraciones misioneras

la fascinaban y ya comenzaban a delinarse los primeros frutos de su vocación. En aquel momento, tuvo un sueño premonitorio: «Estaba al lado de la cama, y de repente entreví un campo de trigo maduro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En un momento dado, todas esas espigas se convirtieron en cabezas de niños, e inmediatamente comprendí que representaban las almas de niños paganos».

La visita a algunos misioneros en el noroeste de Canadá la impresionó mucho: «Aunque sentí una inexpresable admiración por la vida apostólica, nunca me habría atrevido a emprenderla. Por otro lado, la vida apostólica no me parecía posible, dado que no existía una comunidad de misioneros religiosos en Canadá». A los dieciocho años, después de ser rechazada en el Carmelo de Montreal, ingresó en las Hermanas de la Caridad de San Jacinto, pero una epidemia la obligó a regresar a su casa. Un acontecimiento decisivo marcó su breve estancia en aquella comunidad: «Una noche—cuenta—mientras estaba con las postulantes en una pequeña habitación, me pareció que Nuestro Señor me dijo que más adelante fundaría una congregación de mujeres para las misiones extranjeras, y trabajaría en la fundación de una sociedad similar para hombres, un Seminario de las Misiones Extranjeras sobre el modelo del de París».

Con los años, se encontró con el padre John Forbes, misionero en África. Delia planeaba irse a África con él, pero cayó enferma la misma noche de su partida. El padre Almire Pichon, SJ, la ayudó a fundar «Betania», un proyecto dedicado a las obras sociales, en Montreal. Embargada por las dudas, allí trabajó durante diez años, pero sentía que el Señor la llamaba a otra cosa. En los últimos tiempos en Betania, Delia se encontró con el padre Gustavo Bourassa y con el padre A. M. Daigneault, SJ, sacerdote en África, quienes la apoyaron en su deseo misionero. Otros hombres y mujeres de Dios desempeñarán un papel fundamental en su vocación, especialmente el obispo Paul Bruchési, arzobispo de Montreal.

Un fuerte espíritu misionero atravesaba la Iglesia a principios del siglo XX. Sin embargo, Canadá no fue considerado entre los grandes países donantes a nivel universal, ni para las Obras Misionales Pontificias ni para

las vocaciones misioneras. Las donaciones y los recursos pasaban a través de las comunidades religiosas extranjeras que trabajaban en Canadá. Los jóvenes que aspiraban a la vida misionera debían formarse en el exterior. En 1902, después de muchas pruebas, Delia fundó en Montreal, con dos compañeras, una escuela apostólica con vistas a la formación de muchachas para las comunidades misioneras.

En noviembre de 1904, mientras Mons. Bruchési visitaba Roma, el padre Gustavo Bourassa, el apoyo de la joven comunidad, murió accidentalmente. Le había confiado a Mons. Bruchési su intención de hablarle al Papa acerca de esta comunidad naciente; a pesar de sus vacilaciones, el arzobispo cumplió este deseo con el papa Pío X. Y el Papa exclamó: «Fundad, fundad... y todas las bendiciones del cielo descenderán sobre esta fundación». El 7 de diciembre, el Papa le dio el nombre de Sociedad de Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción, indicando el mundo entero como su campo de apostolado. El 8 de agosto de 1905 Delia emitió la profesión perpetua. «Todos los países de misión se os han abierto». Ella tan solo podía dar gracias. Su sueño misionero se había convertido en realidad.

La fundadora se dio cuenta de que había llegado el momento, para la Iglesia de Canadá de ofrecer su contribución al servicio de la misión universal de la Iglesia. Trató de despertar y formar la conciencia misionera en el país, creando un terreno fértil donde podrían surgir vocaciones misioneras y encontrar los recursos necesarios para apoyar las misiones en otros países. La primera solicitud vino del obispo de Cantón (China), en 1909. Delia le envió seis jóvenes religiosas. Abrió un total de 19 misiones en Oriente. Teniendo en cuenta las peticiones de los obispos, Delia Tétréault favoreció todas las obras de misericordia: guarderías y orfanatos para niños abandonados, leproserías para las mujeres, casas para personas ancianas o discapacitadas, la primera escuela para niñas en Cantón, un hospital para enfermos mentales, actividades de formación para las vírgenes catequistas y las religiosas del lugar. Los obstáculos fueron enormes. Como demuestra su voluminosa correspondencia, alentó a todas sus hijas desde la distancia, insistiendo en los valores cristianos.

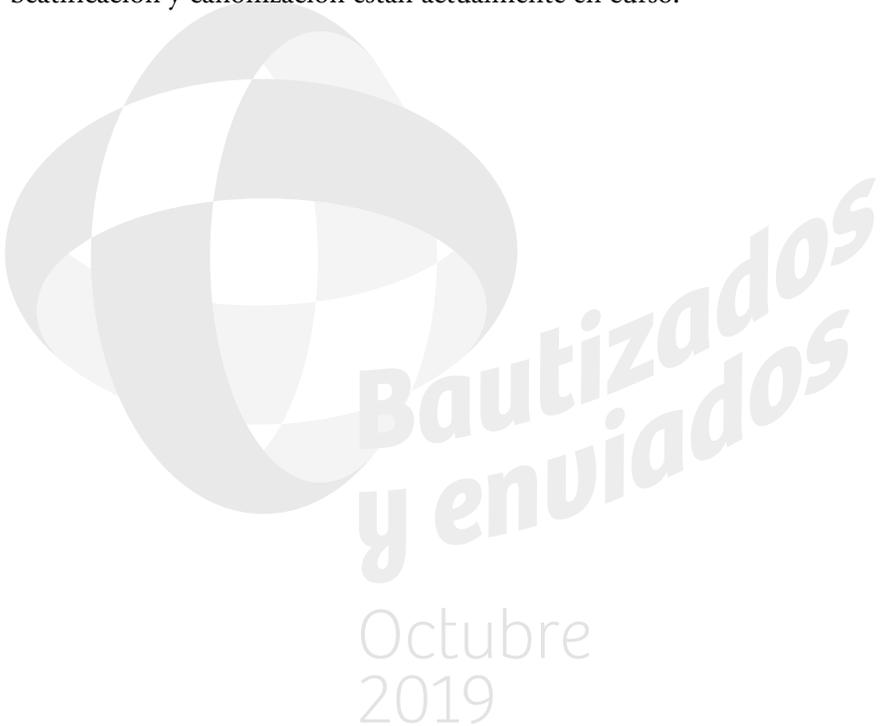
Como su frágil salud nunca le permitió abandonar su país, Canadá se benefició de su celo apostólico por la misión. Entre sus obras misioneras preferidas, las de la Santa Infancia y la Propagación de la Fe, entraron inmediatamente a formar parte del compromiso de Delia y de su comunidad. Aunque ambas obras ya estaban presentes en Canadá, sin embargo, habían decaído. En 1908, Delia y sus hijas promocionaron la Santa Infancia en Outremont y en Montreal. En 1917, Mons. Paul Bruchési les confió oficialmente el relanzamiento de las actividades de la Santa Infancia en la diócesis de Montreal. Ellas hicieron todo lo que estaba a su alcance para animar a los niños y abrir sus corazones a las necesidades de sus coetáneos de todo mundo que no conocían a Jesús, visitando todas las parroquias y escuelas de Quebec y de otras partes de Canadá, con un celo ilimitado. En 1917, ante el declive de la Propagación de la Fe, Delia se encargó directamente de su relanzamiento. Durante todos estos años, las Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción colaboraron activamente con las Obras Misionales Pontificias en todos los sentidos, en Canadá, en América del Sur, en Haití y en Madagascar. Para promover la animación misionera en el país y apoyar las misiones en el extranjero, Delia Tétreault se aprovechó del poder de los medios de comunicación. En 1920, lanzó la revista misionera *Le Précurseur*, de la que nació la versión inglesa en 1923. En realidad, muchas vocaciones misioneras han nacido gracias a la sensibilización de estas obras.

Tratando de cumplir la voluntad de Dios, Delia perseveró esforzándose por ejecutar la segunda parte de su sueño: colaborar en la fundación de un seminario para sacerdotes misioneros. Incluso ya tenía un plan para sostener esta nueva obra. Discretamente, pero con audacia, visitó a los obispos de las diferentes diócesis. Insistió en que no fuese solo una extensión canadiense del Seminario de las Misiones Extranjeras de París. El 2 de febrero de 1921 los obispos de Quebec fundaron la Sociedad de Misiones Extranjeras de Quebec.

Desde el principio, Delia solicitó la colaboración de los laicos en apoyo de las misiones. Ella los hizo misioneros en sus distintos ámbitos de la vida

diaria. Inauguró los retiros espirituales femeninos y las escuelas apostólicas. También respondió a una necesidad obvia, la de ayudar a los inmigrantes chinos en el país. Abrió hospitales, escuelas y centros, e inauguró la catequesis en chino: su compasión evangelizaba.

En 1933, Delia Tétreault fue víctima de un ictus que la paralizó, pero continuó lúcida. Murió el 1 de octubre de 1941. El papa san Juan Pablo II la declaró venerable el 18 de diciembre de 1997. Las causas para su beatificación y canonización están actualmente en curso.



SIERVO DE DIOS EZEQUIEL RAMIN (1953-1985)

La vida misionera y el martirio del padre Ezequiel Ramin se puede resumir en una frase que él mismo pronunció durante la homilía de la misa dominical del 17 de febrero de 1985 en Cacoal, apenas doce meses después de su llegada a Brasil: «El padre que os está hablando ha recibido amenazas de muerte. Querido hermano, si mi vida te pertenece, también te pertenecerá mi muerte».

Ezequiel nació en Padua el 9 de febrero de 1953 y era el cuarto de seis hermanos. Sus padres, Mario Ramin y Amirabile Rubin, de cultura modesta, con gran sacrificio lograron realizar el sueño de hacer estudiar a todos sus hijos; pero su primer pensamiento fue darles una sólida educación humana y cristiana, lo que los prepararía para hacer frente a las pruebas de la vida. Ezequiel tuvo una infancia y una adolescencia serenas, ancladas en los valores de la fe y de las prácticas religiosas, del estudio y del trabajo, del sacrificio y de la sobriedad, del amor y de la ayuda mutua, de la sencillez y de la honestidad. Una familia formada sobre todo por la dedicación total de la madre, cuyo día estaba siempre iluminado por la misa diaria y por la oración que a menudo la acompañaba en las tareas domésticas.

Ezequiel completó su recorrido escolar con la convicción de que el estudio era importante para la vida, así como su trabajo de esos años. La toma de conciencia de la pobreza en la que vivía una gran parte de la humanidad –en el entonces llamado Tercer Mundo– lo llevó a buscar formas prácticas de solidaridad con los oprimidos. Entonces se adhirió a la asociación «Mani Tese» de Padua y se comprometió a animar los campamentos de trabajo estival, para financiar micro proyectos en el Tercer Mundo, a través de la recogida de papel, vidrio, hierro y ropa. Ezequiel siempre tuvo en cuenta la

necesidad de abrir los propios ojos al mundo de la marginación, también presente en nuestra sociedad y sus pobres.

En uno de sus discursos con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, en octubre de 1971, con solo dieciocho años, Ezequiel afirmó: «Cristo está ahora en el camino de Emaús, en las calles, es el rostro del hermano pobre, es el viejo hombre devorado por la lepra, son los millones de hambrientos, son los 600.000 niños desnutridos. Nuestro cristianismo es un fuerte compromiso que, si lo queremos, puede convertirse en un discurso de vida para quienes nos rodean, porque a Dios nunca se llega solos». La experiencia de «Mani Tese» fue tan intensa y significativa para él que la continuó también en Florencia en el curso 1973-1974, mientras realizó el período de prueba con los misioneros combonianos.

A finales del verano, cuando sus padres lo interpellaron sobre la facultad universitaria en la que pretendía inscribirse, él los invitó a entrar en el coche y los llevó delante del Instituto de los Misioneros combonianos, en Verdara, y les dijo, sorprendiéndolos: «Aquí está mi facultad». Permanecieron perplejos, como todos aquellos a quienes se lo comunicó. De hecho, nunca había hablado antes de eso: fue una elección meditada en el silencio, madurada en el secreto de su propia conciencia, caminando a lo largo del recorrido diario de la casa a la escuela o en los senderos de la alta montaña o pedaleando por sus amadas Colinas Eugeneas. No había sido una elección fácil. Así se revela en el episodio del encuentro con un padre comboniano, que había asistido a la clase de Ezequiel para hablar sobre la vocación de cada persona. Al final del encuentro, el joven Ramin le confesó: «Usted ha hablado de que Jonás tenía miedo de ir a Nínive. En realidad, yo soy ese Jonás que tiene miedo». ¿El miedo a pensar en una ardua vocación como la del misionero? ¿El temor de no corresponder, de no ser fiel hasta el final? Desconocemos los temores que precedieron a su decisión, porque sus cartas están fechadas a partir de 1972, cuando ya había tomado una decisión que nunca más se cuestionaría. De hecho, después del discernimiento previo a la elección, le embargó la serenidad fruto de la certeza de haber correspondido a una insistente llamada: «Llevar a Cristo es llevar la alegría. Sigo el camino

del misionero –escribió– no por mi propia iniciativa, sino porque Dios me busca y continuamente me pregunta si quiero seguirlo».

En septiembre de 1972 Ezequiel abandonó Padua, su familia y sus amigos, para comenzar el camino que lo llevaría al sacerdocio. El 26 de mayo de 1976 se consagró a Dios emitiendo los votos de pobreza, castidad, obediencia y pasando a formar parte de la congregación misionera de los padres combonianos. Emitidos los votos, Ezequiel fue enviado a Inglaterra para aprender bien el inglés, antes de ser enviado a completar sus estudios teológicos en Uganda. Sin embargo, al final su destino no fue Uganda, debido a la precaria situación política y la dificultad de obtener un permiso de residencia, sino que fue enviado al estudiantado teológico de Chicago, donde permaneció hasta junio de 1979. Durante las vacaciones de verano le destinaron a una parroquia negra de Richmond (Virginia), en el sur de los Estados Unidos: era la América de los excluidos, de los perdedores, de los que se quedan atrás en las competiciones, de los necesitados y de los que, a veces, solo necesitan a alguien que los escuche. Habló de ello a uno de sus hermanos: «La pobreza está presente en todas las casas [...] He conocido a personas de 40 años que venían a verme y me preguntaban qué debían hacer. He estado con los alcohólicos, con las personas sin hogar, con niñas embarazadas de 13 años. Todos simplemente querían ser escuchados, entendidos». En resumen, Ezequiel demostró que poseía una predisposición y una sensibilidad particular para captar las necesidades de los más pobres y estar a su lado.

Llegó a Brasil alrededor del 20 de enero de 1984, después de una estancia de unos meses en Lisboa para aprender el idioma. Pasó unas semanas en São Paulo y en Río de Janeiro y en marzo se trasladó a Brasilia para asistir a algunos cursos de cultura y pastoral brasileña. Además de imbuirse en la situación de la Iglesia, con motivo de sus desplazamientos por Brasil, poco a poco fue tomando conciencia de la dramática condición de la población pobre, especialmente de los campesinos que habían sido expulsados de sus tierras debido a la invasión autoritaria de compañías multinacionales que destinaban grandes extensiones de tierra para pastos, para criar ganado y

exportar carne a los países ricos. A finales de junio concluyó el período de preparación y Ezequiel llegó a la misión de Cacoal en el estado de Rondonia, en la Amazonia legal.

En este difícil entorno, el estado de Rondonia, en esos años estaba afectado por dos graves procesos: por una parte, un flujo constante de migrantes, sobre todo desde el noreste; por otra parte, la invasión de las tierras habitadas por los indios. En Rondonia, de hecho, vivían más de la mitad de los indios de todo Brasil. En aquellos meses hubo una fuerte tensión en el límite extremo de la parroquia de Cacoal, precisamente porque allí estaba la frontera entre el estado de Rondonia y el de Mato Grosso: se trataba de la ocupación, por parte de un grupo de familias campesinas, de algunas tierras sin cultivar. El padre Ezequiel, que desde hacía bastante tiempo ya conocía la zona del conflicto, al estar bajo su responsabilidad pastoral, el 22 y 23 de julio había ido allí para llevar a cabo su ministerio religioso junto con el presidente del sindicato rural de Cacoal. En una de las comunidades visitadas, las esposas de los colonos rogaron al padre que hablase con sus maridos que estaban labrando la tierra dentro de la empresa para disuadirlos de continuar. Su permanencia sin duda habría causado un enfrentamiento armado con muchos muertos, especialmente porque ya habían sido amenazados e intimidados por los propios guardias armados. Solo él, decían esas mujeres, con la autoridad y la credibilidad que había obtenido durante esos meses de trabajo pastoral, podría convencerles de que se retiraran esperando tiempos mejores. Antes de la cena, el padre Ezequiel presentó la situación a los hermanos que vivían con él. Todos coincidieron en que, dada la extrema gravedad de las condiciones en que vivían esas personas, a la mañana siguiente acudirían para hablar con ellos. Fueron momentos cruciales, algunos disentían del plan establecido, a pesar de que el padre Ezequiel reafirmaba el enorme peligro que corrían los agricultores y el apremiante llamamiento que las esposas le habían hecho.

Un enjambre de pensamientos y de preocupaciones angustiosas tuvieron que asediarlo durante la noche, pues en la madrugada del 24 de julio, mientras que sus hermanos todavía descansaban, decidió partir con el jeep

de la comunidad junto con un amigo sindicalista. A las 11:00 llegaron al municipio de Aripuanã (Mato Grosso), a cien kilómetros de Cacoal: en el lugar donde estaban reunidos los trabajadores encontraron a una docena de ellos; a poca distancia también estaban reunidos los hombres contratados por el terrateniente para actuar como guardianes. Ambos hablaron a los campesinos invitándolos a evitar cualquier violencia y provocación, dado el peligro de incidentes incontrolables con los guardias armados. El encuentro fue breve, confirmando el hecho de que el padre Ezequiel creía que los había convencido para que se calmasen y no utilizaran la violencia. Cuando estaban a punto de irse, los guardias armados los precedieron con un vehículo todoterreno. Después de unos pocos kilómetros, el padre Ezequiel y su compañero de viaje encontraron el camino bloqueado por el vehículo todoterreno: bastó un momento para intuir lo que estaba a punto de suceder y entonces comenzaron los disparos de fuego cruzado. Ambos salieron corriendo del vehículo, pero la mira de las armas se concentró en el padre Ezequiel, que exclamó: «Soy un sacerdote. Gente, hablemos». No hubo piedad: cayó acribillado por 75 proyectiles antes de poder refugiarse en el bosque. Fue una verdadera ejecución. Eran aproximadamente las 12.00 horas del 24 de julio de 1985.

El compañero del padre Ezequiel, herido levemente por los cristales del jeep, después de caminar por el bosque durante varias horas, encontró a los campesinos que ya habían abandonado el lugar de reunión. Seguidamente viajaron en un camión con destino a Cacoal y a la una de la madrugada avisaron a los hermanos del padre Ezequiel. Inmediatamente fueron a advertir a la policía y al obispo, pero hasta la mañana siguiente la policía no accedió a acompañarlos al lugar del tiroteo. El padre Ezequiel yacía a 50 metros del jeep, acribillado por las balas y el plomo de los fusiles. No hay duda de que querían matar a un sacerdote que encarnaba la opción de la Iglesia diocesana a la que pertenecía y que claramente se había puesto del lado de los más pobres y de los apabullados por las injusticias: los sin tierra y los indígenas. Además, la cruz que llevaba en el pecho de la que nunca se separaba y que le fue arrancada en el momento de la ejecución recibiría

pronto un último agravio: la gran cruz erigida en el lugar de su martirio fue arrancada al menos tres veces por el personal del rancho Catuva. La comunidad que lleva su nombre la reemplazó recientemente por una cruz de cemento.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

SIERVO DE DIOS FÉLICE TANTARDINI (1898-1991)

El hermano Félce Tantardini, siervo de Dios, misionero laico del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME) en Birmania (Myanmar), nació el 28 de junio de 1898 en Introbio (Lecco); fue el sexto de ocho hijos. Participó en la Primera Guerra Mundial, fue hecho prisionero de los austro-húngaros y se escapó del campo de concentración. Ingresó en el PIME en 1921, y en 1922 se fue a Birmania, donde permaneció hasta su muerte, el 23 de marzo de 1991, regresando tan solo a Italia entre abril de 1956 y enero de 1957. Su historia terrenal no está caracterizada por hechos particularmente clamorosos. Lo que llama y despierta admiración es «lo extraordinario en lo ordinario», en este hombre rico en humanidad, desbordante de fe, que hizo de su vida una donación total de sí mismo al servicio del Evangelio y de los hermanos.

La primera virtud que destaca del cuadro global de su vida es la fe. Los criterios que inspiraron sus palabras, sus escritos, sus acciones, sus relaciones con las personas, procedían no del cálculo ni de la lógica humana, sino del Evangelio. La suya era una mirada de fe. Bien podemos afirmar que él vio y juzgó las cosas, los eventos y las personas con los ojos y el corazón de Jesús, de quien estaba profundamente enamorado. En su camino de fe se dejó moldear dócilmente por una educadora excepcional: su querida Virgen, a quien invocaba con afecto y ternura filial. Una fe, la del hermano Félce, que se nutría constantemente de la Palabra de Dios, mediante la oración y los sacramentos. Aquí él recibió la luz y la fuerza para hacer frente a todo tipo de pruebas y trabajos sin quejarse, con una sonrisa en los labios y la paz en su corazón. En este sentido, recordamos algunos testimonios tomados de las declaraciones procesales:

«Él tenía una fe pura y simple. Dios y la Virgen fueron su todo». «Todas las mañanas hacía al menos una hora de meditación y luego tocaba la campana. Y esto todas las mañanas, sin cansarse nunca... También fue fiel a la adoración eucarística que hacía especialmente por las noches, después del trabajo». «Cuando rezaba realmente estaba recogido... Parecía estar hablando con Dios como si lo viera». «Su devoción a la Virgen era proverbial: siempre tenía cerca el rosario».

Podemos comprender cómo trabajaba y con qué espíritu, gracias a dos testimonios. Una religiosa birmana declara: «Era un hombre lleno de virtudes, totalmente dedicado a su trabajo... Y nunca perdía el tiempo. Era un hombre totalmente de oración y de trabajo, y su trabajo era todo por Dios... Prefería hacer el trabajo en silencio y en secreto... Era una forma de estar recogido y totalmente dedicado a Dios y a su servicio».

Un sacerdote birmano atestigua: «Lo recuerdo como un hombre que trabajaba mucho, que estaba entusiasmado con su trabajo y era capaz de entusiasmar a los que trabajaban con él. Recuerdo que procuraba no exigir un trabajo más difícil o fatigoso de lo que uno podía hacer... Siempre estaba muy sereno y sabía bromear, ayudándonos a todos a estar tranquilos y felices con nuestro trabajo». Resumiendo, podemos decir: al hermano Félice le encantaba trabajar bien, con alegría, por el Señor, y sabía cómo educar a los otros para el trabajo y, por lo tanto, para la vida. Porque no hay una vida digna sin trabajo.

«La fe actúa por el amor», dice san Pablo (Gál 5,6). Del amor al «buen Dios» fluyó el amor del hermano Félice hacia todos, una caridad que se traducía concretamente en el servicio siempre atento que prestaba especialmente a los más necesitados: los leprosos, los discapacitados, los enfermos, sin distinción de religión.

La entrega personal de sí mismo también se expresaba en la obediencia practicada de una manera ejemplar. Iba a todas partes donde lo enviaban tanto el obispo como sus superiores, especialmente cuando se trataba de ayudar a la gente del bosque. Decía que la gente de la ciudad disfrutaba de cierto bienestar y tenía a los trabajadores a su disposición, mientras que los que estaban en el bosque solían estar abandonados y necesitados de todo.

Se despojó de todo en favor de los pobres, naturalmente, sin hacer alarde de ello, conservando para sí solo lo estrictamente necesario. Todos lo apreciaban mucho, pero siempre se mantuvo humilde y tímido. Se puede decir que la humildad formaba parte de su ser.

El espíritu de sacrificio, la capacidad de afrontar con paciencia y coraje las dificultades, las pruebas y las adversidades de la vida, forman parte de la rica herencia humana y cristiana del misionero Tantardini. Sabemos que no tuvo una infancia acomodada en el seno de su familia; después vendrían los difíciles años del servicio militar, del encarcelamiento durante la Gran Guerra, que atemperaron el carácter del joven Félice. Después se consagró a la vida misionera, en una tierra y en una época caracterizada por la miseria, el hambre, los conflictos, la escasez y además azotada, durante la Segunda Guerra Mundial, por los bombardeos y la invasión china y japonesa, con toda su carga de lutos y sufrimientos indescriptibles. También sabemos que arriesgó su vida bajo los bombardeos, en los traslados durante la invasión japonesa, que duró dos años. Pero él siempre logró mantenerse ileso, gracias a que contaba con la protección especial del «buen Dios» y de su «querida Virgen», como solía decir, pero quizás también por su perspicacia.

Pero los años pasan para todos. Los trabajos, los viajes agotadores y algunas intervenciones quirúrgicas con complicaciones postoperatorias, poco a poco fueron minando su cuerpo. Sin embargo, era raro que se quejara, y siempre estaba preocupado de no ser una carga para los demás. En todas sus tribulaciones se mantuvo siempre firme gracias a su fe recia y a su fidelidad a la oración. No habría sido capaz de hacer frente a tantos esfuerzos sin una fuerte motivación interna y sin la ayuda especial del altísimo, al que imploraba asiduamente con humildad y confianza.

Murió en la misión, cuanto estaba a punto de cumplir 93 años, el 23 de marzo de 1991, un sábado, día mariano, como él había deseado. Ciertamente desde el paraíso sigue cumpliendo su promesa de continuar siendo misionero «ya no golpeando el yunque, sino martilleando constantemente el corazón del buen Dios» por la salvación de aquellos pobres y humildes a los que tanto amó.

JEAN CASSAIGNE (1895-1973)

Monseñor Jean Cassaigne nació en Grenade-sur-Adour, en el departamento de Landas (Francia), el 30 de enero de 1895. Perdió prematuramente a su madre y su padre lo envió a España, para completar sus estudios en un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, exiliados en Lezo, cerca de San Sebastián. A la edad de 17 años regresó a Francia para ayudar a su padre en sus trabajos, pero se sentía atraído por las misiones, de modo que manifestó su deseo de convertirse en misionero. Justo cuando se preparaba para ingresar en el Seminario de la Rue du Bac, se enteró de la declaración de guerra entre Francia y Alemania. Entonces, con 19 años, se inscribió en el ejército y pasó cinco años en el frente como oficial de enlace; participó en la batalla de Verdún y fue condecorado con la Cruz de la Guerra. Después de la desmovilización, en 1920, ingresó en el Seminario de las Misiones Extranjeras de París, fue ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1925 y partió para Indochina el 6 de abril de 1926. Pero primero fue enviado a Vietnam, a la ciudad de Móng Cái –perteneciente a la Provincia de Quang Ninh, al norte del país–, donde estaba ubicada una importante comunidad cristiana, para aprender el idioma vietnamita.

Al llegar a la misión, Jean Cassaigne, como los demás, dedicó los primeros meses de su vida misionera al estudio de la lengua y de las costumbres locales y fue introducido a la pastoral en el entorno vietnamita, en la gran parroquia de Móng Cái. Al año siguiente fue enviado por su obispo, Mons. Dumortier, a la región de Di Linh en las tierras altas de Dong Nai, para fundar una nueva comunidad cristiana entre los pueblos de las montañas de esta región, habitada por los Sré, también llamados Koho. En ese

momento, la región de Di Linh estaba habitada casi exclusivamente por minorías étnicas, porque los vietnamitas aún no se habían asentado en las tierras altas.

Desde su llegada a Di Linh, Jean Cassaigne estudió el idioma local, muy diferente del idioma vietnamita; estudió con empeño y pronto llegó a compilar un léxico y un manual de conversación. El joven misionero rápidamente comenzó a contactar con las poblaciones animistas, quienes sin embargo no confiaban en él y probablemente temían a ese extranjero barbudo. Probablemente los hombres del bosque –llamados Moïš, es decir, salvajes– nunca habían visto a un europeo de piel blanca. Sin embargo, poco a poco, con su sonrisa y su amabilidad, Jean Cassaigne logró acercarse a ellos.

Descubrió entonces la miseria de aquellos hombres, obligados por circunstancias diversas a alejarse de su entorno natural. Forzados a abandonar el bosque en el que solían encontrar su subsistencia, permanecían desnutridos, sin ropa, y eran presa fácil de cualquier tipo de enfermedad. Y entre ellos, Jean Cassaigne descubrió a los más enfermos, a los más infelices: los leprosos, alejados de sus familias, abandonados en el bosque, sin cobijo ni cuidados, esperando solo que la muerte pusiese fin a sus sufrimientos. Esa gente pobre, excluida de la sociedad, conmovió profundamente su corazón misionero. Fue entonces cuando asumió el compromiso de dedicar todas sus fuerzas a su servicio. Poco a poco los Moïš aceptaron su presencia y comenzaron a visitarlo.

En aquellos años, muchos propietarios franceses de plantaciones, que habían obtenido concesiones de tierras del gobierno colonial para desenterrar la meseta de Di Linh, pidieron a la misión que creara una comunidad cristiana. Las Misiones Extranjeras de París encontraron la propuesta interesante y digna de ser acogida favorablemente. Mons. Dumortier, por su parte, vio una oportunidad providencial para comenzar la evangelización en esa región. La Misión adquirió entonces una casa, que al mismo tiempo sirvió como residencia para el misionero y como escuela para los niños de las poblaciones de las montañas. Con la ayuda de algunos hombres, Jean

Cassaigne construyó para ellos la pequeña ciudad de Kala, no lejos de Di Linh. Formada por cabañas en hilera, como construían los habitantes del pueblo, fue llamada por Jean Cassaigne «Ciudad de la alegría». Más tarde, poco a poco, reunió a los leprosos a su alrededor. Los consideraba como sus propios hijos, los alimentaba y cuidaba de ellos todos los días. En 1929 el poblado de los leprosos se amplió y acogía ya a un centenar de pacientes.

En 1930 el padre Cassaigne bautizó a sus dos primeros catecúmenos y varias familias pidieron convertirse en cristianos. En el centro del pueblo había una enfermería donde, tres veces a la semana, el misionero iba a hacer las medicaciones y a distribuir los medicamentos. Se ocupaba personalmente de los leprosos y, con la instrucción religiosa a su alcance, los preparaba para morir como cristianos. En un rincón del pueblo estaba la capilla de los leprosos, donde los domingos se recitaban oraciones en Koho y se impartían lecciones de catecismo.

En 1935 Jean Cassaigne, con la ayuda de su fiel catequista Joseph Braï y la colaboración de un centenar de leprosos, fundó en Kala, cerca de Di Linh, una aldea autónoma para reunir y curar a los leprosos Moï's de la región. Unos meses más tarde, tuvo la alegría de bautizar a 26 catecúmenos en una capilla completamente nueva. Fue el comienzo de la primera comunidad cristiana de las poblaciones de la montaña, que continuaría desarrollándose. En 1936 ya había doscientos.

En 1937 la Visitadora de las Hijas de la Caridad, Sor Clotilde Durand, tocada por la dedicación del misionero, que trataba personalmente a los leprosos, le prometió la ayuda de las Hermanas de San Vicente de Paúl. Poco tiempo después, en febrero de 1938, cuatro Hijas de la Caridad llegaron a la aldea y comenzaron a cuidar a los leprosos.

En 1941 un telegrama de Roma arrancó a Jean Cassaigne de sus leprosos. El Papa lo había nombrado obispo y responsable del Vicariato Apostólico de Saigón. A pesar de su disgusto por los títulos y honores, tuvo que aceptar «bajar» a Saigón. Recibió la ordenación episcopal durante la fiesta de san Juan, el 24 de junio. Una multitud de 3.000 personas se reunieron en la catedral de Saigón para la ceremonia, y entre ellos había una importante

delegación de la gente de las montañas en traje tradicional, en representación de la comunidad cristiana de Di Linh.

Mons. Cassaigne impuso su estilo personal en Saigón. Ciertamente no dejó de cumplir con sus responsabilidades y respetó las costumbres de su ministerio, pero en su vida diaria, el padre Cassaigne siguió siendo un hombre simple y acogedor. Siempre dejaba la puerta abierta: todos podían ser recibidos sin ser anunciados, pobres y ricos, sin distinción de raza o condición social. A lo largo de 15 años mantuvo esta pesada tarea, y en esos años tuvo que enfrentarse a muchas dificultades, tanto durante la ocupación japonesa como durante la guerra franco-vietnamita. A lo largo de este período agitado, dedicó sus energías al servicio de todos, organizando ayudas y socorros para los más necesitados, sin hacer preferencias o excepciones. Los mismos japoneses rindieron homenaje a su amor por sus vecinos y a la dedicación mostrada por Mons. Cassaigne.

Sin embargo, Mons. Cassaigne todavía tenía un deseo en su corazón: volver a vivir con su gente querida en las montañas. Cuando se enteró de que también él había contraído la lepra, entonces presentó a la Santa Sede su renuncia como vicario apostólico de Saigón. El Papa la aceptó y así tuvo la gran alegría de poder regresar con sus leprosos, en diciembre de 1955, y ya no los abandonaría nunca.

Al regresar a Di Linh, su única preocupación era proporcionar asistencia material adecuada a su gente y, sobre todo, ofrecerles la amplia ayuda espiritual que les hacía felices. Los amaba tanto, estaba tan cerca de ellos, se mezcló con ellos tan íntimamente que, golpeado por la lepra, aceptó vivir con ellos los mismos sufrimientos. Y al final de su vida, a pesar de los dolores y postrado por la enfermedad, siempre mantuvo la alegría, una alegría radiante y comunicativa, que un día le permitió decir a sus amigos: «El buen Dios me ama, porque ha elegido para mí la mejor oración, que es el sufrimiento, y que se reserva a sus amigos».

Mons. Cassaigne murió el 31 de octubre de 1973 y, según su deseo, fue enterrado en el pequeño cementerio de la leprosería, donde él mismo había cavado la tumba para su primer converso. La gratitud de los leprosos hacia

Mons. Cassaigne fue expresada conmovedoramente el día de su entierro por uno de los leprosos, que tomó la palabra en nombre de sus hermanos enfermos y le dirigió este mensaje:

«Oh Padre, nos has mostrado el verdadero camino al cielo y esta leprosería es obra tuya. Gracias a ti, no nos ha faltado nada: comida, ropa, medicinas, tú las buscabas para nosotros... Querido Padre, privados de todo como estamos, solo podemos darte las gracias y orar al Señor por ti. Hoy queremos vivir tu enseñanza, mantener vivo entre nosotros el vínculo de la caridad y la forma en que nos amaste, sufrir en nuestra carne el dolor, como nos enseñaste a sufrir durante tu vida entre nosotros. Padre, cuando estabas vivo, querías identificarte con nosotros, querías contraer la lepra como nosotros, sufrir de malaria, sufrir en tu cuerpo de carne como nosotros y morir entre tus hijos. Aquí está nuestra última súplica, y es a ti a quien nos dirigimos: ora por nosotros para que un día el Señor pueda considerarnos dignos de alcanzarte en su paraíso, en el Paraíso de la unidad».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

BEATO JUSTO TAKAYAMA UKON (1552-1615)

Entre los muchos santos de la historia de la Iglesia en la tierra del Sol Naciente (42 santos y 393 beatos, incluidos misioneros europeos), todos mártires asesinados *in odium fidei* en distintos períodos de persecuciones, la historia de Takayama es especial: de hecho, se trata de un laico, un político, un militar –perteneía a la nobleza y era samurái–, que llegó a la gloria de los altares sin ser asesinado, simplemente porque escogió el camino del seguimiento de Cristo, pobre, obediente y crucificado. Ukon renunció a una posición social de alto rango, a la nobleza y a las riquezas, solo para permanecer fiel a Cristo y al Evangelio.

Nació con el nombre Hikogoro Shigetomo entre 1552 y 1553 en el castillo de Takayama, cerca de Nara, hijo de Takayama Zusho, que más tarde se convirtió en el señor del castillo de Sawa. Takayama es el apellido que deriva del territorio de su propiedad feudal. Su familia pertenecía a la nobleza (o a los daimyō), es decir, a los señores de un castillo con sus propiedades. Ellos llegaron inmediatamente después de los shogun –señores de varios territorios de los cuales los diferentes daimio eran fieles aliados, proporcionándoles un ejército y combatientes profesionales: los samuráis– que a menudo estaban en guerra entre sí para ampliar sus áreas de influencia.

En 1563, su shogun encargó a su padre que juzgara a un misionero jesuita, el padre Gaspar Videla, que estaba predicando el Evangelio en Kioto, la futura ciudad imperial. El Evangelio había sido introducido en Japón en 1549 por san Francisco Javier, jesuita, y se había extendido rápidamente. Al escucharlo, el padre de Justo quedó tan impresionado que quiso ser cristiano, se bautizó y tomó el nombre de Darío. Al regresar a su castillo acompañado de un catequista, permitió que instruyese y bautizase

a muchos de sus soldados, a su esposa y a sus hijos, incluyendo a Justo, su primogénito, que entonces tenía unos doce años de edad. A partir de ese momento, su padre se convirtió en un protector de los cristianos. Para él, hijo y heredero de un daimio importante, era una vocación natural la de convertirse en un samurái, en un guerrero siempre dispuesto a defender a la familia, la ley y a su señor, el shogun. Dados los frecuentes conflictos entre los daimios, participó en guerras y combates, distinguiéndose por su valor. En 1571, con 20 años de edad, durante una convalecencia forzada, debido a una lesión en un duelo, tuvo un momento providencial y entonces se convenció de que, sin dejar de ser un samurái, tenía que poner su habilidad en el manejo de las armas al servicio de los débiles, los huérfanos y de viudas. En 1573 su familia recibió un nuevo feudo, y Justo se convirtió en el daimio, porque su padre ya era demasiado viejo. Dos años más tarde se casó con Justa, una cristiana, y tuvieron tres hijos—dos de los cuales fallecieron siendo niños— y una hija. Mandó construir una iglesia en la misma ciudad imperial de Kioto y un seminario en Azuchi, en el lago Biwa, para la formación de misioneros y catequistas japoneses. La mayoría de los seminaristas provenían de las familias de su feudo.

Justo utilizó la típica ceremonia japonesa del té, donde se fortalecen las relaciones entre los participantes y se profundizan los lazos de amistad, para la evangelización, transformándola en una oportunidad para proclamar el Evangelio y dialogar con otros nobles sobre la fe cristiana. En el primer período del shogun Toyotomi Hideyoshi, que subió al poder en 1583, aumentó su influencia entre los nobles, muchos de los cuales acordaron hacerse cristianos. Pero Toyotomi, que se había vuelto tan poderoso que podía unificar todo Japón bajo su autoridad, comenzó a temer a los cristianos y en 1587 emitió un edicto que prohibía la religión en el país y ordenaba la expulsión de los misioneros extranjeros y el exilio para los catequistas nativos.

Todos los señores feudales aceptaron el acuerdo, a excepción de Justo, que prefirió renunciar a su feudo y sufrir el exilio en lugar de renunciar. Toyotomi murió de repente y su sucesor resultó ser peor que él. La persecución

de los cristianos se hizo generalizada e intensa, con el objetivo de erradicar lo que denominaron «las malas hierbas» o «la religión perversa». El 14 de febrero de 1614, Justo Takayama y su familia fueron capturados y trasladados a Nagasaki a la espera de ser ejecutados junto con otros misioneros que habían reunido allí. Después de varios meses de cárcel, el 8 de noviembre de 1614, Justo y 300 de sus compañeros fueron condenados al exilio y embarcados en un junco –una de las embarcaciones a vela más antiguas que se conocen– con rumbo a Manila (Filipinas). Durante su tiempo en prisión, él esperaba compartir el destino de los mártires de Nagasaki. Estaba convencido de que lo matarían y esperaba el final con gran serenidad. La expulsión y la lenta navegación en una embarcación totalmente repleta de carga hicieron aumentar aún más la fe de Justo. Aunque fue recibido con todos los honores por los españoles, agotado por el encarcelamiento y la larga navegación, murió en Manila el 3 de febrero de 1615, cuarenta días después de su llegada a Filipinas.

El ejemplo de Justo es muy importante y valioso. Vivió una vida cristiana auténtica, honesta, sincera y profunda. A pesar de que no fue asesinado, fue reconocido como un mártir porque fue perseguido y tuvo que abandonar todas sus riquezas y su condición social. Estaba muy feliz de haber recibido de Dios el don de la fe cristiana y su testimonio inspiró a todas las personas que le conocieron: nobles de su rango, superiores, súbditos y amigos.

Fue beatificado en Osaka el 7 de febrero de 2017, bajo el pontificado del papa Francisco.

Octubre
2019

BEATO LUCIEN BOTOVASOA (1908-1947)

Lucien Botovasoa nació en 1908 en Vohipeno, un pequeño pueblo en la costa sudeste de Madagascar, en la diócesis de Farafangana, a más de 1.000 kilómetros de Antananarivo, la capital. Sus padres eran agricultores pobres, como muchos otros en esta región, siempre a merced de los riesgos climáticos. Siguieron la religión tradicional, pero fueron de mente abierta. Cuando los aldeanos descubrieron la fe cristiana, muchos se convirtieron y pidieron el bautismo. Entre ellos estaba también Lucien Botovasoa, bautizado el 15 de abril de 1922, Sábado Santo, a la edad de 13 años; fue bautizado antes que sus padres, que se convirtieron a la fe cristiana mucho más tarde. Lucien Botovasoa fue confirmado el año siguiente, el 2 de abril de 1923. Desde la infancia, Lucien deseaba vivir su fe con compromiso y seriedad.

El ideal de vida de Lucien fue el de ser un buen cristiano, apóstol de Jesús en el corazón del mundo. Lo que más caracterizó el martirio de Lucien fue su amor por sus compatriotas y por sus perseguidores. No es una coincidencia que lo llamasen Rabefihayanana, el reconciliador.

Siguiendo el lema de los padres jesuitas, *Ad maiorem Dei gloriam*, Lucien Botovasoa estudió en Ambzontany Fianarantsoa, en el Colegio San José, durante cuatro años. Allí obtuvo el título de magisterio, que le permitiría ejercer la docencia y regresar a Vohipeno como subdirector de la escuela parroquial y docente. En su nuevo destino continuó con sus ansías de leer y aprender de todo. Fue un maravilloso educador y un maestro excepcional, competente, concienzudo y gran entusiasta explicando todas las materias escolares a los alumnos, siempre con claridad y dulzura. Pero también, como maestro cristiano, se preocupó siempre de la educación religiosa de

los niños, a quienes enseñó el catecismo tanto durante el horario escolar como después de las clases. Todas las tardes, después de la escuela, leía las historias de los santos a aquellos que lo deseaban. Pero lo que más le gustaba eran las vidas de los mártires: sabía contarlas, a quienes lo escuchaban, con un fervor tan especial que enardecía los corazones.

El 10 de octubre de 1930 Lucien se casó por la iglesia con Suzanne Soazana y tuvieron ocho hijos, de los cuales solo cinco sobrevivieron. Lucien amaba a sus hijos, los educaba y les enseñaba a orar. Pero también pasó mucho tiempo cuidando a los hijos de los demás, visitando a los enfermos, enseñando por la noche, animando a varios grupos: el de los Cruzados del Corazón de Jesús, al que se había unido, la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús y los jóvenes católicos de Madagascar. Suzanne, en su casa, tenía mucho trabajo que hacer: le habría gustado que su esposo dejara el trabajo de maestro para convertirse en contable. Pero Lucien continuó prestando sus servicios, con alegría y generosidad, a la formación en la vida cristiana. El lugar donde se le veía más a menudo era siempre la iglesia. Lucien tocaba el armonio y dirigía el coro, no solo durante la misa dominical, sino también todas las mañanas en la misa de las seis.

Alrededor de 1940, buscando un libro sobre la vida de un santo casado para tomarlo como modelo, Lucien Botovasoa descubrió la Tercera Orden Franciscana (desde 1978, la Orden Franciscana Seglar) y estudió la Regla. Con Marguerite Kembarakala, quien lo había formado en la fe, estableció una primera comunidad de hermanos en Vohipeno. La regla era muy exigente y Lucien la aplicó a la letra. Lucien Botovasoa comenzó a destacarse en la piedad y la pobreza. Cada noche se levantaba varias veces para orar arrodillado a los pies de la cama, y después iba a la iglesia a las seis para hacer una hora de meditación ante el tabernáculo. Los miércoles y los viernes animaba la comida familiar, pero, siguiendo la regla, ayunaba, provocando así el descontento de Suzanne.

En octubre de 1945 y después en junio de 1946, se celebraron las elecciones políticas en Madagascar. Los dos partidos políticos querían tener a Lucien Botovasoa como su candidato. Pero Lucien rechazó categóricamente

su invitación, denunciando que: «Vuestra política se alimenta de mentiras y solo podrá terminar con derramamiento de sangre».

El 30 de marzo de 1947, domingo de Ramos, Lucien, mientras estaba participando en la santa misa, por sugerencia de su padre, tuvo que seguir a su hermano en el bosque. Los dos se refugiaron allí cuando los insurgentes atacaron la ciudad. Los combates duraron hasta el miércoles. Las masacres en manos del partido de los desheredados de Madagascar ensangrentaron la Semana Santa. El resultado fue una masacre total, con 18 iglesias y 5 escuelas quemadas. Naturalmente, el domingo de Pascua no fue posible celebrar la Eucaristía en la iglesia parroquial. El segundo domingo de Pascua, Lucien regresó a la ciudad después de haber llevado a su familia a un lugar seguro en el bosque. Aquí logró reunir a todos los refugiados en una oración común, en la que participaron católicos, protestantes y musulmanes. Lucien comentó el Evangelio e instó a todos a revivir su fe y tener el coraje de afrontar el martirio en caso de que fuese necesario. Hablaba y animaba los cantos con gran vitalidad y con una alegría intensa.

El 16 de abril de 1947 el rey Tsimihono, responsable local del Movimiento Democrático de Renovación de Madagascar (MDRM), convocó a todos para expulsar de la ciudad a los enemigos del partido, incluido Lucien Botovasoa. El jueves 17 de abril, el rey propuso una tarea clave para Lucien Botovasoa: le pidió que se convirtiera en el secretario del MDRM. Mientras tanto, Lucien le había avisado a su esposa de que lo condenarían. Suzanne habría querido que se escondiese, pero Lucien se negó y, tomando de la pared una foto de san Francisco, dijo: «Él me guiará».

Después de un almuerzo tranquilo con su familia y tras la oración, Lucien respondió a los que habían venido a arrestarlo sin la menor vacilación: «Estoy listo», y se entregó sin la menor resistencia. Sabía que iba a morir y cuando lo llamaron, se adelantó. Sentado a la derecha del rey, en el lugar de honor, dijo en voz alta: «Sé que me vas a matar y no puedo oponerme. Si mi vida puede salvar a otros, no dudes en matarme. Lo único que te pido es que no toques a mis hermanos».

Si hubiese aceptado el cargo de secretario del MDRM, habría salvado su vida. Pero él respondió: «Vosotros matáis, quemáis las iglesias, prohibís la oración, pisoteáis los crucifijos y destruís las imágenes sacras, los rosarios y los escapularios, queréis profanar nuestras iglesias, convirtiéndolas en salones de baile, el vuestro es un trabajo sucio. Sabed que la religión es muy importante para mí: no puedo trabajar para vosotros». Una treintena de muchachos de Ambohimanarivo, en su mayoría antiguos alumnos suyos, lo acompañaron hasta el matadero, lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones, en la salida sur de la ciudad, en un lugar llamado Ambalafary. Lucien dijo: «Decid a mi familia que no llore, porque soy feliz. Es Dios quien me lleva con él. Que vuestros corazones nunca abandonen a Dios». Caminaba como un hombre libre, como un vencedor.

El grupo de muchachos llegó al lugar de ejecución. Tres hombres designados por el rey ya estaban allí. El séquito, para llegar hasta allí, tenía que cruzar un canal. Antes de pasarlo, Lucien pidió que lo dejaran rezar y se lo concedieron. «Dios mío, perdona a mis hermanos, que ahora tienen una tarea difícil de afrontar. Que mi sangre sea derramada por la salvación de mi patria». Lucien repitió varias veces estas palabras. También oró en latín, y tal vez entonó el canto de Cuaresma que tanto amaba: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor, haz que tu ira no permanezca para siempre sobre nosotros».

Después quisieron atarle las manos, pero él se negó. «No me atéis para matarme. Me ato yo solo». Y cruzó sus muñecas una encima de la otra, sosteniendo en sus manos la cruz del rosario que llevaba en el cuello. Después se puso de rodillas y rezó de nuevo, repitiendo las palabras ya dichas: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona...». En primer lugar, perdonó a los verdugos e intercedió por ellos, mientras que aquellos se burlaban de él: «Tu oración es demasiado larga. ¿Crees que te salvará?». Y algunos de ellos que habían permanecido al otro lado del canal seguían gritando e insultándolo. Pero Lucien respondió: «No he terminado. Dejadme todavía un momento más». Levantó sus manos al cielo y se postró tres veces en el suelo, como Jesús durante la pasión, y luego se volvió hacia ellos y les

dijo: «Ahora apresuraos ya, porque el espíritu está listo, pero la carne es débil». Mientras que los asesinos lo mataban se burlaban de la víctima: «Ahora vete a tocar tu armonio». Lapidado por amor a Cristo y a su Iglesia, su cuerpo fue arrojado al río Matitanana. Reconociendo su martirio y el testimonio de su fe, la Iglesia católica lo beatificó el 15 de abril de 2018 en Vohipeno (Madagascar).



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

MON FILOMENA YAMAMOTO (1930-2014)

Mon Filomena Yamamoto, misionera de María, Javeriana, japonesa, dejó esta tierra el 28 de abril de 2014 en Miyazaki. Tenía 83 años.

Diez años antes, ella había narrado su encuentro con Cristo al periódico de las javerianas: «Pensando en el entorno en el que crecí y los eventos que precedieron a la gracia del bautismo, veo claramente la mano amorosa de Dios que me guió de una manera silenciosa y oculta. Nací en una familia budista de la corriente zen. En la casa familiar había un altar donde se veneraban las tablillas funerarias de nuestros antepasados. Cada mañana ofrecíamos una taza de té y otra de arroz y nos deteníamos a orar con las manos juntas. Cuando pasaban los peregrinos camino de algún templo o venían los pobres, les ofrecíamos arroz para comer.

Teníamos una profunda conexión con el templo. Cuando era niña solía ir a visitarlo, escuchaba los sermones de Bonzo y me preguntaba por qué el hombre nace y luego muere, por qué hay tanto sufrimiento en el mundo y por qué aquellos que hacen el bien a menudo sufren, mientras que aquellos que hacen el mal tienen éxito y viven cómodamente. A menudo reflexionaba sobre estos pensamientos, pero no me atrevía a preguntar a los adultos, porque tenía la impresión de que no podrían responderme.

A través de la naturaleza, con el maravilloso espectáculo del cambio de las estaciones, creo que el Señor me hablaba. Sentí que, por encima de las divinidades de las antiguas religiones de Japón, debía existir un Dios que creó el cielo y la tierra y que por tanto tenía que buscar la religión verdadera. Recé para descubrirla, pero no sabía dónde encontrarla.

A los 23 años dejé mi ciudad para ir a Miyazaki. Invitada por una amiga, comencé a asistir a la Iglesia Católica y a las sesiones de catequesis. Al

principio sentí una cierta resistencia hacia la fe en un solo Dios, porque la cultura japonesa está impregnada de la presencia de numerosas divinidades que no se excluyen entre sí. Sin embargo, continuando el estudio del cristianismo, cuando pude escuchar el pasaje de la pasión y de la resurrección del Señor y comprender la maravillosa obra de la redención, entonces sentí dentro de mí la firme convicción de que finalmente había encontrado lo que había estado buscando desde hacía muchos años».

Desde su juventud, Mon ansiaba una vida completamente dedicada a los demás, pero solo encontró la respuesta cuando conoció a Cristo. Siendo catecúmena, estaba fascinada con la idea de entregar su vida por completo a la misericordia de Dios: «Cuando todavía era catecúmena, el padre Sandro Danieli, misionero javeriano, me prestó la autobiografía de santa Teresa de Lisieux, y leí el pasaje donde ella habla de la ofrenda que había hecho de sí misma al amor misericordioso. Fue la primera vez que me encontré con esta idea. Más tarde, cuando ingresé en las misioneras javerianas, me sorprendí al descubrir que el fundador, el padre Giacomo Spagnolo, tenía una profunda devoción a la omnipotencia y a la misericordia de Dios y que todas nosotras, al emitir la profesión perpetua, confiamos nuestra vida a la omnipotencia misericordiosa del Señor».

El amor a María contribuyó a orientar su elección. Cuando Mon ingresó en la congregación de las Misioneras de María, en 1961, los javerianos tan solo llevaban dos años en Japón. Madalena, una de ellas, recuerda: «Mon era una hermana fiel a la vida que había elegido. Ella creaba armonía en cualquier comunidad donde la obediencia la había destinado. Su serenidad, su humor, su sencillez hacían que todos todos se sintiesen bien acogidos. Era una persona auténtica, evangélica, de esas personas a quienes pertenece el reino de los cielos. Todo lo aceptaba, y sabía vivir el momento presente, ofreciéndolo todo por Jesús en la oración. Vivía en paz y transmitía paz».

«De mente abierta, sabía cómo afrontar las situaciones nuevas e inesperadas –agrega otra javeriana en Japón– de una forma elegante, incluso con un toque de humor. Se mantenía siempre bien informada sobre los

problemas mundiales y nacionales para llevarlos a la oración y compartirlos con nosotras y con las personas con las que se encontraba. Privilegiaba las visitas a los enfermos, a los ancianos, a las personas que vivían en soledad».

«En la parroquia había muchas personas enfermas –recuerda un padre javeriano que la conoció al comenzar su servicio misionero– y Mon me propuso visitarlas y que les lleváramos juntos la comunión. Fue la primera vez que hice este ministerio y Mon me ayudó muchísimo. Con ella aprendí cómo acercarme a los enfermos, cómo rezar con ellos, cómo consolarlos y cómo incorporar a Jesús en sus vidas. Mon me abrió el camino para que yo sea un verdadero misionero. Ella demostraba una perspicaz sensibilidad ante el sufrimiento físico de los demás, pero su mirada penetraba en lo más profundo de sus corazones y deseaba prepararlos para recibir la obra salvífica del doctor divino».

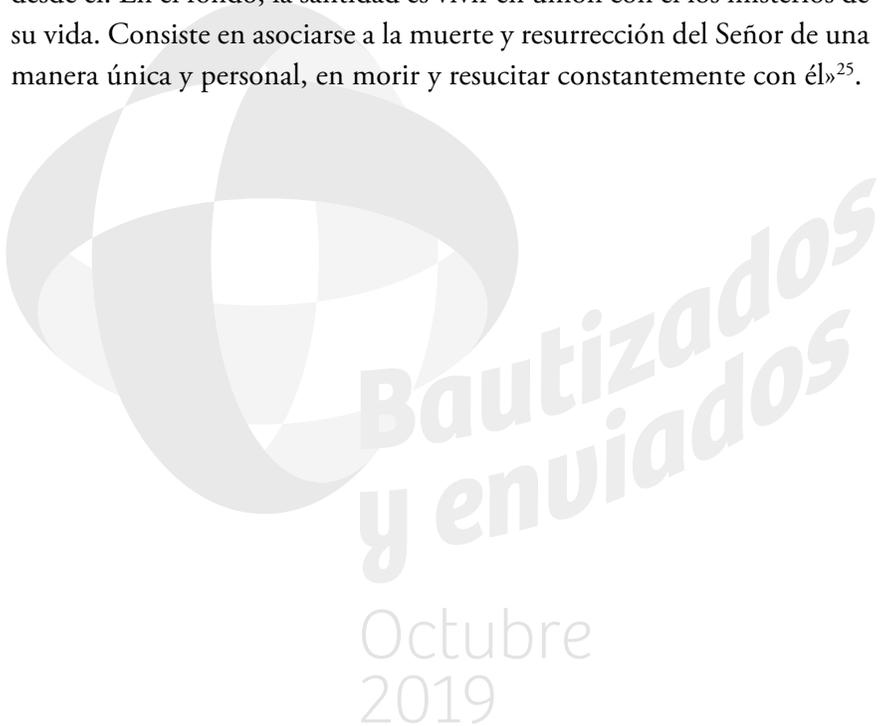
El director del Centro para el Diálogo Interreligioso Shinmeizan nos ha dejado este testimonio: «Tengo mucho que agradecer a la hermana Yamamoto Mon, no solo porque durante tres años contribuyó generosamente a la vida y a las actividades de Shinmeizan, sino también y especialmente por la calidad de su presencia y por el ejemplo de vida religiosa. Siempre serena y jovial, pero también era muy seria y precisa en la observancia de la vida comunitaria y en los demás aspectos de la vida religiosa. La oración era muy importante en su vida. Era una mujer sobria y simple, evitaba los chismes y charlas inútiles, era muy trabajadora y diligente en el desempeño del trabajo encomendado».

En 2011 le fue diagnosticado un cáncer. «Fui a visitarla –escribe un amigo misionero javeriano– al hospital. Incluso entonces recuerdo su preocupación por los demás. Ella había convertido su habitación en una pequeña iglesia en la que permanecía en compañía de Jesús. Recibiendo la quimioterapia, tuvo ocasión de prepararse para la muerte y hablaba de ella con los que iban a visitarla, dejando así un testimonio de fe y de serenidad que provenían de su confianza incondicional en Jesús».

«Cuando la veíamos sonriente, nos preguntábamos si realmente estaba enferma. Para todos tenía palabras de agradecimiento: “Gracias por vuestras

oraciones...”, decía siempre. Durante sus internamientos hospitalarios, su serenidad impresionó a muchas personas: “Las personas que tienen fe son diferentes”, decían. En los últimos días oraba continuamente; “Señor, ven pronto a por mí”».

«Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo, la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él»²⁵.



²⁵ PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, 19-20.

BEATO PEDRO TO ROT (1912-1945)

Pedro To Rot, el primer beato de Papúa Nueva Guinea, fue un esposo y un padre ejemplar, así como un catequista excepcional. En 1945 fue asesinado por unos soldados japoneses debido a su valiente defensa del matrimonio cristiano.

Papúa Nueva Guinea está rodeada de numerosos archipiélagos habitados por miles de grupos étnicos que hablan más de ochocientos dialectos diferentes. Los misioneros llevaron el Evangelio a la región en 1870, y en 1882 el primer grupo de Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús llegó a Matupit (hoy Nueva Bretaña). Para sorpresa de todos, el jefe de la aldea de Rakunai, Ángel To Puia, anunció que quería ser católico junto con la mayoría de los aldeanos. María Ia Tumul, la esposa de Ángel, dio a luz a su hijo Pedro en 1912; él era el tercero de sus seis hijos. Ángel To Puia se aseguró de que todos fueran bautizados, y él mismo les enseñó las verdades fundamentales del catecismo, mientras que María les enseñó a orar.

Cuando era niño, durante la escuela misionera, Pedro se reveló como un estudiante excepcional y trabajador, siempre muy interesado en la religión. El chico tenía una vena muy vivaz, pero era atento y servicial: solía trepar a las palmeras para recoger cocos y después ofrecérselos a los aldeanos ancianos, aunque, como era hijo de un gran jefe, podría haber pedido que otros le sirviesen.

En 1930 el párroco le dijo al padre de Pedro que sus hijos pequeños podrían tener vocación para el sacerdocio. Sin embargo, Ángel To Puia respondió sabiamente: «Creo que todavía el tiempo no está maduro para que uno de mis hijos u otra persona de esta aldea sea sacerdote. Pero si quiere enviarlo a la escuela para catequistas de Taliligap, estoy de acuerdo».

En Oceanía, el trabajo misionero por realizar era inmenso, pero los misioneros eran pocos y por esta razón los jóvenes locales fueron instruidos para convertirse en catequistas y trabajar con ellos. Pedro se dedicó a su nueva vida en el Colegio San Pablo: ejercicios espirituales, lecciones y trabajo manual. La escuela tenía una granja que la hacía en gran medida autosuficiente. Pedro daba ejemplo animando a los estudiantes a trabajar también en la agricultura. Era un compañero alegre que a menudo era capaz de poner fin a las peleas con sus frases reconfortantes. A través de la confesión frecuente, la comunión diaria y el rosario, él y sus compañeros lograron combatir las tentaciones y aumentar su fe, convirtiéndose en cristianos y «apóstoles» maduros.

En 1934 Pedro To Rot recibió del obispo la cruz que le capacitaba para ejercer como catequista y fue enviado a su pueblo natal para ayudar al párroco, al padre Laufer. Enseñó catecismo a los niños de Rakunai, instruyó a los adultos en la fe y animó encuentros de oración. Estimuló a la gente a participar en la misa dominical, fue un consejero de confianza para los pecadores y los ayudaba a prepararse para la confesión. Además, se comprometió a luchar con fuerza contra la brujería, practicada por muchas personas, incluso por algunos que se llamaban a sí mismos cristianos.

En 1936 Pedro se casó con Paula la Varpit, una joven de un pueblo cercano. El suyo fue un matrimonio cristiano ejemplar. Mostró gran respeto por su esposa y oraba con ella cada mañana y cada tarde; además, era un padre muy dedicado a sus hijos y pasaba mucho tiempo con ellos.

En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses invadieron Papúa Nueva Guinea e inmediatamente transfirieron a todos los sacerdotes y religiosos a los campos de concentración. Al ser un laico, Pedro pudo quedarse en Rakunai. Después de estos acontecimientos, tuvo que asumir muchas responsabilidades nuevas, guiando las oraciones del domingo y exhortando a los fieles a la perseverancia, así como testificar durante las bodas, bautizar a los recién nacidos y presidir los funerales. También logró llevar a los aldeanos al bosque, donde se había refugiado un misionero tras lograr escapar de los japoneses; de este modo todos pudieron recibir los sacramentos en secreto.

Aunque inicialmente los japoneses no prohibieron totalmente el culto católico, pronto comenzaron a saquear y destruir iglesias. Pedro To Rot tuvo que construir una capilla de madera en el bosque e ideó escondites subterráneos para los vasos sagrados; continuó su trabajo apostólico con precaución, visitando a los cristianos por la noche debido a los numerosos espías que vigilaban la zona. A menudo viajaba a Vunapopé, un pueblo distante, donde un sacerdote le daba el Santísimo Sacramento. Con un permiso especial del obispo, Pedro To Rot llevaba la comunión a los enfermos y a los moribundos.

Al explotar las divisiones dentro de la población de Papúa Nueva Guinea, los japoneses reintrodujeron la poligamia para ganar el apoyo de varios líderes locales. Hicieron un plan para contrarrestar la influencia «occidental» entre la población nativa. Por lujuria o miedo a las represalias, muchos hombres tomaron una segunda esposa.

El catequista Pedro To Rot se vio obligado a hablar: «Nunca les diré a los cristianos lo suficiente sobre la dignidad y la gran importancia del sacramento del matrimonio». Incluso tomó una posición contraria a su hermano José, quien públicamente abogó por un regreso a la práctica de la poligamia. Además, un segundo hermano, Tatamai, se volvió a casar y denunció a Pedro ante las autoridades japonesas. Paula, su esposa, tenía miedo de que la determinación de su esposo perjudicara a su familia, pero Pedro respondió a sus súplicas: «Si tengo que morir, está bien, porque moriré en nuestro pueblo por el reino de Dios».

«La comunión primera es la que se instaura y se desarrolla entre los cónyuges; en virtud del pacto de amor conyugal, el hombre y la mujer «no son ya dos, sino una sola carne» (Mt 19,6; cf Gén 2,24) [...] Semejante comunión queda radicalmente contradicha por la poligamia; esta, en efecto, niega directamente el designio de Dios tal como es revelado desde los orígenes, porque es contraria a la igual dignidad personal del hombre y de la mujer, que en el matrimonio se dan con un amor total y por lo mismo único y exclusivo»²⁶.

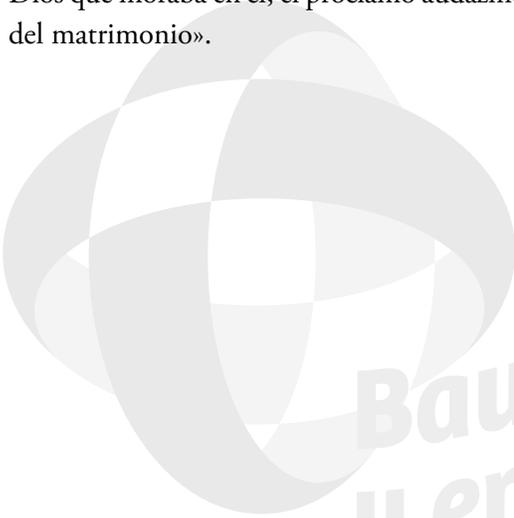
²⁶ SAN JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Familiaris consortio*, 19.

Un día de 1945, mientras Pedro To Rot plantaba frijoles en un campo requisado por los japoneses, fue arrestado por policías que acababan de saquear su casa, encontrando varios artículos religiosos. Durante el interrogatorio posterior, Pedro admitió que había animado un encuentro de oración el día anterior, y el jefe de policía, Meshida, lo golpeó. Cuando se profesó contrario a la bigamia, fue arrestado. Como más tarde le dijo a su familia: «Para Meshida, ese fue mi principal crimen».

Pedro estuvo encerrado en una pequeña celda sin ventanas y era liberado de vez en cuando solo para cuidar a los cerdos. Su madre y su esposa le llevaban comida. En una ocasión, Paula llevó consigo a sus dos hijos (estaba embarazada del tercero) y le suplicó a su marido que les dijera a los japoneses que dimitiría del trabajo como catequista si lo dejaban en libertad. «No es asunto tuyo», dijo Pedro. Haciendo la señal de la cruz, agregó: «Debo glorificar el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y, por lo tanto, ayudar a mi pueblo». Le pidió a su esposa que le trajera su cruz de catequista, que mantuvo consigo hasta el final. Ese mismo día le confió a su madre que la policía había llamado a un médico japonés que vendría a darle medicamentos, y agregó: «No estoy enfermo. Regresa pronto a casa y reza por mí». Al día siguiente, un policía llegó a Rakunai y anunció: «Vuestro catequista está muerto».

Tarua, el tío de Pedro, fue al lugar con Meshida para identificar el cuerpo. Un pañuelo rojo estaba envuelto alrededor del cuello del mártir, que estaba hinchado y herido. La marca de una inyección era claramente visible en su brazo derecho. A juzgar por el olor, el «doctor» le había inyectado un compuesto de cianuro. El veneno había funcionado lentamente y los soldados habían estrangulado y golpeado a la víctima por la espalda con un cuchillo. Pedro To Rot fue enterrado en el cementerio de Rakunai y su tumba se convirtió en un lugar de peregrinación. Su hermano Tatamai se arrepintió y, después de la guerra, reconstruyó la iglesia de Rakunai con su dinero como un acto de contrición. En los cincuenta años posteriores a la muerte de Pedro To Rot, la aldea de Rakunai ha visto nacer al menos una docena de sacerdotes y religiosos para la Iglesia católica.

Durante su visita pastoral a Oceanía en 1995, el papa san Juan Pablo II beatificó a Pedro To Rot en Port Moresby. El Papa describió así su muerte: «Condenado sin juicio, sufrió su martirio en paz. Siguiendo los pasos de su maestro, el “cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, también él fue “llevado como un cordero al matadero”. Sin embargo, este “grano de trigo” caído silenciosamente en la tierra ha producido una cosecha de bendiciones para la Iglesia en Papúa Nueva Guinea. Gracias al Espíritu de Dios que moraba en él, él proclamó audazmente la verdad sobre la santidad del matrimonio».



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

BEATO PIERRE CLAVERIE (1938-1996)

En enero de 2018, el papa Francisco aprobó la beatificación de «Monseñor Pierre Claverie y sus dieciocho compañeros mártires». El de Pierre Claverie, dominico, obispo de Orán (Argelia), fue el último de una serie de asesinatos trágicos que causaron gran dolor en la Iglesia de Argelia entre 1994 y 1996. Las otras víctimas fueron siete monjes trapenses, cuatro misioneros de África, un fraile marista y algunas religiosas pertenecientes a diferentes congregaciones. Su muerte se inscribe en una década negra, durante la cual entre 150.000 y 200.000 personas fueron asesinadas debido tanto a la violencia religiosa como a la represión. Fue precisamente su libre elección de permanecer allí por amor a Cristo y a la Iglesia, a pesar de toda esa violencia, lo que nos permite calificar a estos cristianos como mártires.

Pierre Claverie nació en Argel en 1938: era hijo de la Argelia colonial. En la edad adulta, confesó que había vivido toda su juventud entre los árabes sin encontrarse nunca con ellos: «Pasé mi infancia en Argel en un barrio popular de esta ciudad mediterránea y cosmopolita. A diferencia de otros europeos, nacidos en el campo o en ciudades pequeñas, nunca he tenido amigos árabes. No éramos racistas, solo indiferentes, ignorábamos a la mayoría de la población de este país. Los árabes formaban parte del paisaje de nuestras salidas, el trasfondo de nuestros encuentros y nuestras vidas. Nunca he tenido compañeros... He debido escuchar numerosos sermones sobre el amor por los demás, porque yo era un cristiano y también scout, pero nunca me había dado cuenta de que también los árabes eran mis vecinos. Fue necesaria una guerra para que explotara la burbuja», habría dicho mucho más tarde, reconociendo que había vivido toda su juventud en una «burbuja colonial». Esta toma de conciencia, que corresponde al

estallido de la guerra de Argelia y a la proclamación de su independencia, fue para él un verdadero descubrimiento, lo que le llevó, en 1958, a la vida religiosa dominicana.

Estudió en Saulchoir, con los mejores profesores, los teólogos dominicos que prepararon la eclesiología del Concilio Vaticano II: Yves Congar, Marie-Dominique Chenu, André Liégé. Terminó en 1967 con una sólida formación intelectual y espiritual, la cual le sería muy útil más adelante. En las cartas que escribió a su familia emerge su precoz madurez intelectual: «Esta mañana, durante la oración, finalmente descubrí la Trinidad de Dios, que hasta ahora me había parecido ante todo como un ingenio teólogo. Creo que es la esencia del cristianismo: más allá de la vida de Jesús, de su enseñanza, de su Iglesia, él nos revela a Dios, no solo como Dios Padre sino donándonos la imagen de lo que estamos llamados a ser: aquellos que participan en una corriente de amor que une el Padre al Hijo a través del Espíritu Santo», escribió en mayo de 1959.

Ordenado sacerdote, aceptó con alegría su destino en la pequeña comunidad dominicana en Argel, que, bajo la guía del cardenal Duval, contribuyó a la existencia de un nuevo tipo de Iglesia, una Iglesia para un país de mayoría musulmana. Por esta razón aprendió el árabe, tan bien que a su vez podía enseñarlo; pero, sobre todo, «aprendió Argelia», conquistándose una magnífica red de amigos argelinos que contaron mucho para él. El país comenzó el proceso de reconstrucción después de una sangrienta guerra (1954-1962): había mucho que hacer en el campo de la educación y de la formación de los líderes. Pierre Claverie contribuyó, junto con otros sacerdotes y religiosos de Argelia que se pusieron al servicio de la formación de cooperadores comprometidos, en el desarrollo del país. Fue un período muy feliz de su vida. Por eso hizo un justificadísimo homenaje a estos amigos, presentes en la catedral de Argel el día de su ordenación episcopal: «Hermanos y amigos argelinos, les debo el hecho de ser lo que soy hoy. También me recibisteis y me apoyasteis a través de vuestra amistad. Os debo mi descubrimiento de Argelia: a pesar de ser mi país, he vivido en él como un extraño durante toda mi juventud. Con vosotros, aprendiendo

el árabe, sobre todo aprendí a hablar y comprender el lenguaje del corazón, el de la amistad fraterna a través de la cual se comunican los pueblos y las religiones. En este sentido, tengo la flaqueza de creer que esta amistad es capaz de perdurar en el tiempo y resistir la distancia, la separación. Porque creo que esa proviene de Dios y conduce a Dios».

Su sólida formación lo llevó a participar de manera decisiva en la reflexión teológica de una Iglesia que necesitaba replantearse el significado de su presencia. La Iglesia no estaba allí para hacer proselitismo entre los musulmanes. Por el contrario, a través del testimonio de fe y su acción gratuita al servicio del país y de los más humildes, la Iglesia podría ofrecer una presencia activa del amor evangélico y ayudar a sanar las heridas heredadas del pasado colonial y de la guerra de liberación. Solo la fecundidad del testimonio y la obra del Espíritu Santo pueden convertir los corazones y mover la libertad hacia Cristo y su Iglesia. Con este propósito, Pierre Claverie asumió la dirección del centro de estudios diocesano de Argel y colaboró con los obispos en la redacción de documentos teológicos que intentaron articular el sentido de una presencia cristiana en un mundo musulmán.

En 1981 su fuerte personalidad y su carisma personal le valieron el nombramiento como obispo de Orán, en el oeste del país. Su diócesis tenía pocos fieles, pero era internacional: Pierre se entregó a fondo a esta misión como un artesano de la comunión, no solo entre los cristianos de diferentes orígenes, sino también con los amigos musulmanes de la Iglesia. Él tomó la decisión de poner los locales y las estructuras de su diócesis a disposición de las necesidades del país: bibliotecas para alumnos y estudiantes, un centro de acogida para personas con discapacidades, un centro de formación para mujeres. Con sus camaradas musulmanes estableció relaciones de confianza y amistad que se revelarían preciosas durante la década trágica de los años noventa. La conversión solo es posible para Dios. Los fieles son pocos, pero se puede dar un verdadero testimonio cristiano a todos los musulmanes con quienes los cristianos viven y trabajan a diario.

Con motivo de una conferencia en la mezquita de París en junio de 1988, Pierre optó por rechazar cualquier hipocresía política e hizo hincapié,

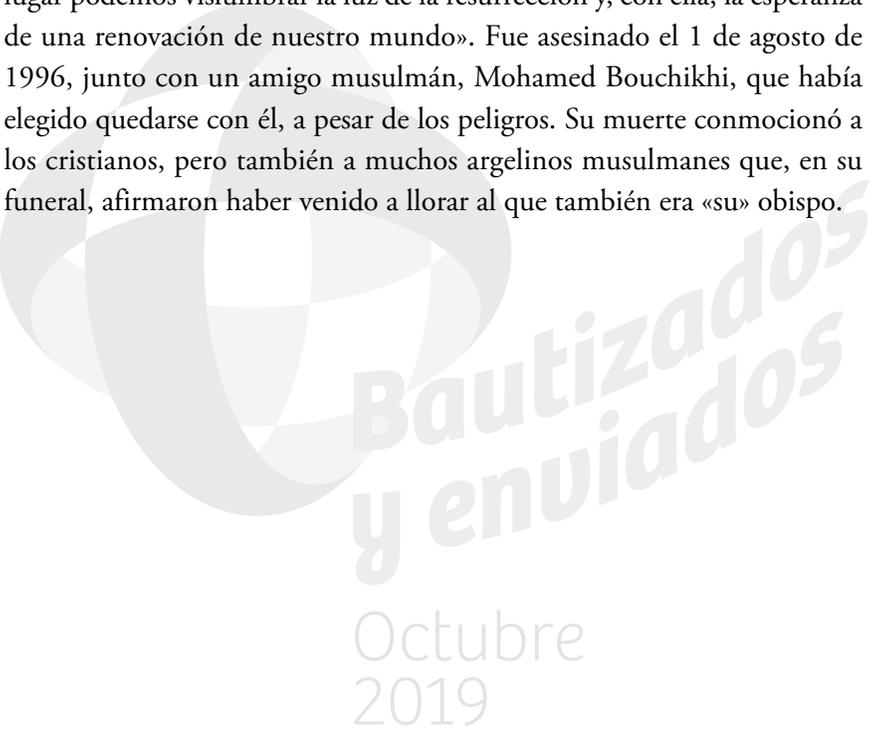
sin titubear, en que «en el conjunto de las relaciones que han marcado el encuentro entre cristianos y musulmanes, el diálogo no siempre ha sido la regla»; lamentablemente, ha ocurrido lo contrario: «han dominado la controversia y el conflicto». Fiel a su franqueza, comenzó reconociendo los obstáculos. «Más allá de las vicisitudes de la historia –dijo– el problema subyacente está en la dificultad de admitir y aceptar la diversidad».

Cuando el diálogo se limitaba a las palabras, a veces ambiguas o engañosas, Pierre Claverie prefería el encuentro, ya que este último involucraba a las personas. Sostenía que no se podía hacer nada si previamente no se comenzaba a crear vínculos de confianza y amistad, ya que son estas las que permiten hacer cosas juntos, para afrontar desafíos comunes y cuestiones aún más complejas: el cristiano debe ser capaz de explicar que para él la Trinidad no es politeísmo; el musulmán, a su vez, podrá subrayar hasta qué punto le conmueve el texto del Corán o la personalidad de Mahoma, algo tan engañoso para un cristiano. Uno de los milagros que estos encuentros pueden lograr es ayudar a sanar las heridas del pasado, esas que hacen que las relaciones entre cristianos y musulmanes a menudo se vean obstaculizadas por temores y prejuicios tenaces. El conocimiento recíproco y honesto de un diálogo saludable entre las religiones ayuda a promover la libertad religiosa, el derecho a proclamar y testimoniar, el derecho a la libre conversión y la adhesión religiosa.

A partir de 1990, Argelia vivió una década plena de violencia. La tardía apertura política al multipartidismo, después de un régimen de partido único de 25 años, favoreció la aparición de partidos religiosos radicales. En el momento de las elecciones legislativas locales, los radicales reunieron la mayoría de los votos y estuvieron cerca del poder cuando el régimen militar decidió, en 1992, interrumpir el proceso electoral para evitar el establecimiento de una dictadura religiosa. Frustrados por no alcanzar el poder mediante el voto, los fanáticos fundamentalistas trataron de tomarlo con las armas. Comenzaron con el asesinato de cientos de representantes del estado (jueces, policía), para pasar a continuación a las figuras icónicas de una sociedad civil abierta (periodistas, escritores) y, al final, la tomaron

con los extranjeros. El asesinato de los dos primeros religiosos cristianos, en mayo de 1994, fue un trauma para todos. El de los siete monjes trapenses, en 1996, escandalizó a la gran mayoría de los musulmanes.

Pierre Claverie fue el último cristiano asesinado. Debemos añadir que él no solo eligió quedarse, sino también, y, sobre todo, que decidió hablar valientemente, expresándose públicamente a favor de una humanidad «plural, no exclusiva». «Estamos exactamente en nuestro puesto, ya que solo en este lugar podemos vislumbrar la luz de la resurrección y, con ella, la esperanza de una renovación de nuestro mundo». Fue asesinado el 1 de agosto de 1996, junto con un amigo musulmán, Mohamed Bouchikhi, que había elegido quedarse con él, a pesar de los peligros. Su muerte conmocionó a los cristianos, pero también a muchos argelinos musulmanes que, en su funeral, afirmaron haber venido a llorar al que también era «su» obispo.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

SIMÓN MPECKE (1906-1975)

Simón Mpecke nació en 1906 en Batombe (Édéa), en Camerún. En 1914, a la edad de 8 años, Mpecke asistió a la escuela primaria de la misión católica en Édéa. Era una misión abierta por la congregación de los padres palotinos durante las colonias alemanas. A los 11 años, Mpecke obtuvo el título de educación primaria. El 14 de agosto de 1918, a la edad de 12 años, Mpecke fue bautizado en Édéa por el padre Louis Chevrat, asumiendo desde ese momento el nombre de Simón Mpecke. Al día siguiente Mpecke hizo la primera comunión. Más tarde se convirtió en maestro de las escuelas de la sabana y luego de la misión central de Édéa. En 1920 obtuvo el diploma de maestro indígena en la misión católica de Édéa y, en 1923, se convirtió en el primer docente de la misión.

El 8 de agosto de 1924, Simón Mpecke ingresó en el pequeño seminario de Yaundé. Desde octubre de 1927 hasta diciembre de 1935, después de la apertura del gran seminario de Mvolyé, prosiguió los estudios de filosofía durante dos años y a continuación, durante los cuatro años siguientes, los de teología. El 8 de diciembre de 1935, Simón fue uno de los primeros cameruneses en ser ordenado sacerdote. Esta ordenación sacerdotal fue una etapa importante en la historia de la Iglesia de Camerún e inauguró una nueva era para el país.

Como primer ministerio, Simón fue nombrado vicario en la misión de Ngovayang, donde tomó una firme posición contraria a las prácticas de las religiones tradicionales de la región. En 1947 fue nombrado vicario de la parroquia del distrito de New-Bell en Douala y al año siguiente se convirtió en el párroco. Dio un fuerte impulso a la parroquia e impulsó varias congregaciones laicales y algunas cofradías. Asimismo, apoyó a los

movimientos de la Acción católica y a la escuela, demostrando una gran disponibilidad y total generosidad. También en 1947, por casualidad, el padre Simón Mpecke leyó un artículo en el que se enteró de la existencia de poblaciones paganas en el norte de Camerún. A partir de ese momento sintió una gran simpatía por esos pueblos. El establecimiento de la fraternidad de los Hermanitos y las Hermanitas de Jesús en su parroquia lo acercó a la espiritualidad de Charles de Foucauld. En 1953, el padre Simón Mpecke se vinculó al Instituto Secular de los Hermanitos de Jesús y se fue un año a Argelia para hacer el noviciado. Fue uno de los fundadores internacionales de la Unión Sacerdotal «Jesus Caritas», convirtiéndose en su primer responsable en Camerún. Durante un tiempo, él mismo pensó en ingresar con ellos y vivir en su fraternidad.

El 21 de abril de 1957 el papa Pío XII publicó la encíclica *Fidei donum*. Por lo tanto, con este espíritu, el padre Simón Mpecke partió hacia el norte de Camerún como misionero y como sacerdote *Fidei donum*. En febrero de 1959, a petición de Monseñor Plumey, el padre Simón llegó a Tokombéré para fundar una misión y llegar a los kirdi, nombre que significa «los paganos». Si el sur de Camerún, mayoritariamente bantú, había pasado al cristianismo en gran número, el norte, habitado por personas de origen sudanés, era un feudo del islam.

El Dr. Joseph Maggi –un médico suizo– ya se había instalado en la aldea para fundar un hospital, en un lugar donde solo había unos pocos líderes de la administración colonial francesa y algunos técnicos que estaban introduciendo el cultivo del algodón. Los comienzos de la misión católica de Tokombéré fueron la ocasión para una experiencia misionera excepcional. La tarea no fue fácil: de hecho, Simón Mpecke fue considerado peligroso porque no pertenecía a la tribu local; pero el hecho de ser africano le facilitó las cosas. Desde el principio, la escolarización de los kirdi se convirtió en su preocupación diaria. Su legendaria bondad pronto le valió el sobrenombre de «Baba», que significa padre, patriarca, sabio y guía al mismo tiempo. Todos –hombres y mujeres, adultos y niños, los kirdi y los musulmanes– comenzaron a llamarlo espontáneamente Baba. En Tokombéré, Baba

Simón cumplió la promesa hecha por Dios a Abrahán: su éxodo, su misión, permitió el nacimiento de un pueblo.

La fe y la amistad con Jesús lo convencieron de que solo el amor por el hombre integral lo salvaría del mal espiritual del pecado y de la ignorancia, y del mal material de la miseria y de la discriminación étnica y religiosa. Para Baba, la escuela era la vida: su escuela traía la esperanza de hacer florecer al hombre en su lucha contra la ignorancia, la tiranía y el miedo, y era su forma de luchar por la dignidad humana. Decidió ofrecer la educación «a domicilio», dando a todos la oportunidad de asistir a la «escuela bajo el árbol»: una escuela bajo la mirada de todos, en el corazón de la vida de los kirdi.

Más tarde construyó la escuela San José en Tokombéré y obtuvo la autorización para abrir otras escuelas en Bzeskawé, Rindrimé y Baka. Creó un internado para los niños y otro para las niñas, dirigido por los Siervos de María. Baba Simón enseñó a los kirdi a amar a los musulmanes como a sus hermanos de sangre e hizo lo mismo con los musulmanes en sus relaciones con los kirdi. A través de la escuela, las estructuras sanitarias, el compromiso contra la injusticia y el apelo a la hermandad universal, consiguió una mejora real de las condiciones de vida de las poblaciones de los kirdi, hasta entonces demasiado olvidados por el resto del país. Su preocupación por un diálogo constante con los líderes de las religiones tradicionales lo convierte en un precursor profético del diálogo interreligioso profesado por el Concilio Vaticano II. Le encantaba viajar, y la primera razón que lo motivaba a hacerlo era encontrar la ayuda necesaria para sus obras en favor de los kirdi, especialmente para los estudiantes, externos e internos de la comunidad. Por esta razón, visitó Francia, Suiza, Italia, España e Israel. Compartió la vida de los kirdi, su pobreza y la lucha contra la pobreza. Su evangelización estuvo impregnada de oración, amor por la Iglesia y caridad, respetando siempre sus tradiciones.

El 13 de agosto de 1975, exhausto por su enfermedad, Baba Simón murió en Édéa —después de haber permanecido un tiempo en Francia para recibir tratamiento— lejos de Tokombéré, sin poder volver a ver a sus kirdi. Fue enterrado en Tokombéré.

BEATO TITO BRANDSMA (1881-1942)

Año Sjoerd Brandsma nació el 23 de febrero de 1881 en Bolsward, Holanda. Asistiendo al colegio de los franciscanos de Megen, comenzó a comprender su vocación. Ingresó en el convento carmelita de Boxmeer (Brabante) el 22 de septiembre de 1898 y tomó el nombre de Tito. En 1901 publicó su primer libro, una antología de los escritos de santa Teresa de Ávila, traducida del español. Después de ser ordenado sacerdote en 1905, fue enviado a Roma y frecuentó la Pontificia Universidad Gregoriana. De vuelta en Holanda, se dedicó a la docencia y continuó cultivando actividades periodísticas; publicó además las obras de santa Teresa en holandés.

Poco antes de la creación del Partido Nacional Socialista de Alemania, fue nombrado Rector Magnífico de la Universidad de Nimega. Unos años más tarde, fue nombrado eclesiástico de la Asociación de Periodistas Católicos. En sus cursos universitarios sobre ideología nacionalsocialista, no escatimó críticas ni denuncias contra el sistema; como carmelita, profesor, periodista y, por último, como presidente de la Asociación de Escuelas Católicas, se opuso firmemente a la presión nazi.

Tras ser arrestado en su convento, fue llevado a la prisión de Scheveningen, donde fue sometido a un intenso interrogatorio en el que reiteró firmemente su posición. En la prisión tradujo la vida de santa Teresa de Jesús al holandés. Trasladado al campo de concentración de Amersfoort, fue obligado a trabajar y vivir en condiciones muy duras: lo llevaron nuevamente a Scheveningen para completar el interrogatorio, y después fue destinado a Kleve, un campo de tránsito temporal, en el que encontró una mayor dignidad y alivio, humana y espiritualmente.

En junio de 1942 fue transportado con un vagón de ganado, junto con otros presos, al campamento de Dachau, donde las condiciones de vida eran extremas, tanto por los trabajos forzados y la falta de alimentos, como por los experimentos científicos a los que estaban sometidos los prisioneros, suerte que también le tocó a Tito. Internado en el hospital del campo, enfermo y consumido, murió el 26 de julio de 1942 por una inyección de ácido fénico que le administró una enfermera a la que regaló un rosario y quien, convertida, testificó en el proceso de beatificación. Su memoria litúrgica se celebra el 27 de julio.

«La oración no es un oasis en el desierto de la vida, sino toda la vida»: en esta hermosa expresión del padre carmelita, periodista y profesor universitario, se contiene el testimonio de su intensa vida de oración, que le predisponía a una particular actividad apostólica vivida con gran equilibrio y que alimentaba su valor —en el momento de las brutalidades nazis— para anunciar la verdad, defender la libertad de fe, aceptar todo tipo de pobreza y vivir el mandamiento del amor con todas sus consecuencias. Citando las palabras de Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27), así expresaba su ardiente deseo: «Me gustaría repetir esta palabra, hacerla resonar en todo el mundo, sin preocuparme de quién la escuchará. Me gustaría repetirla tantas veces que aquellos que volvieron la cabeza la primera vez que la oyeron, la escuchen ahora hasta que todos la hayan escuchado y comprendido [...] nuestra vocación y nuestra felicidad consisten en hacer felices a los demás» (Conferencia *Paz y amor por la paz*, Bergkerk de Deventer, 11 de noviembre de 1931). Tito tenía un carácter generoso y misionero; las experiencias internacionales vividas en su familia religiosa, especialmente durante su período de estudios en Roma, alimentaron el sueño de ser enviado como misionero carmelita para proclamar el Evangelio. No pudo cumplir este deseo, sometido a la obediencia de los superiores que estaban preocupados por su delicada salud.

Aunque no pudo viajar a tierras de misión por razones de salud, siempre mantuvo una actitud de universalidad, disponibilidad, diálogo y apertura para crear lazos de fraternidad en Cristo. La vida lo llevó a vivir una misión

especial: su inclinación natural como consolador de los afligidos, encontró su expresión máxima y heroica en los campos de exterminio; murió en el campo de concentración de Dachau como un «misionero» en un lugar «imposible», en el que fue capaz de brindar felicidad e infundir coraje. San Juan XXIII lo definió como «víctima de su caridad y de la defensa constante de la verdad», basándose en numerosos testimonios; mientras estaba sujeto a ultrajes y palizas, soportó a sus perseguidores con paciencia y sincera compasión, exhortando también a sus compañeros a la resistencia y a la oración por aquellos que demostraban tanta crueldad hacia su prójimo. Estaba animado por la convicción de que la luz eterna podía brillar por y a través de los sacerdotes del campo, por su fraternidad, por la esperanza y la confianza en Dios, en la que se sentían seguros. Íntimamente unido a Dios, se convirtió en una copa rebosante de esperanza en los lugares aparentemente más distantes de la mirada divina.

Los ámbitos de su misión fueron, por lo tanto, el convento como lugar de oración y de acogida de los más desfavorecidos, la universidad en la que hacía resonar —sobre todo encarnándolo— el mensaje evangélico, la prensa y el campo de concentración, en los cuales, sacando fuerzas de la fe, estimulaba el encuentro profundo entre los hombres bajo la atenta mirada de Dios, más allá de cualquier distinción social. Esto le permitió sobrevivir y hacer sobrevivir en situaciones inhumanas. En los campos de concentración, tenía palabras de consuelo que expresaban una certeza bien arraigada: «Encomienda todo al Señor, esfuérzate todo lo que puedas y Dios hará el resto». Su única perspectiva era Dios, por lo que fue capaz de adaptarse a personas muy diferentes entre sí y a situaciones difíciles. Su solicitud para prestar ayuda espiritual le permitió realizar un servicio precioso administrando el sacramento de la confesión y estando siempre disponible para la dirección espiritual.

A la enfermera que le suministró la inyección letal que le provocó su muerte, le dijo: «Los buenos sacerdotes no son los que dicen palabras hermosas desde los púlpitos, sino los que son capaces de ofrecer su dolor por los hombres, por esto estoy feliz de poder sufrir».

BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)

La reina Ranavalona I reinó en Madagascar desde 1828 hasta 1861, el año de su muerte. Implacable enemiga de la religión cristiana, veneraba a los sampy (una especie de ídolos) y seguía, como protección de su persona y del reino, miles de prácticas supersticiosas. La familia más poderosa cercana a la reina era la de Victoria Rasoamanarivo. Su abuelo, Rainiharo, fue primer ministro de la soberana durante más de veinte años. Dos de sus hijos, Raharo y Rainilaiarivony, lo sucedieron en sus tareas.

Rainiharo tuvo una hija llamada Rambahinoro. Del matrimonio de esta hija con un primo nació Victoria Rasoamanarivo, la tercera de siete u ocho hijos. Nacida en 1848, en un año que parecía ser una «cita a larga distancia como la del gallo y el sol» (por usar un proverbio malgache) con la revolución industrial, el proletariado y el despertar de las nacionalidades, también Victoria adoptará un comportamiento que tendrá un fuerte impacto en su entorno, determinando su destino y la admiración que despertará.

Victoria tenía 13 años cuando los primeros misioneros católicos llegaron a Tananarive (hoy Antananarivo), en noviembre de 1861, después de la muerte de la reina Ranavalona I. Fue una de las primeras estudiantes de las Hermanas de San José de Cluny y se distinguió por su modestia y su devoción, sobre todo por la asiduidad con la que asistía a misa todas las mañanas.

Recibió el bautismo el 1 de noviembre de 1863 a la edad de 15 años, hizo su primera comunión el 17 de enero del año siguiente y, unos meses más tarde, el 13 de mayo, contrajo matrimonio, a los 16 años, con Radriaka, su primo, el hijo mayor de Rainilaiarivony. A esa edad ella hubiese deseado, como confesó más tarde, convertirse en religiosa, agregando sin embargo

que la Providencia había decidido lo contrario. Pero su nueva condición no la separaba de las Hermanas. Siguió yendo a la escuela porque de las tareas domésticas se encargaba la servidumbre.

De ahí el comienzo de las dificultades, ya que los padres y sus familias trataron de convertirla al protestantismo, la religión del estado y de la alta sociedad. El calvario de Victoria comenzó en ese momento. Su conducta fue irreprochable y paciente. No se quejaba, pero hizo notar a su marido el error que las familias estaban cometiendo contra su dignidad como mujer. El esposo, consciente de la gran razón que ella tenía, a veces se arrodillaba junto a ella para orar. El destino adoptó la forma paradójica de la infertilidad conyugal: Victoria experimentó toda la amargura del estigma social asociado a esta condición, por lo que se preguntaba si aquello no sería el resultado de un mal comportamiento conyugal.

Rechazada por los suyos, Victoria comenzó a hacer de la Iglesia su segundo hogar. Pasaba siete u ocho horas al día allí, desde las cuatro de la mañana, durante todo el año y a pesar de todo tipo de amenazas. Había creado un oratorio en la casa donde con frecuencia pasaba el tiempo de rodillas, prolongando sus oraciones hasta muy tarde. Tenía una devoción especial a la Santísima Virgen, por lo que siempre llevaba el rosario en sus manos. Esa vida de oración, lejos de absorberla en detrimento de otros deberes, la ayudaba a cumplirlos con total dedicación. Cuidaba su casa, que incluía una treintena de sirvientes; a menudo visitaba a los enfermos sin ninguna distinción de clase, daba limosnas con frecuencia y recibía gente pobre y enferma en su casa.

Cuando se fundó la congregación laical de la Santísima Virgen en 1876, Victoria fue su presidenta y se esforzó por inculcar a sus compañeras el celo por la caridad. Creó un taller para confeccionar ropa para los pobres y los leprosos. Además, ella ayudó a las iglesias pobres y mandó construir la capilla de la ciudad sagrada, Ambohimanga. Como miembro de la familia del Primer Ministro, Victoria era dama de la corte. Obligada a presentarse en el Palacio, asistía allí como cristiana, con su rosario claramente visible en su mano, y rezaba antes y después del almuerzo. Al sonido de la campana,

se disculpaba y se retiraba para recitar el Ángelus. Y cuando se le preguntaba el motivo de esa conducta, simplemente respondía: «Es costumbre entre nosotros, los católicos». No había rigidez en ella, ni ostentación o intolerancia, sino simplemente fe, fidelidad a Dios y respeto absoluto por los demás.

Lo que más sorprendió a la Corte fue la heroica paciencia que Victoria demostró durante casi tres años con su despreciable esposo. Nunca se le escuchó la menor queja contra él. Sin embargo, eran tales sus constantes excesos que el primer ministro, de acuerdo con la reina, trató de separarla de él con el divorcio. Cuando Victoria se enteró de este plan, se arrojó a los pies de su suegro para pedirle que renunciara a *él* porque —decía— el matrimonio católico es indisoluble.

El 25 de mayo de 1883 se desencadenó una persecución contra la misión católica y, después de haber sido expulsados todos los misioneros franceses, los fieles católicos fueron acusados de traidores a las costumbres de la isla y por tanto de la patria. El mismo día en que los misioneros salieron de Antananarivo, llegó una orden de una autoridad desconocida, divulgada por todos los funcionarios civiles y religiosos, proclamando que, siendo el catolicismo la religión de los enemigos del país, sus seguidores serían considerados como traidores.

El domingo siguiente al éxodo de los misioneros, los católicos contemplaron con tristeza sus iglesias cerradas, pero no se atrevieron a acercarse a ellas. A las 9 en punto de la mañana Victoria estaba delante de la Catedral. Al verla cerrada, envió un mensaje al primer ministro preguntándole si una orden de la reina prohibía a los católicos entrar en la iglesia. No había una orden real al respecto. Entonces Victoria, acercándose al oficial que presidía la guardia, ordenó que se abrieran las puertas. «Si os oponéis por la fuerza, mi sangre será la primera que virtáis. No tenéis ningún derecho a impedirnos entrar en nuestras iglesias para orar». Las puertas se abrieron. Victoria entró la primera y un gran número de cristianos la siguieron. Fue una primera victoria, la más importante, ya que con ella se estableció el principio de la libertad de oración.

Durante la guerra franco-malgache, la nacionalidad francesa de los misioneros puso en peligro el futuro del catolicismo, como una religión del agresor. Victoria no tenía prejuicios contra los misioneros franceses, con quienes tenía excelentes relaciones, pero había pedido, escribiendo al extranjero y teniendo en cuenta la situación local, que enviaran misioneros católicos ingleses. La expulsión afectó tanto a los misioneros franceses como al único inglés del grupo, lo que demostró claramente que la oposición era contra el catolicismo en sí mismo, independientemente de la nacionalidad de los misioneros.

El padre Caussèque, párroco de la Catedral, había fundado una asociación de hombres con el nombre de Unión Católica. Esta asociación debía ser el instrumento del que Victoria debería haberse servido para mantener la fe y la práctica del culto en toda la misión. Los miembros de la Unión Católica reabrieron las capillas, reunieron a los cristianos y restauraron las escuelas. No fue fácil. Victoria se vio obligada a visitar los principales ambientes para animar con su presencia a los más débiles. Algunos informes de la época describen las manifestaciones de entusiasmo que despertaron estas visitas. «Tened confianza —decía Victoria—, la religión católica no está prohibida. Los franceses se han ido, pero la religión permanece».

Cuando los misioneros regresaron a sus puestos, Victoria retomó su vida sencilla, modesta y humilde. Lo único que todavía le preocupaba era la conversión de su marido. Ella rezaba y hacía rezar por esa intención. Su última obra de «maternidad espiritual» se refería a su esposo. Una noche, lo trajeron a casa borracho, después de una caída que finalmente resultaría fatal. Victoria lo convenció para que recibiese el bautismo, que le fue administrado en su lecho de muerte en 1887. Como viuda mantuvo el luto hasta su muerte, que acaeció siete años después. Mandó celebrar numerosas misas por el descanso del alma de su esposo, y aprovechó la ocasión de ese duelo para usar ropas aún más simples y retirarse casi por completo de la corte. Sus hijos más queridos eran los humildes: los enfermos, los pobres, los presos cruelmente encadenados, los leprosos atormentados continuamente por su mal y desterrados por la sociedad.

Después de una brevísima enfermedad, Victoria murió el 21 de agosto de 1894. Dos meses más tarde, los misioneros reanudaron el camino del exilio que duró hasta finales de 1895. En su lecho de muerte, Victoria elevó las manos al cielo, sosteniendo la corona del Rosario, y, pronunciando tres veces: «Madre, madre, madre», expiró. Fue beatificada por el papa san Juan Pablo II el 30 de abril de 1989 en Antananarivo. La Iglesia católica la celebra el 21 de agosto.



VIVIAN UCHECHI OGU (1995-2009)

El sorprendente heroísmo en la historia de Vivian está en la forma extraordinaria con la que expresaba su fe cristiana, ejerciendo una gran influencia sobre la vida de los demás desde que apenas tenía nueve años, y el coraje con el que ponía en práctica todo lo que pensaba en cuanto la oportunidad se lo permitía, eligiendo –con tan solo catorce años– ser asesinada antes que ser violada.

Vivian Uchechi Ogu nació en la ciudad de Benín, en el estado de Edo, Nigeria, el 1 de abril de 1995, en la familia de Peter Ogu, de Enyiogugu. Fue la segunda de cuatro hijos, nacida en una de las familias más comprometidas de la comunidad parroquial de San Pablo. A su padre se le encomendó la tarea de organizar a los laicos de la Iglesia católica de la Ascensión, cerca del cuartel de la Fuerza Aérea de Nigeria. Vivian fue bautizada en la Iglesia católica de San Pablo el 1 de julio de 1995, y recibió su primera comunión en la misma parroquia el 26 de marzo de 2005. Asistió a la catequesis como preparación para el sacramento de la confirmación, prevista para 2010.

En sus estudios, Vivian se distinguió por ser una de las mejores alumnas de la escuela primaria. Unió su habilidad escolástica al objetivo fuertemente sentido de vivir una vida cristiana ejemplar, que inspirase una gran espiritualidad y amor por los hermanos y por la gloria de Dios. Después de haber frecuentado la escuela de la Sociedad de Mujeres de la Fuerza Aérea de Nigeria para la primera infancia y la educación primaria, Vivian continuó sus estudios en la escuela secundaria Greater Tomorrow, también en la ciudad de Benín. Cuando murió asistía a la escuela secundaria superior; soñaba con convertirse en abogada para luchar en defensa de las causas

de los pobres y de los oprimidos, especialmente las de las viudas y de los huérfanos. Convertirse en ingeniera aeronáutica, era otro de sus sueños, para demostrarle al mundo que esta profesión no estaba hecha solo para hombres. Vivian representó a su escuela en muchas actividades, incluida la *Cowbell Mathematics Competition*, ya que su asignatura favorita eran las matemáticas. Como actividades extracurriculares, Vivian se unió al grupo interreligioso, donde ocupó el puesto de asistente del líder de oración de la comunidad, un papel que desempeñó hasta su muerte. Sus pasatiempos preferidos eran la lectura, el canto y el baile.

El camino espiritual de Vivian, después del bautismo, recibió un nuevo impulso a través de la Renovación católica carismática, en la que comenzó a participar gracias a sus padres, que ya eran miembros. Al crecer pasó a participar de sus cursos de formación bíblica, formando parte del «grupo de la alegría». Su actividad cristiana con sus compañeros fue intensa, mediante los consejos y las experiencias compartidas. Fue representante en su clase y jugó un papel destacado en los encuentros de los Campamentos Juveniles, reuniones anuales a las que comenzó a asistir a partir de 2007.

La Iglesia católica de San Pablo proponía la participación de los niños y jóvenes en la Eucaristía dominical en un lugar reservado para ellos de tal modo que recibiesen una educación bíblica adecuada y posteriormente pudieran unirse a sus padres para la liturgia eucarística precisamente dicha. Después de la misa, los niños recibían otras enseñanzas adicionales por parte de los animadores de la catequesis parroquial. Fue aquí cuando Vivian, a la edad de nueve años, empezó a demostrar públicamente su celo y su coraje en hablar con los otros niños de la amistad de Jesús, de la fe, de la dignidad de la pureza y la virginidad. Vivian se unió a la Comunidad de la Escuela dominical, como se la conocía entonces, y al coro de la parroquia. Estaba muy entregada a pesar de su corta edad. Participó en todos los eventos que organizaba la iglesia, tales como la celebración anual del día del niño, la jornada de la infancia y de la misa mayor de la Navidad, así como de la acción de gracias del último día del año, cuando se les pide a los niños para hagan de monaguillos en las celebraciones litúrgicas.

Después del ingreso oficial en 2005 en el coro de la comunidad cristiana que frecuentaba, y tras haberse percatado de que el maestro elegido para reemplazar a la directora del coro de niños era inconstante en su papel, Vivian, sin preguntar a nadie y sin ser elegida, asumió temporalmente el cargo de maestra del coro. Tenía tanta ilusión por organizar un coro capaz y disciplinado que, con la ayuda de su padre, elaboró también un estatuto. La propuesta fue aprobada por el responsable de los animadores parroquiales, y así nació el primer estatuto del coro de los niños de la parroquia. Durante los siguientes cuatro años, bajo la guía de Vivian, el coro pasó de estar compuesto por un pequeño grupo de unos 20 niños a estar constituido por casi 60 niños en el momento de su muerte. Muy a menudo este coro ganaba el primer puesto en los diferentes concursos musicales organizados por la Pontificia Obra de la Infancia Misionera (POIM-IAM), desde 2007 hasta el más reciente, en 2017. Con sus profundas convicciones, con el amor a Dios y a sus compañeros, Vivian propuso la idea del sacrificio periódico. Animó a los niños a participar en diversos actos de mortificación por la salvación, por su conversión personal y por las necesidades materiales y espirituales de los niños más necesitados de la parroquia y del mundo.

Por lo tanto, no es de extrañar que cuando comenzó su andadura la POIM-IAM en la Parroquia de San Pablo, en 2006, Vivian fuera elegida por unanimidad como la primera Presidenta. Durante su mandato, trabajó incansablemente para que la POIM-IAM de su parroquia no fuese superada por ninguna otra de la arquidiócesis en el sentido de llevar a cabo obras ni en las oraciones. Entre otros proyectos que coordinó con su ingenio, hubo uno especial, con motivo del día del niño de 2008, para recaudar fondos para cubrir los gastos médicos de algunos niños discapacitados del Hospital Central de Benín, y también para satisfacer las necesidades de algunos niños de los orfanatos de la misma ciudad. Dos instituciones que se beneficiaron de esta generosidad fueron el orfanato de Edo y el de Oronsaye. En 2009, también con motivo del día del niño, Vivian movilizó a toda la parroquia para establecer un fondo de solidaridad para los feligreses más desafortunados. Vivian fue la representante oficial de la parroquia durante las reuniones

y las actividades de la POIM-IAM en la archidiócesis. También fue el primer miembro de la POIM-IAM en contribuir a la creación y circulación del boletín POIM-IAM de la archidiócesis, llamado «Amigos de Jesús». A Vivian le encantaba leer las Sagradas Escrituras y pedir a los sacerdotes y animadores que le explicaran las enseñanzas de la Iglesia. Moviada por su amor a la Palabra de Dios, se comprometió a escribir su comprensión de los Evangelios: cuando fue asesinada había llegado ya al capítulo dieciséis del Evangelio de san Mateo.

A través de los cursos de formación de la archidiócesis organizados para los niños por la POIM-IAM, Vivian tomó conciencia de la historia de santa María Goretti. Utilizaba constantemente la historia de esta su santa favorita cuando invitaba a sus compañeros a una vida de fe, como amistad pura con Jesús y les instruía sobre el valor de la virginidad. Con su heroica muerte, Vivian ofreció un ejemplo concreto de esta enseñanza, que continuó dando hasta la mañana del día de su muerte.

El domingo 15 de noviembre de 2009 por la noche, mientras estaba en su casa unos ladrones armados robaron a su familia y se llevaron a Vivian y a su hermana fuera de la ciudad, a una zona descampada al lado del área industrial gubernamental de la comunidad de Evboriaria. Los ladrones intentaron violarla, pero opuso resistencia con todas sus fuerzas, por lo que ellos la asesinaron de un disparo. Después de la santa misa del funeral en la Iglesia católica de San Pablo, su cuerpo fue llevado a su ciudad natal para su entierro, el 27 de noviembre de 2009. Tras conocer la noticia de la muerte heroica de la niña, el gobierno del Estado de Edo otorgó a la archidiócesis católica de Benín la tierra donde asesinaron a Vivian. Dos años más tarde, el Consejo del gobierno local de Ikpoba Okha dio el nombre de «Vivian Ogu» a la calle donde fue asesinada.

Desde 2010, todos los fieles de la archidiócesis de Benín se reúnen en el lugar de su muerte cada 15 de noviembre con motivo del día de la Memoria anual de Vivian Ogu. El 29 de marzo de 2014, el arzobispo de la ciudad de Benín, Mons. Augustine Obiora Akubeze, inauguró el movimiento Vivian Ogu, con la tarea de dar a conocer la historia de su vida ejemplar,

preservar la tierra donde fue asesinada y recoger testimonios de personas sobre sus virtudes y sobre posibles milagros, para la futura promoción de la causa de su beatificación.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

WANDA BŁEŃSKA (1911-2014)

Wanda María Błęńska nació el 30 de octubre de 1911 en Poznan (Polonia), del matrimonio de Teofil Błęński y Helena Brunsz. El 9 de diciembre del mismo año fue bautizada en la parroquia de San Martín, también en Poznan. Debido a la enfermedad de su madre, la familia se mudó a Puszczykowo, pero el estado de Helena no mejoró. En solo quince meses, la pequeña Wanda se convirtió en huérfana de madre. En 1920, con su padre y su hermano Román, se mudaron de nuevo, esta vez a Toruń. Allí hizo la Primera Comuni3n y asistió a la Escuela media femenina del estado. En 1928 aprobó los exámenes finales y recibió el diploma de educación secundaria. Luego dio el primer paso para realizar su sueño, regresando a Poznan para estudiar en la Facultad de Medicina.

Aunque tuvo que esperar varios años para ir a una misi3n, mientras estudiaba, trabajó duro en el ambiente misionero en Poznan y también en el ambiente nacional. Inicialmente formó parte de la Secci3n Misionera dentro del movimiento Sodalicia Marianska, después nació la idea de fundar un Círculo Académico Misionero. El 20 de enero de 1927, en el auditorio de la Universidad de Poznan, en presencia del cardenal August Hlond, primado de Polonia, se inauguró el primer Círculo Académico Misionero. En ese momento el círculo estaba formado por unas 150 personas. Pronto, se establecieron grupos de este tipo en las universidades de Cracovia, Lviv, Lublin, Varsovia y Vilnius. Hoy, el Círculo de Poznan (Círculo Académico Misionero, reactivado en 2002) lleva el nombre de Wanda Błęńska y todos los años envía a jóvenes para realizar experiencias misioneras. Wanda participó activamente en la organizaci3n y animaci3n del Congreso internacional de círculos académicos misioneros en Poznan

(28 de septiembre - 2 de octubre de 1927), al que asistieron más de 2.000 personas. En ese momento se fundó la Asociación de Sociedades Académicas de la Misión en Polonia, de la cual Wanda fue nombrada miembro del Consejo central. Durante varios años participó en conferencias misioneras nacionales e internacionales. En 1931 pasó a formar parte del Consejo de administración del grupo misionero de Poznan. También participó en la redacción de los *Annales Missiologicae*, la primera revista misionera de Polonia, que, tras el fin de la guerra, retomó sus actividades con el título de *Annales Missiologicae Posnanienses*. En 1932 Wanda recibió un diploma del papa Pío XI por difundir la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe (POPF).

Wanda se graduó en Medicina el 20 de junio de 1934. Después de terminar sus estudios, regresó a Toruń, donde trabajó por primera vez en el hospital municipal, y después, hasta el final de la guerra, en el Instituto Nacional de Salud. En 1942 ingresó en las filas de la organización militar secreta Gryf Pomorski, más tarde incorporada al Armia Krajowa (Ejército Nacional, el principal movimiento de resistencia en la Polonia ocupada; en 1978 Wanda recibió la Cruz del Armia Krajowa). El día de su onomástica, el 23 de junio de 1944, Wanda fue arrestada, acusada de conspiración. Estando en prisión fue sentenciada a muerte, pero al final, después de algo más de dos meses en prisión, fue liberada.

Después de la guerra, Błęńska se hizo cargo de la gestión de uno de los hospitales de Toruń y trabajó en el Departamento de Higiene en Gdańsk. En 1946, decidió ir a visitar a su hermano moribundo, Román, que entonces se encontraba en Alemania. Al no recibir su pasaporte, se embarcó en un barco rumbo a Lübeck, donde, después de viajar escondida en la carbonera, se reunió a su hermano. Después de la muerte de Román no pudo regresar a Polonia. Permaneció en Alemania, donde trabajó en hospitales militares polacos. En 1947 asistió al curso de medicina tropical en Hamburgo. Seguidamente se mudó a Inglaterra, donde continuó su educación en el campo de la medicina tropical y fue admitida en la Real Asociación de Medicina Tropical e Higiene de Londres. Allí conoció a un

misionero de la congregación de los padres Blancos, quien le habló de los planes para construir una colonia de leprosos en Fort Portal, en Uganda. En 1950 la doctora Błęńska recibió una invitación del obispo local para trabajar en Uganda, y en marzo del mismo año comenzó su servicio en el hospital Fort Portal. Pero, desafortunadamente, la colonia para los leprosos nunca llegó a construirse.

Los hospitales de Nyenga y Buluba, construidos en la década de 1930 por la madre Kevin, fundadora de la congregación de las Hermanas Franciscanas de la misión en África, representaban en Uganda los primeros centros para el tratamiento de la lepra. Durante años, solo enfermeras y técnicos de laboratorio trabajaron allí. Faltaban los médicos. El 24 de abril de 1951, Błęńska llegó a Buluba, en el Lago Victoria, y comenzó su trabajo en el hospital de San Francisco, donde permaneció durante otros cuarenta años como doctora y misionera laica. Al principio las condiciones de trabajo eran deplorables, pero Wanda modernizó ambas instituciones, llevándolas a un alto nivel de tratamiento y la atención al paciente. En 1956 fundó un centro de formación para asistentes médicos para el diagnóstico y tratamiento de la lepra, que hoy lleva su nombre. Enseñó a muchos estudiantes en varios países africanos, participó en los Congresos Internacionales de Doctores de la Lepra y se convirtió en una de las especialistas más calificadas, en todo el mundo, en el tratamiento de la lepra. A principios de los años ochenta, la doctora Błęńska encomendó la gestión del centro de Buluba a su alumno, el Dr. Joseph Kawumie. Pero ella permaneció allí, trabajando como asesora médica hasta 1992. En 1986 fue con el padre Marian Żelazek a la India, donde durante nueve meses trabajó en el centro para leprosos en Puri. A los dos misioneros polacos les unió durante muchos años una sincera amistad.

Wanda Błęńska conquistó los corazones de los ugandeses, además de por sus habilidades profesionales, también gracias a su cercanía a los enfermos. La conocían como la madre de los leprosos. Gracias a su trabajo, ayudó a superar el estigma social contra los leprosos y tomó muchas medidas para restaurar su dignidad. Los examinó sin guantes, no queriendo que se sintie-

ran discriminados, usándolos solo cuando la herida estaba abierta o cuando estaba operando. Años después, contó: «Antes que nada, quería que mis pacientes estuvieran acostumbrados y familiarizados con su enfermedad para disminuir el miedo. Al igual que con cualquier enfermedad, también con la lepra es necesario familiarizarse. Estos pacientes son pobres. Siempre hay muchas personas que les hacen sentir su miedo. A veces se crea una atmósfera de miedo, porque el miedo se propaga, es contagioso. Siempre les decía a todos: “Miradme, ¿tengo los dedos heridos o no?”. He mantenido los principios higiénicos habituales: después de examinar a un paciente, me lavaba las manos. Pero me las lavaba no solo después de examinar a alguien con lepra, sino también después de cada paciente, para que todos pudieran ver que este gesto pertenece a los hábitos de todo médico».

Wanda Błęńska regresó a Polonia en 1992, pero todavía durante dos años viajó entre sus dos países (Polonia y Uganda). Se estableció definitivamente en Poznan en 1994. Fue a Uganda por última vez en 2006. A pesar de su avanzada edad, participó en la vida misionera de la Iglesia hasta el final de su vida. Hasta la edad de 93 años enseñó en el Centro de Formación Misionera de Varsovia. El 7 de junio de 2003 el Instituto de Misioneros Laicos de la Conferencia Episcopal Polaca recibió su nombre. Durante años visitó escuelas, parroquias, centros pastorales y grupos misioneros, animando de forma especial a niños y adolescentes. «Cuando hablo con la gente joven, siempre digo: si tienes ideas buenas y brillantes, ¡cultívalas! No dejes que se duerman, ¡no las rechaces! Aunque parezcan imposibles de alcanzar y demasiado difíciles, no te desalientes. Debes cultivar tus sueños».

Además de participar en conferencias y convenciones misioneras, se preocupaba de cuidar la asistencia médica y financiera para los misioneros y las misiones, incluso con su propio dinero. Formó parte del grupo de iniciadores de la fundación humanitaria «Redemptoris missio» y fue miembro honorario del Consejo de la Fundación. La Escuela Privada de Poznan y el Complejo Escolar de Niepruszew llevan su nombre. Recibió numerosos premios y honores, entre ellos la cruz *pro Ecclesia et Pontifice*; la Medalla de San Silvestre; la Orden de Polonia (que sucesivamente decidió

restituir); ciudadana honoraria de Uganda; el título *Honoris Causa* de la Academia de las Ciencias Médicas de Poznan y, de parte de los niños, la Orden de las Sonrisas.

Wanda Błęńska murió en Poznan el 27 de noviembre de 2014, a la edad de 103 años. Actualmente, la archidiócesis de Poznan está reuniendo todo el material relacionado con la vida y la santidad de la doctora Wanda Błęńska para comenzar el proceso de beatificación.

